CIENCIA FICCION
COLECCION MINIMA

EL MUNDO DE ROCANNON

Ursula K. LeGuin

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

Esta es una novela de viaje, a través de un obsesivo paisaje metafórica, en la que el descubrimiento final concluye un largo y complejo proceso. Gaveral Rocannon comienza su viaje cn el claro propósito de advertir a la Liga de Todos los Mundos que ha sido tricionada. Pero el heroísmo de Rocannon lo llevará a pagar un muy alto precio, pues no sólo llegará a entender los dones que distinguen a Kyo y Mogien; ha de sentir también la agonía simultánea de mil enemigos moribundos. El héroe que concluye el viaje es un hombre destrozado, agotado y solo, que al fin se conoce a sí mismo. Probablemente, la mejor novela de la maestra del género.

- Ursula K. Le Guin
  - PROLOGO — EL COLLAR
  - PRIMERA PARTE — EL SEÑOR DE LAS ESTRELLAS
    - I
    - II
    - III
    - IV
    - V
  - SEGUNDA PARTE — EL VAGAMUNDO
    - VI
    - VII
    - VIII
    - IX
  - EPILOGO
  -

Ursula K. Le Guin
EL MUNDO DE ROCANNON

PROLOGO — EL COLLAR

¿Cómo distinguir la leyenda de los hechos en esos mundos tan alejados en el espacio y el tiempo? Planetas sin nombre, a los que sus gentes llamaron simplemente El Mundo, planetas sin historia, donde el pasado es tema de mitos y, a su regreso, un explorador se halla con que sus propios hechos — realizados poco tiempo atrás — se han convertido en los gestos de una divinidad. Lo irracional oscurece la brecha del tiempo que atraviesan las naves espaciales, veloces como la luz, y en esa oscuridad, como malas hierbas, crecen la incertidumbre y la desproporción.

En el intento de relatar la historia de un hombre, un simple científico de la Liga, que pocos años ha partiera hacia ese mundo sin nombre, conocido apenas, cualquiera se siente como un arqueólogo entre ruinas milenarias, avanzando a través de densas marañas de hojas, flores, ramas y enredaderas hasta la repentina geometría brillante de una rueda o una pulida piedra, penetrando luego en un espacio familiar, que se presenta como un acceso luminoso a la oscuridad, al imposible titilar de una llama, al centelleo de una joya, al sólo entrevisto movimiento de un brazo de mujer.

¿Cómo separar el hecho de la leyenda, la realidad de la realidad?

En el relato de Rocannon surge la joya, el centelleo azul sólo entrevisto. Y así se inicia:

> Area galáctica 8, nº 62. — Fomalhaut II.
>
> Formas de vida de elevado cociente de inteligencia. Contactos con las siguientes especies:
>
> Especie 1:
>
> A) Gdemiar (singular Gdem): elevado cociente de inteligencia, antropoides, trogloditas nocturnos; talla media 120 a 135 cm, piel clara, cabellos oscuros. En el momento de establecerse el contacto, estos cavernícolas poseían una sociedad oligárquica y estratificada con rigidez, modificada por telepatía parcial colonial, y una cultura orientada tecnológicamente según la temprana edad del acero. El nivel tecnológico se ha elevado hasta el punto C durante la misión de la Liga de los años 252-254. En el 254 un vehículo automático (desde Nueva Georgia del Sur y retorno) fue entregado a los oligarcas de la comunidad del Mar de Kirien. Nivel C-Prima.
>
> B) Fiia (singular Fian): elevado cociente de inteligencia,

antropoides, diurnos, aproximadamente 130 cm de talla; individuos observados piel y cabellos claros, en general. Unos pocos contactos han señalado aldeas de grupos nómadas, de estructura comunal, telepatía parcial colonial, con indicios de onda corta TK. La raza parece atecnológica y evasiva; esquemas culturales mínimos y cambiantes. No sujetos a contribución. Nivel E — Interrogante.

Especie II:

Liuar (singular Liu): elevado cociente de inteligencia, antropoides, diurnos; estatura media encima de los 170 cm; esta especie posee una aldea fortificada, Sociedad constituida por clanes, tecnología bloqueada (Bronce) y cultura heroico-feudal. Se ha advertido un desdoblamiento social horizontal en dos subrazas: a) Olgyior, «hombres normales», piel clara, cabellos oscuros; b) Angyar, «señores», muy altos, piel oscura, cabellos rubios…

— Es la raza de ella — dijo Rocannon, levantando la vista del Manual abreviado de formas inteligentes de vida, para mirar a la mujer de piel oscura, elevada talla y cabellos rubios, inmóvil en el centro del amplio salón del museo: erguida, con su corona de cabellos brillantes, observaba algo en una vitrina. A su alrededor se movían cuatro pigmeos ansiosos y desagradables.

— No sabía que en Fomalhaut II viviesen estos otros tipos, además de los trogloditas — dijo Ketho, el director del museo.

— Tampoco yo. Aún quedan algunas especies «no confirmadas» en esta lista; nunca ha habido contacto con ellas. Parece llegado el momento de enviar una misión investigadora más profunda. En todo caso, al menos ahora la conocemos a ella.

— Querría tener algún medio de saber quién es ella…

Provenía de una antigua familia, descendiente de los primeros reyes de los Angyar, y por encima de todas sus carencias, su cabello brillaba con el puro e inmutable oro de los de su raza. Los diminutos Fiia, a su paso, se inclinaban ya en los tiempos en que ella no era más que una niña descalza que correteaba por las praderas, la luminosa y ardiente cabellera como un cometa, sacudida por los duros vientos de Kirien.

Tierna era su edad cuando Durhal de Hallan la conoció, cortejó y llevó consigo, lejos de las ruinosas torres y ventosos espacios de su niñez, hacia la alta casa de Hallan. Allí, junto a la montaña, tampoco había comodidades, aunque perdurara el esplendor. Ventanas sin

cristales, piedra desnuda en los pisos; durante la estación fría, al despertar, se podía ver la nieve nocturna acumulada junto a las ventanas. La esposa de Durhal, de pie, descalza sobre el suelo helado, trenzaba el fuego de su cabello y sonreía a su joven esposo a través del espejo de plata de su habitación. Ese espejo y el traje de boda de su madre, recamado con mil menudos cristales, constituían toda su riqueza. Los familiares lejanos de Durhal aún eran dueños de guardarropas suntuosos, mobiliarios de maderas doradas, monturas, armas y espadas de plata, joyas y alhajas sobre las que la joven esposa arrojaba miradas de envidia, volviendo sus ojos hacia una diadema de perlas o un broche de oro cuando el dueño de la joya le cedía el paso como signo de deferencia por la alta alcurnia de su linaje y matrimonio.

En el cuarto puesto a partir del trono de Hallan Revel se sentaban Durhal y su esposa Semley, tan cerca del señor de Hallan que, a menudo, el anciano ofrecía vino a Semley con su propia mano y hablaba de las cacerías con su sobrino y heredero Durhal, envolviendo a la joven pareja en una mirada de amor torvo y sin esperanzas. Escasas podían ser las esperanzas para los Angyar de Hallan y para las Tierras del Oeste, desde que aparecieran los Señores de las Estrellas, con sus casas que brincaban sobre pilares de fuego y sus tremendas armas que arrasaban montañas. Ellos habían bloqueado todos los antiguos caminos y se habían inmiscuido en las viejas guerras, y aunque los montos eran pequeños, resultaba una vergüenza insoportable para los Angyar el tener que pagarles un tributo, contribución para la guerra que los Señores de las Estrellas sostenían con algún extraño enemigo, en algún lugar del espacio abismal entre las estrellas. «Será también vuestra, esta guerra» decían; pero la última generación de los Angyar había permanecido inerte en su ociosa vergüenza, dentro de sus salones, viendo cómo enmohecían sus espadas de doble filo, cómo crecían sus hijos sin intervenir en una sola batalla, cómo sus hijas se unían a hombres pobres, incluso a los de baja cuna, sin aportar la dote de un patrimonio heroico a un noble marido. El rostro del Señor de Hallan se ensombrecía al contemplar a la pareja de cabellos dorados, al oír sus risas mientras bebían vino amargo y jugueteaban en la fría, ruinosa y antes resplandeciente fortaleza de su casta.

El propio rostro de Semley se endurecía a la vista del salón donde relampagueaba el brillo de las piedras preciosas en asientos muy por debajo del suyo, entre mestizos y hombres de casta inferior, de piel blanca y cabellos oscuros. Ella nada había aportado como dote a su esposo: ni siquiera una horquilla de plata. El vestido de Los Mil Cristales estaba reservado para el día de la boda de su hija, si nacía una niña.

Y fue una niña y la llamaron Haldre, y cuando el cabello creció en su cabecita oscura, brilló como el oro inmutable, herencia de generaciones señoriales, el único oro que jamás poseería…

Semley nunca mostró a su marido el descontento que la colmaba. Porque a pesar de su dulzura para con ella, en su duro orgullo de señor, Durhal sólo abrigaba desprecio hacia la envidia y los deseos vanos, y ella temía ese desprecio. En cambio, habló con Durossa, la hermana de Durhal.

— Mi familia fue dueña de un gran tesoro hace tiempo — le dijo —. Era un collar de oro con una piedra azul en el centro… ¿un zafiro?

Sonriente, Durossa alzó los hombros; no estaba segura del nombre. Estaba muy avanzada la estación cálida del año, el verano de aquellos Angyar del norte, dentro de su año de ochocientos días que inicia el ciclo de los meses en cada nuevo equinoccio. Para Semley, aquél resultaba un calendario extraño, el cómputo típico de los hombres normales. Su familia se extinguía ahora, pero su sangre era más antigua y más pura que la de cualquiera de los integrantes del grupo del noroeste, que con tanta libertad se unían a los Olgyior. Sobre un asiento de piedra, Semley y Durossa contemplaban los rayos de sol desde una ventana alta de la Gran Torre, en el apartamento de las mujeres casadas. Viuda desde su juventud y sin hijos, Durossa había sido otorgada en segundo matrimonio al Señor de Hallan, que era hermano del padre de ella. Por ser ésta una boda entre parientes y la segunda para ambos, Durossa no recibía el título de Señora de Hallan — que Semley habría de ostentar algún día —, pero se sentaba en el trono, junto al anciano señor y gobernaba con él sus dominios. Mayor que su hermano Durhal, amaba a la joven esposa de éste y se deleitaba con la rubia Haldre.

— Fue comprado — prosiguió Semley — con todas las riquezas que mi antepasado Leynen obtuvo cuando se apoderó del sur de Fief, ¡toda la riqueza de un reino por una joya! Oh, sin duda podría oscurecer a cualquier otra aquí, en Hallan, aun a esos enormes cristales que lleva tu primo Issar. Era tan bello que le dieron un nombre propio; lo llamaban Ojo del Mar. Mi bisabuela lo llevaba.

— ¿Tú nunca lo viste? — preguntó la mujer, con lentitud, mientras contemplaba las verdes colinas donde el largo verano hacía soplar sus cálidos vientos incansables por entre los bosques y los caminos blancos, hasta alcanzar la lejana costa.

— Se perdió antes de que yo naciera. No, mi padre me ha dicho que fue robado antes de que los Señores de las Estrellas Regasen a nuestros dominios. El prefería no tocar el asunto, pero una anciana de la casta común, sabedora de toda clase de cuentos, siempre me ha asegurado que los Fiia han de saber dónde está.

— ¡Ah, los Fiia! ¡Cuánto me gustaría verlos! — dijo Durossa —.

Conocen tantas canciones y leyendas… ¿Por qué nunca vendrán a las Tierras del Oeste?

— Demasiado altas, demasiado frías, creo. Gustan del sol de los valles del sur.

— ¿Se asemejan a los gredosos?

— A ésos no los conozco; se mantienen alejados de nosotros en el sur. ¿No son blancos, como los hombres normales, y deformes? Los Fiia son graciosos; se asemejan a los niños, sólo que más delgados y sensatos. Me pregunto si sabrán dónde está el collar, quién lo robó y dónde lo oculta. Piensa, Durossa, si yo pudiera ir a una fiesta de Hallan y sentarme junto a mi marido con toda la riqueza de un reino en torno a mi cuello y eclipsar a las otras mujeres, tal como ellas eclipsan a los hombres.

Durossa inclinó el rostro hacia la niña, que examinaba sus propios piececitos oscuros sobre una manta, entre su madre y su tía.

— Semley es una simple — murmuró a la niña —; Semley, que brilla como una estrella fugaz, Semley, la mujer de un hombre que no quiere más oro que el de ella…

Y Semley, viendo las verdes colinas del verano que llegaban hasta el mar distante, callaba.

Pero cuando hubo pasado otra estación fría y hubieron regresado, una vez más, los Señores de las Estrellas para coger sus tributos por la guerra — y esta vez una pareja de gredosos enanos les servía de intérpretes, de modo que todos los Angyar se sintieron humillados hasta el límite de la rebeldía —, y cuando hubo pasado también otra estación cálida y Haldre ya había crecido hasta convertirse en una dulce y locuaz niña, Semley la llevó consigo, una mañana, hasta la solana de Durossa, en la Torre. Semley lucía una vieja capa y una capucha cubría sus cabellos.

— Ten contigo a Haldre por unos pocos días, Durossa — pidió con calma, pero de prisa —. voy a ir al sur, a Kirien.

— ¿Vas a ver a tu padre?

— Hallaré mi herencia. Vuestros primos de Harget Fief se han mofado de Durhal; incluso Parna, ese mestizo, se cree con derecho a atormentarlo porque su mujer tiene un edredón de raso para su lecho y unos pendientes de diamante y tres vestidos… ¡Esa bruja de pelo negro! Y en tanto, la mujer de Durhal ha de remendar su vestido…

— ¿El orgullo de Durhal está en su mujer o en lo que ella lleva?

Pero Semley no cambió su propósito.

— Los Señores de Hallan se han convertido en hombres pobres en su propia mansión. Traeré mi dote a mi señor, tal como una de mi estirpe debe hacerlo.

— ¡Semley! ¿Sabe Durhal que partes?

— Dile que el mío será un regreso feliz — respondió la joven

Semley rompiendo en una breve risa gozosa, luego se inclinó a besar a su hija, y antes de que Durossa pudiese hablar ya marchaba, ligera como el viento, sobre el suelo de piedra de la solana.

Las mujeres casadas de los Angyar jamás cabalgaban, sino por necesidad, y Semley no había salido de Hallan después de su matrimonio; ahora, al montar sobre la alta silla de su animal alado se sintió niña otra vez, como la doncella indómita que había sido, cabalgando sobre escuálidas bestias con el viento del norte, a través de los campos de Kirien, pero su montura actual provenía de las montañas de Hallan, era de la mejor de las razas, de piel a rayas, recia y lustrosa. extremidades vivaces, ojos verdes, penetrantes a pesar del viento, claras y vigorosas alas que se elevaban y caían a cada lado de Semley, descubriendo y ocultando, descubriendo y ocultando las nubes por encima y las colinas por debajo.

En la tercera mañana arribó a Kirien y, una vez más, se detuvo en medio de las salas ruinosas. Su padre había estado bebiendo durante toda la noche y, como en días pasados, la luz del sol, filtraba por entre las grietas de los techos, lo abrumaba. La presencia de su hija aumentó su disgusto.

— ¿A qué has venido? — en tanto que sus ojos hinchados recorrían las paredes y el rostro de la joven. La mata de fuego de su cabellera había desaparecido y sólo gruesas arrugas le cubrían el cráneo —. ¿El joven de Hallan no se ha casado contigo y vienes aquí con tus lloros?

— Soy la mujer de Durhal; he venido a buscar mi dote, padre.

Ebrio aún, gruñó una vez más, con enfado; pero la sonrisa de ella fue tan dulce que se sintió vencido.

— ¿Es verdad, padre, que los Fiia han sido los que robaron el collar, el Ojo del Mar?

— ¿Cómo puedo saberlo? Son viejas leyendas. Esa joya se perdió antes de nacer yo, creo, y quisiera no haber nacido nunca. Pregúntale a los Fiia, si quieres saberlo. Vete con ellos, vuelve con tu marido, déjame solo aquí. No hay espacio en Kirien para las muchachas, el oro y todo lo demás. Aquí ya es el fin; ésta es una plaza perdida, vacía. Los hijos de Leynen han muerto todos; sus riquezas han desaparecido. Sigue tu camino.

Gris e hinchado, casi como un pordiosero en una casa ruinosa, se volvió, tambaleante, para ir a ocultarse de la luz del sol, en los sótanos.

Con la rienda de su cabalgadura alada entre las manos, Semley abandonó el antiguo hogar. Marchaba hacia una colina escarpada, luego de atravesar la aldea de hombres normales, que la saludaron con hosco respeto. En los campos pacían las bestias aladas y semisalvajes, en grandes rebaños. Semley descendió por un valle de

verde intenso, rebosante de sol. En lo profundo del valle estaba asentada la aldea de los Fiia, y al par que ella iba descendiendo, con la rienda entre las manos, las diminutas gentes corrían a su encuentro desde huertas y jardines riendo y nombrándola con sus finas vocecillas:

— ¡Salud, esposa de Hallan, Señora de Kirien, Dama de los Vientos, Semley la Bella!

Todos coreaban dulces nombres y ella los oía con placer, sin enfadarse por sus carcajadas, porque los Fiia reían a cada palabra: era su actitud habitual, hablar y reír. Se detuvo, firme y erguida en su capa azul, en el centro de la bienvenida.

— Salud, gentes blancas, habitantes del sol, Fiia, amigos de los hombres.

Penetró en la aldea, conducida por todos, y se instaló en una de las luminosas casas, y los niños corrían y gritaban a su alrededor. Era difícil saber la edad de un Fian adulto; incurso distinguir con certeza a uno de otro era arduo, porque se movían con la rapidez de una mariposa en torno de la luz, y ella no sabía si siempre hablaba con el mismo interlocutor. Pero tuvo la sensación de que sólo uno de ellos le hablaba, por un momento, en tanto unos atendían su cabalgadura y otros le ofrecían agua y frutas de sus árboles.

— ¡No han sido los Fiia quienes han robado el collar de los Señores de Kirien! — exclamaba el hombrecito —: ¿Qué podrían hacer los Fiia con el oro, Señora? Para nosotros brilla el sol en la estación cálida y en la estación fría nos quedan los recuerdos de ese brillo. Las frutas amarillas, las hojas amarillas de fin de estación, el amarillo de la cabellera de nuestra Señora de Kirien: no tenemos otro oro.

— ¿Lo robó, pues, alguno de los normales?

— ¿Cómo osaría hacerlo un normal? Ah, Señora de Kirien, cómo fue robada la joya ningún mortal lo sabe, ni el hombre, ni el normal, ni el Fian, ni ninguna de las siete castas. Sólo los muertos saben cómo se ha perdido, tiempo ha, cuando Kireley el Arrogante, bisabuelo de nuestra Semley, marchó sin compañía por las cavernas del mar. Pero quizá esté entre los Enemigos del Sol.

— ¿Los gredosos?

Un estallido de risa seca, nerviosa.

— Siéntate con nosotros, Semley la del cabello de sol, llegada desde el norte.

Y se sentó a comer con los Fiia, tan complacidos con su donaire como ella lo estaba con su presencia. Pero cuando la oyeron repetir su propósito de buscar la joya entre los gredosos, si es que allí estaba, dejaron de reír; poco a poco fueron desapareciendo. De pronto estaba sola junto a la mesa con uno de ellos, tal vez el que le hablara antes de la comida.

— No vayas al encuentro de los gredosos, Semley — le dijo, y por un instante el corazón de la Señora de Hallan se estremeció.

El Fian, con un lento vaivén de la mano por encima de sus ojos, había oscurecido el aire que los rodeaba. Restos de frutas llenaban las fuentes; todos los cuencos de agua clara estaban vacíos.

— En las montañas lejanas se separaron los Fiia y los Gdemiar; hace muchos años se separaron — dijo el pequeño hombre de los Fiia —. Mucho antes de eso fuimos un solo pueblo; pero lo que nosotros somos, ellos no lo son. Lo que no somos, ellos lo son. Piensa en la luz del sol y en la hierba y en los árboles que dan frutos, Semley. Piensa que no todos los senderos que hay son buenos.

El Fian se inclinó, con una sonrisa.

Fuera de la aldea Semley montó en su cabalgadura, dijo adiós en respuesta a los adioses, y en el viento de la tarde se remontó hacia el sudoeste, hacia las cavernas de las costas rocosas del Mar de Kirien.

Temía tener que penetrar en las cavernas para hallar a las gentes que buscaba: le habían dicho que los gredosos nunca salían fuera de sus grutas a la luz del sol y que hasta recelaban de la luz de la Gran Estrella y de las lunas. El trayecto era largo; una vez bajó a tierra, para que su cabalgadura cazara alguna alimaña mientras ella comía un trozo de pan de su alforja. El pan estaba duro y reseco ahora y sabía a piel, aunque conservaba algo de su sabor primitivo: por un momento, comiendo sola en un claro de los montes sureños, oyó el tono apacible de una voz y le pareció haber visto el rostro de Durhal, vuelto hacia ella a la luz de las antorchas de Hallan. Y permanecía sentada, viendo el rostro austero, vívido y joven, soñando con que al regresar con toda la riqueza de un reino en tomo a su cuello le diría: «He querido traer un regalo digno de mi marido, Señor…» Se apresuró luego, pero al alcanzar la costa el sol se había ocultado, Y la Gran Estrella se ponía también. Desde el oeste se había elevado una brisa suave que viró luego para adquirir empuje. La montura de Semley luchaba contra el viento con tanto esfuerzo, que ella le dejó descender sobre la arena. La bestia legó sus alas y encogió las gráciles patas bajo el cuerpo, con una suerte de ronroneo. Semley, de pie, se ajustaba la capa en torno a los hombros, palmeando el pescuezo del animal, que sacudió las orejas en tanto volvía a ronronear. El contacto tibio le reconfortó la mano, pero sus ojos no veían más que un cielo gris, cubierto de jirones de nubes, un mar gris, arenas oscuras. Luego, deslizándose sobre la arena, se presentó una criatura baja, sombría, luego otra, por fin todo un grupo que se agazapaba, corría, se detenía.

Los llamó en alta voz. Y aunque se hubiera dicho que no la habían advertido, en un instante la rodearon todos; pero se mantenían apartados de su montura, que cesó en sus ronroneos, crispada la piel bajo la mano de su ama. Semley cogió las riendas, confiada en la

protección que la bestia le brindaba, pero temerosa de la ferocidad que podía manifestar. En silencio, las extrañas gentes la observaban, con los toscos pies descalzos inmóviles sobre la arena. No podía haber engaño: eran de la talla de los Fiia, y en todo lo demás, una sombra, una imagen negra de aquel pueblo risueño. Desnudos, contrahechos, ralos los cabellos negros, la tez gris y viscosa como la de un gusano, de piedra la mirada.

— ¿Sois los gredosos?

— Somos los Gdemiar, el pueblo de los Señores de los Reinos de la Noche.

La voz tuvo una inesperada hondura y corrió pomposa a través del anochecer salino. Pero, tal como le ocurriera con los Fiia, Semley no estaba segura de quién le había hablado.

— Salud, Señores de la Noche. Yo soy Semley de Kirien, esposa de Durhal de Hallan. He venido hasta vosotros a buscar mi herencia, el collar llamado Ojo del Mar, que se perdiera tiempo atrás.

— ¿Por qué lo buscas aquí, Angya? Aquí sólo hallarás arena, sal y noche.

— Porque las cosas perdidas se hallan en los lugares profundos — repuso Semley, hábil para las agudezas —, y oro que ha venido de la tierra tiene un medio de volver a ella. Y a veces lo hecho, dicen, regresa a su hacedor. — No era más que una conjetura. Y fue exacta.

— Por cierto que conocemos el nombre de Ojo del Mar. Fue hecho en nuestras cavernas, tiempo ha, y vendido por nosotros a los Angyar. La piedra azul procedía de los campos de arcilla de nuestros parientes del este. Pero éstos son antiguos cuentos, Angya.

— ¿Podría escucharlos en el mismo lugar en que fueron narrados?

El círculo de gentes oscuras guardó silencio por un instante, como si dudara. El viento gris barrió la arena, oscureciendo la puesta de la Gran Estrella; el sonido del mar se amortiguó. La voz profunda vibró otra vez:

— Sí, Señora de los Angyar. Podrás penetrar en las Moradas Profundas. Síguenos. — Hubo corno una asechanza en la voz, pero Semley no quiso oírla. Siguió a los gredosos por la arena, llevando con la rienda corta a su cabalgadura de agudas garras.

Ante la boca de la caverna, una boca desdentada de la que surgían vahos fétidos, uno de los gredosos dijo:

— La bestia no debe entrar.

— Sí — dijo Semley.

— No — repuso todo el grupo.

— Sí, no la dejaré aquí. No me pertenece, no puedo dejarla. No os hará daño, mientras yo sujete las riendas.

— No — repitieron voces oscuras.

Pero otras asintieron:

— Como tú quieras.

Tras un instante de duda avanzaron; la boca de la cueva parecía haberse cerrado tras ellos, tanta era la oscuridad bajo la piedra. Marchaban de uno en fondo, Semley la última.

La oscuridad del túnel se debilitó; habían llegado hasta el lugar donde pendía del techo una bola de tenue fuego blanco, otra más lejos y otra. Entre ellas, como festones, negros gusanos larguísimos colgaban de las rocas. A medida que avanzaban, menor era el espacio entre una y otra bola de fuego y todo el túnel estaba iluminado con una luz brillante y fría.

Los guías de Semley se detuvieron. Tres puertas que parecían ser de acero bloqueaban el acceso a otras tantas vías.

— Aguardaremos, Angya — dijeron, y ocho de ellos permanecieron junto a ella en tanto otros tres abrían una de las puertas y la franqueaban antes de que cayera tras ellos con estrépito.

Firme y erguida se mantuvo la hija de los Angyar bajo la descolorida luz de las lámparas; su montura se echó a su lado, batiendo una y otra vez su cola a rayas, con las alas plegadas, aunque sacudidas una y otra vez por un impulso de vuelo. Detrás de Semley, en el túnel, los ocho hombres gredosos se acuclillaron, y sus voces hondas murmuraban palabras en su propia lengua.

La puerta central resonó al abrirse.

— ¡Dejad que Angya penetre en el Reino de la Noche! — gritó una nueva voz, jactancioso y resonante. Un hombre gredoso, con alguna vestidura sobre el tosco cuerpo gris, apareció en el vano de la puerta e hizo señas de que se adelantaran —. ¡Entra y contempla las maravillas de nuestras tierras, los prodigios realizados por las manos de los Señores de la Noche!

Silenciosa, Semley tiró de las riendas e inclinó la cabeza para seguir a su nuevo guía por un pasaje de poquísima altura. Otro túnel iluminado se abría delante, paredes húmedas, deslumbrantes bajo la luz blanca. Sobre el suelo dos barras de acero pulido se extendían a cada lado, hasta donde llegaba la vista. Sobre las barras se apoyaba una especie de carro de ruedas metálicas. Obediente a los gestos del guía, sin trazas de vacilación o asombro en el rostro, Semley penetró en el carro e hizo que su montura la acompañara. El gredoso se sentó frente a ella, tras ajustar barras y ruedas. Se produjo un ruido estridente, el rechinar de metal sobre metal, y luego los muros del túnel comenzaron a deslizarse. Más y más veloces cada vez, los muros corrían a cada lado, y los globos de fuego se convirtieron en un trazo de luz y el aire fétido y cálido era un viento que sacudía la capucha de la mujer.

El carro se detuvo. Semley siguió a su guía por gradas de basalto hasta una vasta antesala y luego a una más vasta cámara, erosionada

en la roca por el agua de los siglos o tal vez por los excavadores gredosos; aquel ámbito, que nunca conociera la luz del sol, estaba iluminado con el misterioso brillo frío de los globos de fuego. En las paredes, tras amplias rejas, grandes paletas metálicas giraban y giraban para remover el aire viciado. En la enorme sala cerrada zumbaban las voces graves de los gredosos, el chirrido agudo y la vibración de los metales. De todo ello la roca devolvía, una y otra vez, el eco intermitente.

Allí los gredosos cubrían sus rollizos cuerpos con prendas similares a las de los Señores de las Estrellas amplios pantalones, botas flexibles, túnicas con capucha, aunque las pocas mujeres que se dejaban ver, serviles enanas siempre apresuradas, estaban desnudas. La mayoría de los hombres eran soldados que portaban armas parecidas a los terribles lanzarayos de los Señores de las Estrellas, si bien Semley pudo advertir que se trataba de simples garrotes de metal. Lo que vio, lo vio sin observar; avanzó por donde la conducían, sin volver la cabeza ni a derecha ni a izquierda. Cuando hubieron llegado frente a un grupo de gredosos que lucían diademas de acero sobre sus cabellos, el guía se detuvo y con voz profunda anunció:

— ¡Los excelsos Señores de Gdemiar!

Eran siete y todos le habían clavado los ojos con tal arrogancia pintada en sus grises rostros terrosos que ella sintió deseos de reír.

— He venido hasta vosotros para buscar el tesoro perdido de mi familia, Señores del Reino de las Tinieblas — dijo en tono solemne —. Busco el botín de Leynen, el Ojo del Mar. — Su voz sonaba débil en medio del estrépito.

— Así nos lo han dicho nuestros mensajeros, Semley, señora de Hallan. — Esta vez logró determinar quién le había hablado: un individuo más bajo que los otros, que apenas si le llegaría al pecho y lucía un resto fiero en el rostro —. No poseemos lo que buscas.

— En otro tiempo lo tuvisteis, se dice.

— Mucho es lo que se dice allí donde el sol centellea.

— Y las palabras son llevadas por el viento, allí donde el viento sopla. No pregunto cómo se ha perdido el collar ni cómo ha vuelto a vosotros, sus artífices de antaño. Esas son viejas historias, antiguas habladurías. Sólo intento encontrarlo ahora. Vosotros no lo poseéis, pero quizá sepáis dónde está.

— No está aquí.

— Estará, pues, en otro lugar.

— Está donde tú no puedes llegar; no, a menos que cuentes con nuestra ayuda.

— Ayudadme, pues; os lo pido en mí condición de huésped vuestra.

— Se ha dicho: los Angyar toman; los Fiia dan; los Gdemiar dan y

toman. Si hiciéramos esto por ti, ¿qué nos darías?

— Mi gratitud, Señores de la Noche.

Y permaneció firme y bella, sonriente entre ellos. Todos la contemplaban con asombro maligno, con hosco sentimiento.

— Escucha, Angya, grande es el favor que pides; no sabes cuánto; no puedes comprenderlo. Perteneces a una raza que no lo comprenderá, porque sólo os cuidáis de cabalgar en los vientos, de levantar cosechas, pelear a espada y vocear juntos. ¿Pero quién fabrica vuestras espadas de acero brillante? ¡Nosotros, los Gdemiar! Vuestros jefes vienen aquí, a los Campos de Arcilla, compran sus espadas y se alejan sin mirar ni comprender. Pero ahora tú estás aquí, podrás mirar, podrás observar algunas de las maravillas infinitas de nuestra raza: las luces que arden por siempre, el carro que se impulsa a sí mismo, las máquinas que hacen nuestras ropas y cuecen nuestros alimentos y purifican nuestro aire y nos sirven en todo. Debes saber que todas estas cosas están más allá de tu entendimiento. Y tenlo presente: ¡nosotros, los Gdemiar, somos amigos de aquellos a los que llamáis Señores de las Estrellas! Con ellos hemos ido a Hallan, a Roohan, a Hul-Orren, a todas vuestras mansiones, para ayudarlos a entenderse con vosotros. Los Señores a quienes los orgullosos Angyar pagáis tributo son nuestros amigos. Ellos nos favorecen tal como nosotros los favorecemos. Pues bien, ¿qué significa para nosotros tu agradecimiento?

— Esto lo debéis contestar vosotros — repuso Semley —, no yo. Te he hecho mi pregunta, contéstala, Señor.

Por un instante los siete se agruparon para hablar y callar luego. Las miradas la buscaron, la evitaron, el silencio se adensó. Una muchedumbre se agrupaba en torno a ellos, crecía con rapidez y sin ruidos. Repentinamente Semley estuvo rodeada de centenares de opacas cabezas negras, hasta que se cubrió de gente todo el suelo de la caverna resonante, excepto un pequeño espacio cercano a la Señora de Hallan. La bestia alada se agitaba, entre el temor y el enojo demasiado tiempo reprimidos, y sus ojos se dilataban como cuando un animal de su especie se veía obligado a volar de noche. Semley acarició la tibia piel de la cabeza, murmurando:

— Tranquilízate, mi valiente señor del viento…

— Angya, te llevaremos hasta donde está el tesoro. — Una vez más le había hablado el gredoso de la cara blanca y diadema de acero —. No podemos hacer otra cosa. Deberás venir con nosotros en demanda del collar, hasta donde están quienes ahora lo poseen. La bestia alada no podrá acompañarte. Debes partir sola.

— ¿Cuán largo será el viaje, Señor?

El gredoso apretó los labios con fuerza.

— Será prolongado, Señora. Aunque no haya de durar más que

una larga noche.

— Agradezco vuestra cortesía. ¿Podréis cuidaros de mi montura por esta noche? Ningún daño debe ocurrirle.

— Dormirá hasta tu regreso. Habrás cabalgado en una bestia aérea mucho mayor cuando vuelvas a ver esta tuya. ¿No preguntas adónde te llevaremos?

— ¿Podremos emprender ya ese viaje? Quisiera no faltar por mucho tiempo de mi hogar.

— Sí. En seguida. — Los labios grises se distendieron.

De lo ocurrido en las horas siguientes Semley no podría dar cuenta. Todo era prisa, confusión, estrépito, sorpresa. Mientras ella acariciaba la cabeza de su cabalgadura, un gredoso introdujo una larga aguja en la corva dorada de la bestia. Semley estuvo a punto de gritar, pero el animal se agitó apenas y luego, entre ronroneos, quedó dormido. Con claras muestras de miedo, un grupo de hombres cogió a la bestia dormida para llevársela. Más tarde vio cómo una aguja se introducía en su propio brazo, quizá para probar su valor, porque no se sintió adormecida, aun cuando no estaba cierta de ello. Viajó en carros que atravesaban puertas de hierro innumerables cavernas abovedadas. Hubo un instante en que el carro rodó por una caverna estrecha, por completo sombría y la oscuridad estaba poblada de raras alimañas. Oyó sus chillidos, los gritos roncos, y vio grandes bandadas frente a las luces del carro; cuando pudo verlas a la débil luz blanca, comprobó que no tenían alas y que eran ciegas. Y cerró los ojos ante tal visión. Pero había más túneles a recorrer, y siempre más cavernas, más cuerpos grites y feas caras y retumbantes voces graves, hasta que por fin llegaron al aire libre. Era noche cerrada; elevó la vista, feliz, hacia las estrellas y la única luna resplandeciente, la pequeña Heliki que brillaba en el oeste. Pero los gredosos estaban aún junto a ella y la hacían penetrar en otro carro o en otra cueva, no estaba cierta. Era un espacio pequeño, lleno de diminutas luces temblorosas, muy estrecho y claro, después de las enormes cavernas húmedas y de la noche iluminada de estrellas. Otra aguja penetró en sus carnes y le dijeron que tendría que dejarse atar en una especie de silla plana: ligaduras en la cabeza, manos y pies.

— No lo permitiré — dijo Semley.

Pero al ver que sus cuatro acompañantes gredosos se dejaban atar, se sometió. Quedaron solos. Hubo un estruendo y luego un hondo silencio; un peso enorme, invisible, la oprimía; luego desapareció todo: peso, sonido, todo.

— ¿He muerto? — preguntó Semley.

— Oh, no, Señora — respondió lino voz desagradable.

Al abrir los ojos entrevió una cara blanca, inclinada sobre ella, una gran boca sumida, ojos como piedras. Sus ligaduras habían

desaparecido y dio un brinco: no tenía peso ni cuerpo. Se sintió como una mera ráfaga de terror en el viento.

— No te haremos daño — dijo la voz o varias de ellas —. Permítenos tan sólo tocar tu cabello; déjanos tocarlo…

El carro tembló un tanto. Fuera de su única ventana se extendía una noche total… ¿o era bruma, o nada? Una larga noche, le habían dicho. Muy larga. Sentada, inmóvil, soportó el contacto de las gruesas manos grises sobre su cabello. Luego quisieron tocarle las manos, los pies y los brazos, y uno, la garganta: saltó entonces en pie, y mostró los dientes; los gredosos retrocedieron.

— No te hemos hecho daño, Señora — le dijeron.

Sacudió su cabeza.

Cuando se lo ordenaron, volvió a tenderse en la silla y a dejarse atar. Cuando la luz se tornó dorada, a través de la ventana, hubiera querido llorar ante aquel espectáculo, pero cayó desfallecida.

— Bien — dijo Rocannon —, al menos ahora sabemos a qué raza pertenece.

— Querría tener el medio de saber quién es — murmuró el director —. Busca algo que tenemos aquí, en el museo. ¿No es lo que han dicho los trogloditas?

— No los llames trogloditas — observó Rocannon, lleno de escrúpulos; como exoetnólogo, especializado en formas de vida inteligentes, se resistía al empleo de tales palabras. No son hermosos, pero tienen el grado C entre nuestros aliados… Me pregunto por qué la Comisión los escogió a ellos para el plan de desarrollo, aun antes de tomar contacto con todas las especies inteligentes. Apuesto a que lo decidieron los de Centauro; a los centaurianos siempre les han gustado los cavernícolas nocturnos. Creo que aquí tenemos la especie II.

— Parecen tenerle un temor respetuoso, estos trogloditas.

— ¿Tú no?

Ketho contempló a la mujer una vez más, y se ruborizó, sonriente.

— Vaya, en cierto modo; jamás, en dieciocho años, había visto tan bello tipo alienígena, ni aquí ni en Nueva Georgia del Sur. Y, de hecho, jamás había visto ninguna mujer tan bella. Parece una diosa. — El rubor le cubrió ahora la calva, porque Ketho era un hombre tímido, nada afecto a las hipérboles. Pero Rocannon asintió con sobriedad.

— Preferiría hablarle sin estos trog… Gdemiar de por medio. Pero no hay manera. — Rocannon se encaminó hacia los visitantes y, cuando ella volvió su espléndido rostro, le hizo una profunda reverencia, hasta plantar un rodilla en tierra, con la cabeza doblada y los ojos cerrados. Era lo que él denominaba un «gesto de acercamiento intercultural» y lo ejecutaba con cierta gracia. Cuando se irguió, la

mujer habló, sonriente.

— Ha dicho «salud, Señor de las Estrellas» — gruñó uno de los pigmeos, en su monserga galáctica.

— Salud, Señora de los Angyar — respondió Rocannon —. ¿En qué podemos complacer a la Señora nosotros, los del museo?

Tras los gruñidos del troglodita, la voz de la mujer se deslizó como una brisa de plata.

— Ha dicho que, por favor, le devolváis su collar, tesoro de sus ancestros remotos.

— ¿Qué collar? — preguntó el científico.

La mujer, que le había comprendido, señaló el centro de una vitrina que exhibía una pieza magnífica: una cadena de amarillo oro, macizo pero delicado en su orfebrería, con un enorme zafiro azul engastado en el centro. Rocannon enarcó las cejas, mientras Ketho murmuraba sobre su hombro:

— Tiene buen gusto. Es el collar Fomalhaut, una pieza única.

La joven sonrió a los dos hombres y volvió a hablarles.

— Ha dicho: Señores de las Estrellas, Joven y Anciano, Habitantes de la Casa de los Tesoros, este tesoro es mío. Mucho, mucho tiempo atrás. Gracias.

— ¿De dónde salió esta pieza, Ketho?

— Veamos; déjame consultar el catálogo. Aquí lo tengo. Aquí está. Salió de estos trog… bueno, lo que sean, Gdemiar. Al parecer estos tipos tienen la obsesión de los negocios; tuvimos que dejarles comprar la nave con que han venido, una AD-4. El collar fue parte del pago. Fue hecho por ellos.

— Apostaría a que ya no pueden hacer esta clase de trabajo; ahora están adiestrados en la rama industrial.

— Pero se diría que piensan que la joya pertenece a esta mujer y no a ellos o a nosotros. Ha de ser importante, Rocannon, o no le habrían dedicado tanto tiempo a esta diligencia. El intervalo objetivo entre Fomalhaut y aquí debe de ser considerable.

— Varios años, sin duda — contestó el etnólogo, que sabía de viajes espaciales. No muchos.

— Bueno, ni el Manual ni la Guía me dan datos suficientes para una estimación correcta. Está claro que. estas especies no han sido estudiadas bien. Los pigmeos le deben estar manifestando mera cortesía. O quizá una guerra interracial dependa del maldito zafiro. O quizá los deseos de ella sean órdenes, porque la consideran superior. O, a pesar de las apariencias, puede que ella esté prisionera, que sea un señuelo. ¿Cómo podemos saber…? ¿Puedes disponer de las piezas, Ketho?

— Oh, sí. Todos los objetos de la sala Exótica están, técnicamente, en carácter de préstamo, no son de nuestra propiedad, ya que estas

reclamaciones se han producido siempre. Pocas veces ha habido negativas. Paz, antes que nada, hasta que llega la Guerra…

— Entonces creo que es mejor que se lo entregues.

Ketho sonrió.

— Es un privilegio — dijo, y abriendo la vitrina cogió la gruesa cadena de oro; luego, tímido, la tendió hacia Rocannon —. Dásela tú.

Y la piedra azul, por un instante, refulgió en las manos del científico. Pero su mente estaba lejos; se volvió hacia la espléndida alienígena con el manojo de fuego azul y oro. Ella no alzó las manos para cogerlo, sino que inclinó la cabeza y él deslizó el collar sobre sus cabellos. Refulgía como una brasa en torno a su garganta broncíneo dorada. Parecía tan llena de orgullo, delectación y gratitud que Rocannon enmudeció y el director murmuró en su propia lengua:

— Es un placer, un gran placer…

La mujer inclinó la cabeza en un saludo hacia Ketho y Rocannon, luego se volvió hacia sus guardias (¿o captores?) y envolviéndose en la capa azul atravesó el salón y se marchó.

— A veces siento… — comenzó Rocannon.

— ¿Qué? — preguntó Ketho con voz ronca, tras una larga pausa.

— A veces siento, cuando… me encuentro con estas gentes de mundos que conocemos tan poco, a veces… siento como si transitara por el margen de una leyenda, de un mito trágico, tal vez, que no alcanzo a comprender…

— Sí — dijo el director, aclarándose la garganta —. Me pregunto… Me pregunto cuál es su nombre.

Semley la Bella, Semley la Dorada, Semley la del Collar. Los gredosos se habían plegado a su deseo y también lo hablan hecho los Señores de las Estrellas, en aquel terrible lugar al que la llevaran los gredosos, la ciudad que estaba al término de la noche. Le habían hablado y le habían devuelto con alegría su tesoro.

Pero aún no había podido desechar el sentimiento opresivo de aquellas cavernas que la rodearon, donde la roca la aplastaba, las voces retumbaban y las grises manos se tendían a… Ya era suficiente. Había pagado por el collar; bien. Ahora le pertenecía. La cuenta estaba saldada, el pasado era pasado.

Su montura alada se había deslizado fuera de una gran caja, con los ojos como velados y la piel escarchada; en un principio, al abandonar las cuevas de los Gdemiar no había querido volar. Ahora el animal estaba restablecido, y volaba en un suave viento sureño, a través del cielo brillante, hacia Hallan.

— Rápido, rápido — le decía, entre sonrisas, a medida que el viento despejaba la oscuridad de sus pensamientos —, quiero llegar pronto junto a Durhal…

Y volaron, veloces, de regreso a Hallan, donde llegaron al

atardecer del segundo día. Ya las cavernas de los gredosos no eran más que una pesadilla lejana; estaban a mil pasos de Hallan y atravesaron el Puente del Precipicio, donde los bosques prosperan. En la luz dorada del crepúsculo desmontó en las cuadras y caminó entre las rígidas estatuas de los antepasados heroicos; los guardias, en el portal, se inclinaron, sin dejar de admirar la mágica joya que lucía en tomo a su garganta.

En la sala de entrada detuvo a una joven que pasaba, una joven bellísima, parienta cercana de Durhal, por su aspecto, aunque Semley no lograba recordar su nombre.

— ¿Me conoces, doncella? Soy Semley, la esposa de Durhal. ¿Le dirás a la Señora Durossa que he regresado?

Porque temía entrar y, quizá, hallarse sola en presencia de Durhal necesitaba el apoyo de Durossa.

La niña la observaba con extrañeza; murmurando «sí, Señora», se precipitó hacia la Torre.

Semley permaneció de pie en la ruinosa sala dorada. Nadie acudía.

¿Estarían cenando en el Gran Salón? El silencio era agobiante. Tras unos momentos, Semley se encaminó hacia la escalinata de la Torre. Pero una anciana le salió al encuentro, atravesando el piso de piedra, con los brazos abiertos, sollozante.

— ¡Oh, Semley, Semley!

Jamás había visto a aquella mujer de cabellos grises, y dio un paso atrás.

— ¿Quién eres tú, Señora?

— Soy Durossa, Semley.

Se mantuvo silenciosa y sin moverse durante todo el tiempo en que Durossa, entre abrazos y sollozos, le preguntaba si era verdad que los Gredosos la habían capturado y la habían puesto bajo hechizo por todos esos largos años. ¿O habían sido los Fiia con sus extrañas artes? Luego Durossa dejó de llorar y dio un paso atrás.

— Aún estás joven, Semley. Tan joven como en el día en que te marchaste. Y llevas el collar en tu cuello…

— He traído mi presente a mi marido Durhal. ¿Dónde está él?

— Durhal ha muerto.

Semley quedó petrificada.

— Tu marido, mi hermano Durhal, el Señor de Hallan, fue muerto en una batalla hace siete años, nueve años después de tu partida. Los Señores de las Estrellas jamás regresaron. Entramos en guerra con las Castas del Este, con los Angyar de Log y con Hul-Orren. Durante la lucha Durhal cayó herido por la lanza de un normal, porque su cuerpo tenía poca protección, y su espíritu ninguna. Yace sepultado en los campos cercanos al pantano de Orren.

Semley giró sobre sí misma.

— Allí lo buscaré, pues — dijo mientras cubría con la mano la cadena de oro —. Le entregaré mi dote.

— ¡Aguarda, Semley! ¡La hija de Durhal, tu hija! ¡Aquí está, Haldre la Bella!

Era la joven con la que ya había hablado, a la que había preguntado por Durossa, una joven de tal vez diecinueve años, con los mismos ojos azules oscuros de Durhal. De pie junto a Durossa, no quitaba sus ojos profundos de aquella Semley que era su madre y tenía su misma edad. Iguales eran sus años, sus cabellos de oro, su belleza; sólo que Semley era apenas más alta y lucía la piedra azul en su pecho.

— Es tuyo. Tómalo. ¡Para Durhal y para Haldre lo he traído desde el fin de una larga noche! — Semley gritó estas palabras en tanto se arrancaba la pesada cadena, que cayó sobre la piedra con un frío y musical sonido —. ¡Es tuyo, Haldre! — Gritó una vez más. Agitada por el llanto se volvió y se alejó de Hallan, por el puente y la escalinata, precipitándose en el bosque de la ladera montañosa.

PRIMERA PARTE — EL SEÑOR DE LAS ESTRELLAS

I

Así finaliza la primera parte de la leyenda. Y es toda verdad. Y ahora algunos datos, igualmente verdaderos, del Manual para el Área Galáctica Ocho de la Liga.

> Número 62: FOMALHAUT Il.
>
> Tipo AE — Vida Carbónica. Planeta de núcleo ferroso, diámetro 12.223,20 Km., con atmósfera rica en oxígeno. Traslación: 800 días terrestres, 8h 11m 42s. Rotación: 29h 51m 02s. Distancia media del sol: 3.2 UA, ligera excentricidad orbital. Oblicuidad de la eclíptica: 27º 20' 20", que ocasiona marcados cambios estacionales. Gravedad: 0,86g.
>
> Cuatro masas importantes de tierra, los Continentes Noroeste, Sudoeste y Este y Antártico, ocupan el 38% de la superficie del planeta.
>
> Cuatro satélites (tipos Perner, Loklik, R-2 y Phobos). El Compañero de Fomalhaut es visible como estrella de primera magnitud.
>
> Punto más cercano de la Liga: Nueva Georgia del Sur, capital Kerguelen (7,88 años luz).
>
> Historia: el planeta fue registrado por la expedición Elieson en el 202, explorado por sistema robot en el 218.
>
> Primer estudio geográfico entre el 235 y el 236. Director: I. Kiolaf. Las más importantes masas de tierra fueron reconocidas desde el aire (ver mapas 3114-a, b, c, 3115-a, b. Aterrizajes, estudios geológicos y biológicos y contactos con razas inteligentes realizados sólo en los Continentes Este y Noroeste (ver descripción de especies inteligentes más adelante).
>
> Misiones de mejoras tecnológicas entre las Especies I-A, 252-4. Director: I. Kiolaf (sólo en el Continente Noroeste).
>
> Se llevaron a cabo misiones de control y clasificación de las Especies I-A y II, bajo los auspicios de la Fundación del Área de Kerguelen, Nueva Georgia del Sur, en los años 254, 258, 262, 266, 270; en el 275 el planeta fue puesto bajo Interdicción por la Comisión Mundial, a la espera de estudios más adecuados sobre las especies inteligentes.
>
> Primer Estudio Etnográfico, 321. Director. G. Rocannon.

Por detrás de la Colina Sur, sin sonido, a gran velocidad, creció

un elevado árbol de blancura cegadora. Los guardias de las torres del Castillo de Hallan gritaron mientras percutían el bronce con el bronce. Sus débiles voces, sus palabras de advertencia, se apagaron entre el estrépito, el batir del viento, la agitación del bosque.

Mogien de Hallan halló a su huésped, el Señor de las Estrellas, mientras se encaminaba hacia las cuadras del castillo.

— ¿Tu nave estaba detrás de la Colina Sur, Señor?

— Sí — muy blanca la cara y la voz tan tranquila como siempre.

— Ven conmigo. — Mogien ofreció al huésped las ancas de su cabalgadura alada, que ya tenía aparejada la montura en la cuadra. Al atravesar el Puente del Precipicio y los mil escalones que a él conducían, por encima de los bosques montañosos del dominio de Hallan, la cabalgadura semejaba una hoja gris en el viento.

Mientras volaban sobre la Colina Sur ambos veían cómo se elevaba el humo azul por entre las lanzas doradas del primer sol. Crepitaba en el bosque, entre las húmedas malezas verdes, sobre el flanco de la montaña, un incendio.

De pronto se ofreció a la vista un pozo cavado en la ladera, una hoya hendida de polvo blanco y humeante. Junto a los bordes del ancho circulo de destrucción, yacían árboles de troncos ya carbonizados, con las copas deshechas y esparcidas en derredor del pozo de negrura.

El joven Señor de Hallan contuvo a la bestia ante la vista del valle arrasado y observó sin decir una palabra. Antiguos relatos del tiempo de su abuelo y de su bisabuelo narraban cómo se habla producido la primera aparición de los Señores de las Estrellas, cómo habían quemado colinas enteras y habían hecho hervir el mar con sus terribles armas y cómo, con la amenaza de esas armas, habían forzado a todos los Señores de Angien a ofrecer fidelidad y tributo. Por primera vez Mogien creía en esos relatos. Por un instante le faltó el aliento.

— Tu nave estaba…

— La nave estaba aquí. Tenía que encontrar a los otros aquí, hoy. Señor Mogien, dile a tu pueblo que evite este lugar. Por un tiempo. Hasta después de las lluvias, en la próxima estación fría.

— ¿Un hechizo?

— Un veneno. La lluvia liberará a la tierra de él. — La voz del Señor de las Estrellas seguía siendo calmosa, pero su mirada estaba sumergida en el valle y al mismo tiempo comenzó a hablar, no a Mogien, sino a la negra hoya ahora iluminada apenas por la brillante luz del sol. Mogien no comprendió una sola palabra de lo que él decía, porque el huésped hablaba en su propia lengua, la lengua de los Señores de las Estrellas; y ya no existía un hombre en Angien o en el resto del mundo que hablara esa lengua.

El joven Angya sofrenó a su inquieta montura. A sus espaldas, el Señor de las Estrellas miró profundamente y dijo:

— Regresemos a Hallan. Nada hay aquí… El animal voló por encima de las laderas humeantes.

— Señor Rokanan, si tu pueblo mantiene una guerra ahora, entre las estrellas, comprometo en vuestra defensa a las espadas de Hallan.

En tanto se mantenía cogido de la montura, el Señor de las Estrellas agradeció a Mogien su ofrecimiento. El viento agitaba los cabellos grisáceos del etnólogo.

El largo día había transcurrido. El viento de la noche se filtraba a través de las puertas de su habitación en la torre del Castillo de Hallan, levantando chispas en el fuego del amplio hogar. Ya se aproximaba la estación fría, el desasosiego de la primavera estaba en el viento. Cuando levantó la cabeza aspiró la dulce y mustia fragancia de los tapices de hierbas suspendidos de las paredes y la dulce y fresca fragancia de la noche en los bosques cercanos.

Una vez más habló por su transmisor:

— Aquí Rocannon. Habla Rocannon. ¿Podéis contestarme? — Escuchó el silencio del receptor durante largo rato, luego, una vez más, sintonizó la frecuencia de la nave —. Aquí Rocannon…

Cuando se dio cuenta de que estaba hablando en voz baja, casi en un murmullo, cesó en sus intentos y cortó la transmisión. Habían muerto, todos, sus catorce compañeros y amigos. Todos habían estado en Fomalhaut II durante la mitad de uno de los largos años del planeta y, para ellos, ésta había sido la ocasión de comprobar datos y compararlos. Smate y su tripulación habían viajado desde el Continente Este, recogiendo de camino a la dotación del Ártico, para reunirse allí con Rocannon, el director del Primer Estudio Etnográfico, el hombre que los había llevado a todos hasta allí. Y ahora estaban muertos.

Y su labor — todas esas notas, fotografías, cintas grabadas, todo lo que para ellos habría justificado su muerte — también se había perdido, convertida en polvo junto con ellos, junto con ellos.

Rocannon sintonizó su transmisor en la onda de emergencia; pero no accionó el aparato. Hablar significaba sólo señalar al enemigo que él era un sobreviviente. Se sentó inmóvil. Un golpe resonó en su puerta; en la extraña lengua que en adelante debería hablar, dijo:

— ¡Adelante!

En el umbral estaba el joven Señor de Hallan, Mogien, que había sido su mejor informante sobre la cultura y costumbres de la Especie II, y que ahora controlaba su destino. Como todos los de su pueblo, Mogien era alto, de cabellos claros y piel oscura; su hermoso rostro estaba disciplinado para mostrar una adusta calma, por entre la que, a momentos, se filtraba el relámpago de poderosas emociones: ira,

ambición. Le acompañaba Raho, su sirviente Olgyior, que depositó una redoma amarilla y dos copas sobre un arcón, llenó las copas y se apartó. El heredero de Hallan habló:

— Beberé contigo, Señor de las Estrellas.

— Y mi gente con la tuya y nuestros hijos lo harán juntos, Señor — repuso el etnólogo, quien no había vivido en nueve planetas exóticos distintos sin llegar a justipreciar el valor de los modales corteses. Ambos hombres cogieron sus copas de madera y plata para beber.

— La caja de palabras — dijo Mogien con una mirada hacia el aparato de radio — no hablará ya más.

— No con las voces de mis amigos.

El rostro de Mogien, oscuro, no traslucía ningún sentimiento, pero prosiguió:

— Señor Rokanan, el arma que los mató está más allá de todo lo imaginable.

— La Liga de Todos los Mundos reserva estas armas para utilizarlas en la Guerra Futura. No contra nuestros propios mundos.

— ¿Estamos, pues, en guerra?

— Creo que no. Yaddam, al que has conocido, permaneció en la nave; habría recibido nuevas sobre esto e inmediatamente me las habría transmitido. Tendríamos alguna advertencia. Esto debe de ser una rebelión contra la Liga. Había brotes de rebelión en un planeta llamado Faraday cuando abandoné Kerguelen y, según el tiempo del sol, eso fue nueve años atrás.

— ¿Esta pequeña caja de palabras no puede hablar con la ciudad de Kerguelen?

— No; y aun cuando lo hiciera, llevaría ocho años a las palabras llegar hasta allá y la respuesta tardaría otros ocho años en volver a mí. — Rocannon hablaba con su habitual gravedad, sencilla y cortés, pero languidecía al explicar su exilio —. Recuerdas, sin duda, el transmisor instantáneo, la gran máquina que te he mostrado en la nave, que puede hablar al momento a otros mundos, sin pérdida de años: creo que estaban tras ese aparato. Sólo fue mala suerte que mis amigos estuvieran todos en la nave. Sin él nada puedo hacer.

— Pero tu gente, tus amigos en la ciudad de Kerguelen, te llamarán por el transmisor Instantáneo y al no haber respuesta, vendrán a ver…

Mogien consideró la respuesta mientras Rocannon la articulaba:

— Dentro de ocho años…

Después de haber llevado a Mogien hasta la nave de estudio, y tras mostrarle el transmisor instantáneo, Rocannon le había hablado también sobre el nuevo tipo de naves que podían ir de una estrella a otra instantáneamente.

— ¿La nave que mató a tus amigos era una HL? — indagó el guerrero Angyar.

— No. Era una nave tripulada. Hay enemigos aquí, en este planeta, ahora.

Mogien se hizo cargo de la situación al recordar que Rocannon le había dicho que ningún ser viviente podía tripular una nave HL y permanecer con vida; sólo se las utilizaba como bombarderos-robot, armas que podían aparecer, atacar y desvanecerse, todo en un instante. Era una historia extraña, pero no tanto como la que Mogien sabía verdadera: aunque el tipo de nave en que Rocannon había llegado tardara años y años en recorrer la noche entre los mundos, esos años, a los hombres que tripulaban la nave, les habían parecido unas pocas horas. En la ciudad de Kerguelen, de la estrella Forrosul, aquel mismo hombre, Rocannon, había hablado con Semley de Hallan y le había devuelto su joya, el Ojo del Mar, casi medio centenar de años antes. Semley, que había vivido dieciséis años en una noche, había muerto mucho tiempo atrás, su hija Haldre era una anciana mujer, y su nieto Mogien era ya un hombre; pero allí estaba Rocannon, que no era viejo. Aquellos años habían pasado para él entre viajes estelares. Era muy extraño, pero se relataban cosas más extrañas aún.

— Cuando Semley, la madre de mi madre, viajó a través de la noche… — comentó Mogien, e hizo una pausa.

— Jamás hubo dama tan encantadora en todos los mundos — dijo el Señor de las Estrellas, su rostro menos apenado por un instante.

— El señor que la acogió con gentileza es bienvenido entre este pueblo — dijo Mogien —. Pero quiero saber, Señor, ¿qué nave la llevó a ella? ¿Acaso sigue en poder de los gredosos? ¿Posee un transmisor instantáneo como para que tú puedas avisar a tu pueblo sobre este enemigo?

Por un segundo Rocannon pareció tocado por un rayo; luego se tranquilizó.

— No — fue su respuesta —, no lo tiene; la nave fue entregada a los gredosos hace setenta años; por entonces no existía la transmisión instantánea; y no puede haber sido instalado luego, porque el planeta ha estado bajo Interdicción desde hace cuarenta y cinco años hasta hoy. Yo ocasioné esa Interdicción; luego de haberme encontrado con la Señora Semley, me he sentido obligado a intervenir. Fui a mi gente y les dije: «¿Qué estamos haciendo en ese mundo del que no sabemos nada? ¿Por qué les exigimos su dinero y, a cambio, les damos opresión? ¿Qué derecho tenemos?» Pero si todo hubiera quedado tal como estuvo hasta aquel momento, al menos alguien habría venido cada dos años. No habría permanecido por entero a la merced de este invasor…

— ¿Qué puede querer de nosotros un invasor? — preguntó Mogien, no por modestia, sino por curiosidad.

— Quieren vuestro planeta, supongo. Vuestro mundo. Vuestra tierra. Quizá a vosotros mismos como esclavos. No lo sé.

— Si los gredosos aún poseen esa nave, Rocannon, y si la nave puede ir a la ciudad, podrías utilizarla para volver junto a tu gente.

El Señor de las Estrellas lo observó durante un minuto.

— Supongo que podría hacerlo — respondió, y su tono era triste. Hubo silencio entre ellos durante un minuto más y luego Rocannon habló con pasión —: He traído a mi gente hasta aquí y ahora están muertos. ¡No huiré ocho años hacia el futuro, para encontrarme luego con lo que haya ocurrido! Escúchame, Señor Mogien, si me ayudaras a ir hacia el sur, hasta la tierra de los gredosos, podría apoderarme de la nave y utilizarla aquí, en el planeta, para explorar. Al menos, si no logro neutralizar su piloto automático, podría enviar un mensaje a Kerguelen. Pero yo permaneceré aquí.

— Semley los halló, según dice la leyenda, en las cuevas de los Gdemiar próximas al Mar de Kirien.

— ¿Me prestarás una de tus monturas aladas, Señor Mogien?

— También mi compañía, si la quieres.

— ¡Mucho te la agradeceré!

— Los gredosos son malos anfitriones para los visitantes de lejos — dijo Mogien, y su rostro reflejaba satisfacción.

Ni aun la imagen de aquel horrible hoyo abierto en la ladera de la montaña podía sofocar el ímpetu de las dos enormes espadas pendientes de la cintura de Mogien. Largo era el tiempo que había transcurrido desde las últimas batallas.

— Que nuestro enemigo muera sin hijos — clamó con tono grave el Angya, levantando su copa, otra vez llena.

Rocannon, cuyos amigos habían sido asesinados sin piedad, en una nave desarmada, no tuvo un instante de vacilación.

— Que muera sin hijos — respondió, bebiendo con Mogien, allí, en la débil luz amarilla, bajo la luna, en la Alta Torre de Hallan.

II

Al atardecer del segundo día, Rocannon estaba envarado y curtido por el viento, pero había aprendido a permanecer bien sentado sobre la alta montura y a guiar con cierta pericia a la robusta bestia alada de los establos de Hallan. Ahora el encendido aire de la prolongada y lenta puesta de sol le envolvía por entero, luz cristalina y rosácea. Las monturas aladas volaban muy alto para permanecer durante el mayor tiempo posible a la luz del sol, porque, como grandes gatos, buscaban calor. Sobre su negro cazador, Mogien observaba la superficie del terreno, buscando un lugar para acampar, pues no quería que las bestias volaran de noche. Dos hombres normales los seguían, en monturas blancas, de menor tamaño, teñidas con el rojizo resplandor del gran sol poniente de Fomalhaut.

— ¡Mira, allá, Señor de las Estrellas!

La montura de Rocannon se refrenó bufando, al ver el objeto que Mogien señalara: un pequeño punto negro que se movía mucho más abajo, a través del cielo y por delante de ellos, mientras rasgaba el atardecer silencioso con un débil zumbido. Rocannon indicó con un gesto que debían bajar a tierra en seguida. Cuando estuvieron en el claro del bosque que hablan elegido, Mogien preguntó:

— ¿Es una nave como las vuestras, Señor de las Estrellas?

— No. Está destinada a viajes dentro de un planeta, es un helicóptero. Sólo pueden haberío traído en una nave mucho más grande que la mía, uno fragata interestelar o un transporte. Han de haber venido muchos y, sin duda, comenzaron a llegar mucho antes que nosotros lo hiciéramos. Pero ¿qué estarán haciendo aquí, con bombarderos y helicópteros?… Pueden disparar desde el cielo a mucha distancia. Debemos tener mucho cuidado con ellos de ahora en adelante, Señor Mogien.

— Ese objeto volaba desde los campos de arcilla. Espero que no llegarán antes que nosotros.

Rocannon asintió apenas, cargado de ira ante la vista de aquel punto negro en el atardecer, aquel insecto en un mundo no contaminado. Quienesquiera que fuesen los que habían bombardeado una nave de estudio desarmada sin lugar a dudas querían explorar el planeta y apoderarse de él con fines de colonización o bien para utilizarlo como base militar. Con respecto a las formas de vida de elevado cociente de inteligencia del planeta, de las que por lo menos subsistían tres especies, todas de bajo nivel de desarrollo tecnológico, aquellos intrusos adoptarían una actitud de ignorancia, las esclavizarían o bien las aniquilarían, según les pareciese más conveniente. Porque para un pueblo agresivo sólo la tecnología

cuenta.

«Y tal vez — se dijo Rocannon, mientras observaba cómo los hombres normales desensillaban las cabalgaduras y las dejaban libres para que se entregaras a la caza nocturna — éste es el punto débil que posee la Liga. Sólo la tecnología cuenta.» En el siglo anterior las dos misiones que llegaran al planeta habían comenzado por llevar a una de las especies hacia una tecnología preatómica, aun antes de haber explorado otros continentes o de haber establecido contacto con todas las especies inteligentes. El había considerado que aquello era un error y, por fin, había logrado organizar su propio viaje de estudio etnográfico, para aprender algo acerca del planeta. Pero no se había autoengañado: su trabajo podría servir exclusivamente como base informativa para estimular un desarrollo tecnológico en la especie más apta o en la cultura más prometedora. Así era como la Liga Mundial se preparaba a enfrentarse con su enemigo fundamental. Un centenar de mundos habían recibido entrenamiento y armas, un millar más recibía información sobre la utilización del acero, de la rueda, de la tracción y de la reacción. Pero Rocannon, el etnólogo, cuyo oficio era aprender, no enseñar, que había vivido en varios planetas subdesarrollados, dudaba de la sabiduría de jugarlo todo a la carta de las armas y de la utilización de las máquinas. Dominada por las agresivas especies humanoides, fabricantes de herramientas, de Centauro, Tierra, y por los Cetios, la Liga había desdeñado ciertas habilidades, poderes reales y potencialidades de la vida inteligente y las había evaluado con un criterio demasiado estrecho.

Aquel mundo, que ni siquiera tenía otro nombre más que Fomalhaut II, tal vez nunca habría prestado mucha atención a estos hechos, ya que antes de la llegada de la Liga ninguna de sus especies había avanzado más allá de la palanca y la forja. Otras razas, en otros mundos, podían ser llevadas hacia un desarrollo más rápido, para que sirviesen de ayuda cuando el enemigo extragaláctico volviese por fin, lo cual era inevitable. Pensó en Mogien ofreciéndose a pelear contra una escuadrilla de bombarderos veloces como la luz con las espadas de Hallan. Pero ¿qué ocurriría si los bombarderos lumínicos o incluso los HL fuesen como espadas de bronce, comparados con las armas del Enemigo? ¿Qué ocurriría si las armas del Enemigo fueran mentales? ¿No sería útil aprender algo acerca de los distintos tipos mentales que habían conocido y sobre sus poderes? La política de la Liga era muy limitada; tenía un objetivo demasiado amplio, pero ahora resultaba evidente que había conducido a una rebelión. Si la tormenta que brotara diez años atrás en Faraday había estallado, esto significaría que un mundo joven de la Liga, tras haber adquirido prontamente el conocimiento necesario para la guerra y también las armas, estaba ahora en condiciones de establecer su propio imperio entre las

estrellas.

Rocannon y Mogien y los dos sirvientes de cabellos oscuros comieron gruesas rebanadas del pan de las cocinas de Hallan, bebieron el amarillo vaskan de una bota de piel y luego se echaron a dormir. En la noche fría una densa llovizna murmuraba entre los árboles. En torno de la diminuta fogata se elevaban los árboles, con sus ramas oscuras cargadas de puntiagudas y negras y abundantes piñas. Rocannon se cubrió hasta la cabeza con la gualdrapa de plumas de su montura y durmió toda la noche entre el susurro de la llovizna. Las bestias regresaron al amanecer; antes de que saliera el sol ya estaban otra vez cabalgando en los aires hacia los descoloridos campos cercanos al golfo en que habitaban los gredosos.

A mediodía aterrizaron en una planicie de arcilla; Rocannon y los dos sirvientes, Raho y Yahan, lanzaron una mirada de desesperanza a su alrededor al no advertir signos de vida. Mogien, con la absoluta confianza de los de su casta, dijo:

— Ya vendrán.

Y llegaron; seis homínidos rechonchos, como los que Rocannon viera años antes en el museo, ninguno sobrepasaba la altura del tórax del etnólogo o la cintura de Mogien. Estaban desnudos, la piel cenicienta, como sus campos arcillosos, un grupo que se confundía con la tierra.

Cuando hablaban, no se podía determinar cuál había hecho: parecía que todos utilizaran voz áspera. Telepatía colonial parcial, recordaba haber leído en el Manual, y observó con creciente respeto a los horribles hombrecillos poseedores de tan raro don. Sus robustos compañeros no compartían ese sentimiento; sus rostros estaban ceñudos.

— ¿Qué buscan los Angyar y los sirvientes de los Angyar en la tierra de los Señores de la Noche? — dijo uno de los gredosos, o tal vez todos, en la Lengua Común, un dialecto Angyar conocido por todas las especies.

— Yo soy el Señor de Hallan — contestó Mogien, que allí parecía un gigante —. Conmigo está Rokanan, amo de las estrellas y de los caminos de la noche, sirviente de la Liga Mundial, huésped y amigo del Pueblo de Hallan. ¡grande es el honor que ha de rendírsele! Conducidnos hasta quienes sean dignos de discutir con nosotros. ¡Hay palabras que deberán ser dichas, porque pronto habrá nieve en la estación cálida, y los vientos soplarán hacia atrás y los árboles crecerán con las raíces hacia arriba y las copas enterradas!

«Es un verdadero deleite oír el modo de expresarse de los Angyar — pensó Rocannon —, aunque no sea su tacto lo que más descuella.»

Los gredosos mantenían un silencio cargado de dudas.

— ¿Es verdad? — todos o uno de ellos preguntó por fin.

— ¡Sí, y el mar ha de ser bosque y las piedras se convertirán en dedos! ¡Llevadnos hasta vuestros jefes, que saben lo que es un Señor de las Estrellas, no perdáis tiempo!

Otro silencio. De pie entre los pequeños troglodítas, Rocannon experimentaba una desagradable sensación: era como si mariposas nocturna rozaran su cara. Una decisión se había materializado.

— Venid — dijeron los gredosos con voz firme, y comenzaron a andar sobre el suelo lodoso. Al cabo de unos instantes de rápida marcha, se agruparon en torno a un punto en la tierra, se inclinaron y, al apartarse del sitio, quedó visible un agujero y una escalera que se hundía en él: la entrada al Dominio de la Noche.

En tanto que los hombres normales aguardaban en la superficie junto a las monturas, Mogien y Rocannon bajaron por la escalera hasta un mundo subterráneo de túneles entrecruzados y bifurcados, abiertos en la arcilla y sostenidos con columnas de cemento; todos tenían luz eléctrica y un olor de sudor y comida rancia. Tras ellos, los pies grisáceos desnudos, un par de guardias los encaminó hasta una habitación circular, que semejaba una burbuja en medio de un estrato rocoso; allí los dejaron solos.

Hubo una espera; una larga espera.

¿Por qué demonios las primeras expediciones habían elegido aquella raza para la incorporación a la Liga? Rocannon tenía una explicación tal vez poco digna: esos primeros viajes habían partido del frío Centauro, y los exploradores se habrían hundido con júbilo en las cavernas de los Gdemiar, huyendo de la cegadora luz y del calor del gran sol A-3. Para ellos, un pueblo sensible debía vivir bajo la tierra en un mundo como aquél. Para Rocannon, el sol caliente y blanco, las noches brillantes de cuatro lunas, los definidos cambios de estación y los vientos incesantes, el aire rico y la escasa gravedad que permitían la vida de tantas especies aéreas, eran no solo compatibles, sino también motivo de regocijo. Pero, se advirtió a sí mismo, ésta era la razón por la que estaba menos calificado que los centaurianos para juzgar a un pueblo cavernícola. No se podía negar que eran inteligentes. También estaban dotados de telepatía, un poder mucho más extraño y mucho menos comprensible que la electricidad, pero las primeras investigaciones no habían prestado atención a esto. Habían entregado a los Gdemiar un generador, una nave espacial de itinerario fijo, algunos elementos de matemáticas, alguna que otra palmada en la espalda, y los abandonaron a su suerte. ¿Qué habían hecho los hombrecillos a partir de entonces? Y ésa fue la pregunta que planteó entonces a Mogien.

El joven jefe, que nunca antes viera nada distinto de una vela o una antorcha resinosa, observó con el más claro desinterés la bombilla eléctrica que pendía sobre su cabeza.

— Siempre han sido listos para hacer cosas — contestó con su extraordinaria e ingenua arrogancia.

— ¿Han elaborado algún nuevo tipo de cosas en estos últimos tiempos?

— Compramos nuestras espadas de acero a los gredosos; ya en tiempos de mi abuelo había entre ellos forjadores que trabajaban el acero. Antes que eso, no sé. Mi pueblo ha vivido largo tiempo con los gredosos, soportando sus excavaciones hechas en los límites mismos de nuestras tierras, intercambiando plata por espadas. Se dice que son ricos, pero el pillaje contra ellos es tabú. Las guerras entre dos estirpes son nefastas, ya lo sabes. Tanto, que cuando mi abuelo Durhal buscó aquí a su mujer, creyendo que ellos la habían raptado, no quebrantó el tabú para forzarlos a hablar. Esta gente no llega a decir mentiras, pero tampoco dice la verdad, si le es posible. No hay afecto de nosotros hacia ellos y ellos no lo tienen hacia nosotros; creo que recuerdan los días pasados, aquellos en que el tabú no existía. No son valientes.

Una voz poderosa tronó a espaldas de ambos:

— ¡Inclinaos ante la presencia de los Señores de la Noche!

Rocannon, mientras giraba, descansó su mano sobre la empuñadura de la pistola láser; Mogien llevó ambas manos a las espadas. Pero Rocannon distinguió el altavoz fijo en la pared curvada y susurró a Mogien:

— No respondas.

— ¡Hablad, extranjeros en las Cavernas de los Señores de la Noche!

El sonido, claro y metálico, era intimidatorio. Pero Mogien se mantuvo erguido, sin pestañear, con las cejas arqueadas en un gesto indolente.

Luego dijo:

— Ahora que has cabalgado en los aires por tres días, Señor Rokanan, ¿comienzas a degustar el placer que ello encierra?

— ¡Hablad y seréis escuchados!

— Sí. Y la montura que me ha tocado vuela ligera como el viento del oeste en la estación cálida — repuso Rocannon, recordando un cumplido que oyera durante alguna cena en el Gran Salón.

— Es de muy buena raza.

— ¡Hablad! ¡Os estamos escuchando!

Discutieron acerca de la cría de monturas aladas, en tanto que la pared seguía bramando sus órdenes. De pronto dos gredosos aparecieron en el túnel. Los rostros impasibles emitieron una sola palabra:

— Seguidnos.

Se encaminaron a través de nuevos laberintos, para llegar a las vías de un diminuto tren eléctrico, que semejaba un juguete

gigantesco, pero efectivo; a buena velocidad fueron dejando atrás largos túneles de arcilla hasta arribar a lo que parecía una zona de piedras calizas. La parada final se produjo junto a la entrada de un salón iluminado con riqueza; en el fondo, lejos, tres cavernícolas aguardaban sentados bajo un dosel. En un primer momento — y para su vergüenza como etnólogo —, Rocannon no pudo establecer diferencias entre ellos. Del mismo modo que los chinos parecen todos iguales a los holandeses, o los rusos a los centaurianos… Luego distinguió las características individuales del gredoso sentado en el centro, cuyo rostro estaba bien dibujado, era blanco e irradiaba un aura de poder por debajo de la corona de hierro.

— ¿Qué busca el Señor de las Estrellas en las Cavernas de los Poderosos?

La formalidad de la Lengua Común se adecuaba con precisión a las necesidades de Rocannon en su respuesta:

— He querido llegar como huésped a estas cavernas para conocer los medios de los Señores de la Noche y para ver las maravillas de su artesanía. Espero que mi deseo se cumpla del todo. Porque malos sucesos se avecinan y ahora llego de prisa y por necesidad. Soy uno de los oficiales de la Liga Mundial. Os ruego que me llevéis hasta la nave interestelar que poseéis como prenda de la confianza que la Liga depositó en vosotros.

Los tres rostros permanecieron impasibles; la altura del escaño los elevaba hasta el nivel de Rocannon; observados de cerca, sus facciones bastas, sin edad, y sus ojos duros resultaban imponentes. Luego, en forma grotesca, el que se sentaba a la izquierda habló en jerga práctica:

— Nave no — dijo.

— Hay una nave.

Después de un minuto, el mismo repitió, ambiguo:

— Nave no.

— Hablad en Lengua Común. Os pido ayuda. En este planeta hay un enemigo de la Liga. Este mundo ya no os pertenecerá si toleráis a tal enemigo.

— Nave no — repitió el gredoso de la izquierda. Los otros dos parecían estalagmitas.

— ¿Deberé, pues, decir a los otros Señores de la Liga de los Gdemiar han traicionado su confianza, que no son dignos de batallar en la inminente guerra?

Silencio.

— Confianza por ambas partes, o por ninguna — contestó el gredoso con la corona de hierro, hablando Lengua Común.

— ¿Pediría vuestra ayuda si no confiara en vosotros? ¿No podríais al menos enviar la nave con un mensaje a Kerguelen? Nadie tendrá

que ir y perder todos esos años; el vehículo lo hará automáticamente.

Silencio una vez más.

— Nave no — repitió el gredoso de la izquierda, con su voz ruda.

— Ven, Señor Mogien — dijo Rocannon, y les dio la espalda.

— Quienes traicionan a los Señores de las Estrellas — pronunció la voz clara y arrogante de Mogien — traicionan viejos pactos. Desde antiguo fabricáis nuestras espadas, gredosos. Y aún no tienen moho.

Se marchó tras Rocannon, siguiendo a los incoloros guías que los condujeron otra vez hasta el tren, a través del laberinto de corredores húmedos e iluminados y, por último, hasta la luz del día.

Remontaron el viento, hacia el oeste, abandonando la tierra de los gredosos y descendieron en las márgenes boscosas de un río, para decidir qué harían.

Mogien se sentía en falta frente a su huésped. No se había habituado a ver frustrada su generosidad y su autodominio estaba, ahora, un tanto sacudido.

— ¡Insectos de las cavernas! — exclamó —. ¡Gusanos cobardes! dicen con franqueza qué han hecho y qué harán. Todas las gentes pequeñas son así, incluso los Fiia. Pero en los Fiia se puede confiar. ¿Crees que los gredosos han entregado la nave al enemigo?

— ¿Cómo podemos saberlo?

— Solo esto sé: nada darán si antes no reciben el doble de su precio o más aún. Cosas, cosas… en nada piensan si no es en atesorar cosas. ¿Qué ha querido decir el viejo con eso de que la confianza debe estar en ambas partes?

— Supongo que ha querido decir que su pueblo piensa que nosotros, los de la Liga, los hemos traicionado. En un principio los hemos estimulado, luego y de pronto, durante cuarenta y cinco años, los hemos abandonado sin enviarles siquiera mensajes, desalentando sus viajes a Kerguelen, diciéndoles que cuidaran como quisiesen de sí mismos. Y esto es obra mía, aunque ellos lo ignoren. Después de todo, ¿por qué tendrían que hacerme un favor? Dudo que ya hayan hablado con el enemigo. Pero daría lo mismo aunque les hubieran vendido la nave. El enemigo puede hacer con ella aún menos de lo que yo haría.

Rocannon calló; observaba el río brillante, con aire de abatimiento.

— Rokanan — dijo Mogien, que por primera vez le hablaba como a un hombre de su misma casta —, cerca de este bosque viven mis primos de Kyodor, un castillo poderoso, treinta Angyar de dobles espadas y tres aldeas de hombres normales. Nos ayudarán a castigar a los gredosos por su insolencia…

— No. — Rocannon habló con voz grave —. Dile a tu gente que vigile, sí, a los gredosos; puede ocurrir que el enemigo los compre. Pero no habrá tabúes quebrantados ni guerras que se entablen por mi

responsabilidad. No tendría sentido. En tiempos como los de ahora, Mogien, el destino de un solo hombre carece de importancia.

— Si es así — y Mogien alzó su rostro oscuro —, ¿qué es lo importante?

— Señores — dijo el joven Yahan —, algo hay allá, entre los árboles.

Su mano apuntaba hacia una mancha de color entre las coníferas sombrías.

— ¡Fiia! — exclamó Mogien —. Cuida de las monturas. — Las cuatro grandes bestias observaban la otra orilla del río, con las orejas tiesas.

— ¡Mogien, Señor de Hallan, marcha por los caminos de los Fiia en son de amistad! — la voz se extendió sobre el ancho, poco profundo y sonoro cauce; de pronto, entre las manchas de luz y sombra que los árboles perfilaban en la otra ribera apareció una figura diminuta. Parecía ejecutar una danza, según que los rayos del sol la iluminasen o no, y era difícil mantener los ojos fijos en ella. Cuando comenzó a moverse, Rocannon pensó que caminaba sobre la superficie del agua, a la que ni siquiera llegaba a agitar lo suficiente como para producir cambios en los reflejos del sol. La bestia rayada se irguió y marchó con paso suave y majestuoso hasta el borde del agua. Cuando el Fian estuvo a su lado, el animal inclinó la cabeza y el hombrecito le acarició las orejas rayadas y peludas. Luego se encaminó hacia ellos.

— Salud, Mogien, Heredero de Hallan, el de los cabellos de sol, portador de espada. — La voz era tan fina y dulce como la de un niño, la figura era pequeña y grácil como la de un niño, pero la cara, no —. Salud, huésped de Hallan, Señor de las Estrellas, Vagamundo. — Extrañamente, los ojos claros se posaron por un momento, en forma abierta, sobre Rocannon.

— Los Fiia saben todos los nombres y conocen todas las nuevas — dijo Mogien con una sonrisa; pero el Fian no sonrió en respuesta. También para Rocannon, que sólo había hecho visita breve a una de las aldeas de la especie con su equipo de reconocimiento, esto resultó asombroso.

— Oh, Señor de las Estrellas — prosiguió las vocecilla dulce y patética —, ¿quién conduce las naves voladoras que vienen y matan?

— ¿Matan… a tu gente?

— Toda mi aldea — respondió el hombrecito —. Yo estaba con los rebaños, en las colinas. Oí en mi mente que mis iguales me llamaban y bajé; todos estaban entre llamas, ardiendo, gritando. Había dos naves con alas que daban vueltas. Sembraban fuego. Ahora estoy solo y debo hablar en voz alta; en mi mente, donde antes estaba mi pueblo, ahora sólo hay fuego y silencio. ¿Por qué han hecho esto, Señores?

Su mirada fue de Rocannon a Mogien. Ambos callaban. El Fian se dobló, como un hombre herido de muerte, se arrodilló en tierra y ocultó la cara.

Mogien se irguió junto a él, las manos en las empuñaduras de las espadas, sacudiéndolas con ira.

— ¡Ahora juro venganza contra aquellos que han arrasado a los Fiia! Rokanan, ¿cómo ha podido ocurrir esto? Los Fiia carecen de espadas, no poseen riquezas, no tienen enemigos. Mira, este pueblo está muerto, muertos aquellos a quienes él hablaba sin palabras, sus hermanos de sangre. Ningún Fian vive solitario. Este morirá solitario. ¿Por qué han atacado a su pueblo?

— Para que se conozca su poder — resonó, áspera, la respuesta de Rocannon —. Llevémosle a Hallan, Mogien.

El robusto Señor de Hallan se arrodilló junto a la diminuta figura llorosa:

— Fian, amigo de los hombres, cabalga conmigo. No puedo hablarte en la mente, como ha hablado tu pueblo, pero no todo lo que anda por el aire es hueco.

Montaron en silencio; el Fian se subió a la elevada montura, delante de Mogien, como si fuera un niño, y las cuatro bestias aladas se remontaron otra vez. Un viento lluvioso favorecía desde el sur la marcha; al día siguiente, avanzada la tarde, entre el batir de alas de su montura, Rocannon divisó la escalinata de mármol en el bosque, el Puente del Precipicio por encima del verde abismo y las torres de Hallan recortándose en la luz del poniente.

La gente del castillo, rubios señores y morenos sirvientes, se agrupó en torno a ellos en el patio de las cuadras, con la ansiedad de comunicar las nuevas: había ardido el castillo más cercano hacia el lado del este, Reohan, y todos sus habitantes habían sido asesinados. También en este caso se trataba de dos helicópteros y unos pocos hombres armados con pistolas de rayos láser; guerreros y granjeros de Reohan fueron masacrados sin tener la posibilidad de devolver un solo golpe. Los moradores de Hallan estaban casi enloquecidos de ira y de ansias de venganza, y experimentaron un temor casi reverente al ver al Fian cabalgando junto con el joven señor y enterarse de por qué estaba allí.

Muchos de ellos, habitantes de la fortaleza más septentrional de Angien, jamás habían visto un Fian antes, pero conocían a ese pueblo como protagonista de leyendas y detentor de poderes que lo convertía en tabú. Por sangriento que hubiese sido, un ataque a uno de sus castillos les resultaba coherente dentro de su visión guerrera del mundo; pero un ataque contra los Fiia implicaba un sacrilegio. El temor y la ira los poseían. Tarde en la noche, desde su cuarto de la torre, Rocannon oyó el tumulto que subía desde el Gran Salón, donde

los Angyar de Hallan juraron, todos, destrucción y extinción para el enemigo en un torrente de metáforas y entre el tronar de las hipérboles. Era una raza jactanciosa, la de los Angyar: vengativos, arrogantes, tozudos, iletrados, carecían de formas de primera persona para la expresión «ser incapaz». No había dioses en sus leyendas, sólo héroes.

Entre la barahúnda distante, una voz se hizo oír, para asombro de Rocannon, mientras recorría el dial de su radio. Por fin había hallado la banda en que emitía el enemigo. Una voz farfullaba su mensaje en una lengua que Rocannon no conocía. Habría sido excesiva suerte que el enemigo hablara galáctico; existían cientos de miles de lenguas en los mundos de la Liga, considerando sólo los planetas reconocidos. La voz comenzó a leer una lista de números, que Rocannon comprendió porque estaban dichos en cetio, la lengua de una raza cuyos logros en la investigación matemática habían inducido al uso general de las matemáticas cetias en la Liga, y por lo tanto al uso de los numerales cetios. Escuchó con esforzado atención, pero de nada servía: era una mera lista de números.

De pronto la voz cesó y sólo quedó el siseo de la estática.

Rocannon observó al diminuto Fian, sentado al otro lado de la habitación, ya que había pedido estar con él; las piernas cruzadas, permanecía en silencio sobre el piso, junto a la ventana.

— Ese era el enemigo, Kyo.

El rostro del Fian estaba como petrificado.

— Kyo — dijo Rocannon, pues era costumbre interpretar a un Fian mediante el nombre Angyar de su aldea, ya que los individuos de la especie podían o no poseer nombres individuales —, Kyo, si quisieras ¿lograrías escuchar con la mente a los enemigos?

En las breves notas de una de sus visitas a la aldea Fian, Rocannon había señalado que las especies I-B raras veces contestaban en forma directa a las preguntas directas; y recordaba muy bien la sonriente evasividad de los Fiia. Pero Kyo, desolado como estaba en la extranjera tierra del habla, contestó a lo que Rocannon preguntara:

— No, Señor — y su voz era sumisa.

— ¿Podrías escuchar con la mente a quienes no son de tu raza, en otras aldeas?

— Muy poco. Si viviese entre ellos, quizá… Los Fiia han ido en ocasiones a vivir en otras aldeas, que no eran las suyas. También se dice que los Fiia y los Gdemiar en un tiempo hablaban con la mente, como un solo pueblo, pero de esto hace ya mucho; se dice… — y se detuvo.

— Por cierto que tu pueblo y los gredosos constituyen una sola raza, aunque ahora marchen por caminos bien distintos. ¿Qué más, Kyo?

— Se dice que muchos años ha, en el sur, en los lugares elevados, en los lugares grises, vivían los que hablaban con la mente con todas las criaturas. Oían todos los pensamientos aquellos Primitivos, los Ancianos… Pero nosotros hemos descendido de las montañas y hemos vivido en valles y cavernas y así olvidamos ese camino más difícil.

Rocannon analizó los datos por un Instante. No había montañas en el continente al sur de Hallan. En el momento en que se puso de pie para coger el Manual para el Área Galáctica Ocho, y sus mapas, la radio, que aún siseaba en la misma banda, lo paralizó: una voz llegaba, muy débil, remota, elevándose y cayendo entre las ondulaciones de la estática, pero hablando en lengua galáctica. «Número Seis, adelante. Número Seis, adelante. Aquí Control. Adelante, Número Seis.» Luego de innúmeras repeticiones y pausas, continuó: «Aquí Viernes. No, aquí Viernes… Aquí Control; ¿estáis ahí, Número Seis? Las HL deben llegar mañana y necesito un informe completo sobre las vías muertas y las redes Siete Seis. Dejad el plan escalonado al Destacamento del Este. ¿Me estáis recibiendo, Número Seis? Mañana mantendremos contacto con la Base a través del transmisor instantáneo. Me daréis inmediatamente esa información sobre las vías muertas. Vías muertas Siete Seis. Innecesario…» Una interferencia espacial se tragó la voz por un instante, y cuando desapareció el mensaje sólo era audible fragmentariamente. Diez largos minutos transcurrieron en medio de la descarga estática y el silencio, mezclados con algún que otro trozo de mensaje; luego irrumpió una voz mucho más cercana, hablando con rapidez en la lengua desconocida que ya antes había utilizado. El mensaje proseguía, sin pausas; inmóvil, minuto tras minuto, con la mano aún apoyada sobre su Manual, Rocannon escuchaba. También inmóvil, el Fian permanecía sentado en las sombras, en el otro extremo de la habitación. La voz dijo y repitió un doble par de números; la segunda vez Rocannon logró comprender el vocablo cetio correspondiente a «grados». Cogió su libreta de notas, que estaba abierta, y garabateó los números; por último, y aunque seguía escuchando, abrió el Manual en la Sección de mapas de Fomalhaut II.

Los números que había anotado eran 28º 28' y 121º 40'. «Si se tratara de coordenadas de latitud y longitud…» Observó los mapas, marcando por dos veces, con la punta de su lápiz, un lugar en medio del mar abierto. Por último, probando con 121º oeste y 28' norte, apuntó justamente al sur de un cordón montañoso, en el centro del Continente Sudoeste. Su mirada no se apartaba del gráfico. La voz de la radio había callado.

— ¿Qué ocurre, Señor de las Estrellas?

— Creo que me han dicho dónde están. Quizá. Y que tienen un transmisor instantáneo. — Miró hacia Kyo, sin verlo; luego volvió su

vista al mapa —. Si están allí… si no pudiera ir a desbaratarles el juego, si lograra transmitir sólo un mensaje a la Liga desde el transmisor fotófono de ellos, si pudiera…

El Continente Sudoeste había sido cartografiado exclusivamente desde el aire y sólo las montañas y los ríos importantes estaban marcados, además de la línea costera: miles de kilómetros de espacio vacío, desconocido. Y un objetivo apenas entrevista.

«Pero no puedo quedarme aquí sentado», se dijo Rocannon. Alzó los ojos y allí estaban los ojos claros del hombrecito, sin entender.

Rocannon se paseó arriba y abajo por el piso de piedra de la habitación. La radio emitió algunos silbidos, algún susurro.

Una cosa había a su favor: sin duda el enemigo no estaría aguardándolo. Pensarían que todo el planeta estaba en sus manos. Pero era la única cosa a su favor.

— Utilizaré sus armas contra ellos mismos — determinó —. Creo que intentaré hallarlos. En las tierras del sur… Mi gente ha sido asesinada por esos extranjeros, como la tuya, Kyo. Tú y yo estamos solos, debemos hablar una lengua que no es la nuestra. Tu compañía será motivo de regocijo para mí

El etnólogo no supo qué lo había llevado a plantear tal invitación.

La sombra de una sonrisa recorrió el rostro del Fian. Elevó sus manecitas, paralelas y separadas. En las paredes, las luces de los candelabros se amortiguaron, fluctuantes y mudadizas.

— Se ha dicho que el Vagamundo podrá escoger a sus compañeros — contestó —. Por un tiempo.

— ¿El Vagamundo? — preguntó Rocannon, pero no obtuvo respuesta.

III

La Señora del Castillo cruzó con lentitud el enorme salón, arrastrando el borde de su falda sobre la piedra. Su tez se había oscurecido hasta llegar al negro de un icono; sus hermosos cabellos estaban blancos. Aún era visible la belleza de su figura. Rocannon se inclinó mientras la saludaba según la costumbre de los Angyar:

— Salud, Señora de Hallan, Hija de Durhal, Haldre la Bella.

— Salud, Rokanan, huésped mío — respondió la mujer, mirándolo desde lo alto de su estatura. Como la mayoría de las mujeres y todos los hombres Angyar, Haldre era mucho más alta que él —. Dime por qué vas a ir hacia el sur.

Ella prosiguió su camino lento a través del salón y Rocannon marchó a su lado. Los rodeaban paredes oscuras, oscura piedra, tapices sombríos pendientes de los muros, y la luz fría de la mañana se filtraba a través de las ventanas altas, en oblicuos haces que chocaban con las vigas negras del techo.

— Iré a enfrentar a mi enemigo, Señora.

— ¿Y cuando lo hayas hallado?

— Espero que podré entrar en su… su castillo y utilizar su… emisor de mensajes, para comunicar a la Liga que ellos están aquí, en este mundo. Se ocultan aquí y hay muy pocas probabilidades de que sean hallados: los mundos son tantos como granos hay en la arena de las playas. Pero han de ser hallados. Han hecho mucho daño aquí y lo harán aún mayor en otros mundos.

Haldre asintió por una vez con la cabeza.

— ¿Es verdad que irás casi solo, con muy pocos hombres?

— Sí, Señora. Es un largo viaje y habrá que cruzar el mar. Y la astucia, no la fuerza, es mi única esperanza contra la fuerza de ellos.

— Necesitarás algo más que astucia, Señor de las Estrellas — dijo la anciana. — Bien, enviaré contigo a cuatro normales de absoluta lealtad, si eso te basta, dos bestias de carga y seis ensilladas y una o dos bolsas de plata para el caso de que los bárbaros de tierras extranjeras exijan paga para alojaros a ti y a mi hijo Mogien.

— ¿Vendrá Mogien conmigo? ¡Todos son valiosos presentes, Señora, pero éste es el más valioso!

Lo observó por un minuto con su clara, triste e inexorable mirada.

— Me place que te agrade, Señor de las Estrellas.

Reanudó su lento paso y Rocannon la siguió.

— Mogien desea ir, porque gusta de tu compañía y ama la aventura; y tú, un gran señor en una peligrosa misión, deseas su ayuda. Así es que creo que su camino es seguirte. Pero te lo diré ahora, en esta mañana, en el Gran Salón, para que lo recuerdes y no

temas mi reproche si regresas: no creo que él vuelva contigo.

— Pero, Señora, él es el heredero de Hallan.

Avanzaron en silencio por unos momentos; la Señora de Hallan se volvió al llegar a un extremo del salón, bajo unos tapices oscurecidos por el tiempo, donde unos gigantes alados luchaban con hombres de cabellos claros, y habló nuevamente:

— Hallan buscará otros herederos. — Su voz era serena, amarga y fría —. Vosotros, los Señores de las Estrellas, estáis aquí otra vez, trayendo nuevos caminos y nuevas guerras. Reohan es polvo; ¿cuánto podrá durar Hallan? El mundo mismo se ha convertido en un grano de arena en la ribera de la noche. Todas las cosas cambian ahora. Pero aún estoy segura de algo: la oscuridad se cierne sobre mi estirpe. Mi madre, a quien tú has conocido, se perdió en los bosques, llevada por su locura; mi padre ha sido muerto durante la batalla, mi marido ha sido asesinado; y cuando di a luz un hijo, mi espíritu se llenó de pesadumbre, en medio de la alegría, porque se ha previsto que su vida será breve. Esto no es motivo de dolor para él, que es un Angya y porta las dos espadas. Pero mi parte de oscuridad consiste en gobernar sola un dominio que se tambalea, vivir y vivir y sobrevivir a todos ellos…

Hubo otro largo silencio.

— Tal vez necesitarás un tesoro mucho más grande que el que yo pueda darte, para comprar tu vida o tu camino. Toma esto. A ti te lo doy, Rokanan, no a Mogien. No proyectará oscuridad sobre ti. ¿No fue, acaso, tuyo en la ciudad que está al cabo de la noche? Para nosotros sólo ha sido una carga y una sombra. Recíbelo nuevamente, Señor de las Estrellas; utilízalo como rescate o como presente. — Haldre desprendió de su cuello el oro y el azul del collar que costara la vida de su madre y lo depositó en la mano del hombre. Rocannon lo cogió oyendo casi con terror el suave y helado tintineo de los eslabones dorados, y alzó sus ojos hacia el rostro de la anciana, que lo observaba, erguida, sus ojos azules oscurecidos en el aire oscuro y sereno del salón —. Ahora llévate a mi hijo, Señor de las Estrellas, sigue tu camino. Que tu enemigo muera sin hijos.

Antorchas y humo, sombras presurosas en las cuadras del castillo, voces de bestias y de hombres, algarabía y confusión… todo se desvaneció a poco que la rayada montura de Rocannon comenzara a batir sus alas. Ahora Hallan estaba por debajo de ellos, como una débil claridad en medio de las colinas, y no había otro sonido que la fricción del aire por entre las veloces alas de las bestias. Allá abajo, el este estaba pálido y la Gran Estrella ardía como un cristal brillante, anunciando la llegada del sol, aunque aún no se hacía presente el amanecer. El día y la noche, el alba y el anochecer eran majestuosos y lentos en aquel planeta que tardaba treinta horas en completar su

rotación. También el correr de las estaciones era calmo; aquélla era el alba del equinoccio de primavera, a la que seguirían cuatrocientos días de primavera y estío.

— Cantarán canciones sobre nosotros en los elevados castillos — dijo Kyo, que montaba a la grupa de Rocannon —. Cantarán cómo el Errante y sus compañeros cabalgaron hacia el sur, a través del cielo, en la oscuridad primaveral… — y rió apenas. Ante ellos las colinas y fértiles planicies de Angien se desplegaban como un paisaje dibujado sobre seda gris, en una claridad creciente que, por último se hizo vivida de colores y sombras con la majestuosa aparición del sol que se elevaba a espaldas de los viajeros.

Sobre el mediodía descansaron por un par de horas junto a un río cuyo curso hacia el sudoeste seguían en busca del mar; al anochecer bajaron a un pequeño castillo, asentado como todas las fortalezas Angyar en la cima de una colina cerca de una vuelta del río. Allí les dio la bienvenida el señor del lugar, junto con los restantes castellanos. Era evidente su curiosidad al ver a un Fian cabalgando sobre una bestia alada, con el Señor de Hallan, cuatro hombres normales y otro que hablaba con extraño acento, vestido como un señor, pero sin espadas y con el rostro blanco de un normal. Sin duda, entre ambas castas, Angyar y Olgyior, había más mezcla que la que la mayoría de los Angyar estaban dispuestos a admitir; era frecuente ver guerreros de piel clara y sirvientes de cabellos rubios; pero aquel Errante era enteramente anómalo. Para evitar que se expandiera el rumor de su presencia en el planeta, Rocannon nada dijo, y su anfitrión no formuló ninguna pregunta al heredero de Hallan; si alguna vez alcanzó a saber quién había sido su extraño visitante, su fuente de información provino de los juglares que, años después, cantaron el hecho.

El día siguiente transcurrió similar al anterior para los siete viajeros: cabalgaron en el viento sobre tierras bellísimas. Pernoctaron en una aldea Olgyior, sobre el río, y en el tercer día arribaron a un país que era nuevo aun para Mogien. El río, girando hacia el sur, dibujaba amplios meandros y curvas cerradas, en tanto que las colinas se perdían en extensas llanuras; muy lejos, el cielo se empalidecía con los brillos de una claridad espejeante. A última hora del día llegaron a un castillo asentado en la soledad de un risco blanquecino, a cuyos pies se extendía la arena gris, salpicada de lagunillas que conducían hasta el mar.

Al desmontar, envarado y lleno de fatiga, con los oídos zumbando por el viento de la marcha, Rocannon pensó que, de todas las vistas por él, aquélla era la plaza Angyar más lamentable; un apiñamiento de chozas, como gallinas mojadas que se refugiaran bajo las alas de una tosca y casi agazapada fortaleza. Hombres normales, pálidos y

contrahechos, los espiaron desde lo alto de las callejas escalonadas.

— Parecen haberse alimentado entre los gredosos — dijo Mogien —. Aquí está la entrada, éste es el lugar llamado Tolen, si el viento no nos ha descarriado. ¡Eh! ¡Señores de Tolen, un huésped llama a vuestras puertas!

El castillo permaneció silencioso.

— La puerta de Tolen se balancea con el viento — dijo Kyo, y todos advirtieron que en el portal de bronce y madera cedían los goznes y las hojas batían al impulso del viento marino. Mogien abrió una de las hojas con la punta de su espada. Dentro había oscuridad, un precipitado susurro de alas, olores rancios.

— Los Señores de Tolen no aguardaban visitas — dijo Mogien —. Bien, Yahan, habla con esas pobres gentes y busca un alojamiento para la noche.

El joven sirviente se volvió para interpelar a la gente del pueblo reunida en uno de los extremos del patio exterior del castillo, desde donde hablan atisbado la escena. Uno de ellos tuvo el valor de adelantarse, entre reverencias, caminando de lado como una bestezuela marina, y habló con humildad a Yahan. En parte, Rocannon pudo seguir la conversación en dialecto Olgyior y comprendió que el viejo normal explicaba que la aldea no poseía lugar adecuado para el alojamiento de pedanar, fueran éstos lo que fuesen. Raho, el normal más alto de Hallan, se adelantó hablando con crudeza, pero el anciano sólo respondió con evasivas, reverencias y gruñidos, hasta que, por último, Mogien se acercó al grupo. El código Angyar le prohibía hablar con los siervos de un dominio extranjero, pero desenvainó una de sus espadas, blandiéndola en dirección hacia el frío mar, para luego volverse y señalar las oscuras callejuelas del caserío. Los viajeros avanzaron; las alas plegadas de sus monturas rozaban, a ambos lados, los techos bajos y pajizos.

— Kyo, ¿qué son los pedanar?

El hombrecito sonrió.

— Yahan, ¿qué significa la palabra pedanar?

El joven normal, hermano y cándido, se mostró incómodo.

— Bien, Señor, un pecan es… alguien que camina entre los hombres…

Rocannon asintió con la cabeza; la leve insinuación había despertado un recuerdo. Cuando era un mero estudioso de aquellas especies en vez de su aliado, se habla dedicado a buscar religión entre ellas; pero todas parecían carentes de credo. Sin embargo, eran muy crédulas. Consideraban que los hechizos, maldiciones y poderes extraños eran hechos objetivos, y en su relación con la naturaleza prevalecía un intenso animismo; pero no tenían dioses. Aquella palabra, sin embargo, parecía tener connotaciones sobrenaturales. En

aquel momento no pensó que el vocablo había sido aplicado a su persona.

Tomaron como alojamiento tres de las lóbregas casuchas; las bestias aladas, demasiado grandes para entrar en cualquiera de las chozas, quedaron afuera, atadas. Los animales se reunieron en una sola masa que elevaba su ronroneo contra el agudo viento marino. La montura rayada de Rocannon arañó la pared, con un maullido doliente que no cesó hasta que Kyo se le acercó para acariciarle las orejas.

— Pronto estarán aún más inquietas, pobres bestias — dijo Mogien, sentado con Rocannon junto al hogar que caldeaba el ambiente de la choza —. Detestan el agua.

— En Hallan me has dicho que no volarían sobre el agua, y estos aldeanos seguramente no tendrán naves que puedan transportarlas. ¿Cómo cruzaremos el canal?

— ¿Tienes tu dibujo de la tierra? — preguntó Mogien. Los Angyar no poseían mapas, y Mogien estaba fascinado por los mapas de la sección Estudio Geográfico del Manual. Rocannon extrajo el libro de la vieja maleta de piel que había llevado consigo de un mundo a otro, y que contenía el o equipo que llevara a Hallan antes de que la nave espacial fuera bombardeada: el Manual, libretas de anotaciones, un traje y la pistola, botiquín médico, un juego terrestre de ajedrez y un manoseado volumen de poesía hainesa. En un principio había metido el collar con un zafiro entre todas estas cosas, pero durante la noche anterior, preocupado por el valor de la joya, había cosido el zafiro dentro de un saquito de tela y se había puesto al cuello la cadena de oro, entre la camisa y la capa, de modo que fuera tomada por un amuleto y que no pudiera perderse a menos que también se perdiera su cabeza.

Con su largo y recio dedo, Mogien fue siguiendo el contorno de los dos Continentes del Oeste, en la zona en que ambos se enfrentaban: el lejano sur de Angien, con sus dos profundos golfos y un promontorio extenso entre ambos, avanzando hacia el sur, enfrente, al otro lado del canal, el cabo más septentrional del Continente Sudoeste, al que Mogien denominó Fiern.

— Estamos aquí — dijo Rocannon, y colocó una espina del pescado de su cena en la extremidad del promontorio.

— Y aquí, si es que estos patanes que se alimentan de pescado dicen la verdad, está el castillo llamado Plenot — Mogien apuntó con una segunda espina un lugar situado a poco más de un centímetro hacia el este del primero y admiró el conjunto. —. Desde el aire así es como se ve una torre. Cuando regrese a Hallan enviaré a cien hombres con sus monturas para que observen la tierra desde arriba, y a partir de sus dibujos esculpiremos en piedra una gran figura de todo el

Angien. Bien, en Plenot habrá naves; tal vez las naves de aquí, de Tolen, junto a las de allá. Hubo una contienda entre estos dos pobres señores y por eso Tolen ahora está llena de viento y noche. Así se lo ha dicho el viejo a Yahan.

— ¿Querrá Plenot prestamos las naves?

— Plenot no nos prestará nada. El Señor de Plenot es un Errante.

Dentro del complejo código de relaciones entre los dominios Angyar, esto significaba que era un señor rechazado por los demás, un fuera de la ley, no ligado por las reglas de hospitalidad, represalia o restitución.

— Sólo tiene dos bestias aladas — continuó Mogien, y comenzó a desceñir su tahalí —. Y, según dicen, su castillo ha sido construido de madera.

A la mañana siguiente, mientras volaban en el viento hacia dicho castillo de madera, un guardia los divisó casi al mismo tiempo que ellos divisaron la torre. Las dos bestias aladas del castillo estuvieron prontamente en el aire, circundando la torre, mientras los arcos asomaban en ventanas y troneras. Era comprensible que un Señor Errante no aguardara amigos. Rocannon comprendió también en ese momento por qué los castillos Angyar estaban abovedados: esto los protegía de cualquier ataque aéreo, aunque los convirtiera en oscuras cavernas por dentro. Plenot era una plaza pequeña, más rústica aún que Tolen, sin aldea de normales a su alrededor, encaramada en un banco de negros pedrejones, sobre el mar. A pesar de todo, por pobre que fuera, la confianza de Mogien en la posibilidad de someter el lugar con sólo seis hombres parecía excesiva. Rocannon. tanteó las correas de su montura y crispó el puño en la larga lanza de combate aéreo que Mogien le asignara, renegando de su suerte y de sí mismo. No era ése el campo propicio para las habilidades de un etnólogo de cuarenta y tres años.

Mogien, adelantándose en su negra bestia, blandió la lanza y profirió su girito de guerra. La montura de Rocannon bajó la cabeza y se precipitó de lleno en el vuelo. Las alas subían y bajaban, enormes; el cuerpo robusto y grácil estaba tenso, estremecido por los poderosos latidos del corazón. A medida que el viento silbaba al pasar, el techo pajizo de la torre de Plenot, rodeada por dos grifos encabritados, parecía adelantarse para el choque final. Rocannon se agazapó sobre el lomo de su montura, con la Ianza presta para el ataque. Una plenitud, un viejo deleite crecía dentro de él, y sintió que subía la risa en su pecho mientras cabalgaba en el viento. Más y más se acercaban la torre oscilante y sus dos guardias alados, y, de pronto, Mogien emitió un alarido penetrante, en falsete, antes de arrojar su lanza cual centella de plata en el aire. El arma alcanzó de lleno el pecho de uno de los caballeros; las correas de la montura se rompieron con la fuerza

del impacto y el cuerpo del enemigo describió, sobre la grupa del animal, un arco inacabable, lento, que fue a terminar casi cien metros más abajo en las rompientes que blanqueaban la roca. Mogien dejó de lado a la bestia sin caballero y abrió combate contra el otro guardia, en una pelea cuerpo a cuerpo, intentando asestar un golpe de espada a la de su oponente, que no la utilizaba como arma arrojadiza, sino en amagos de punzadas y quites. Los cuatro normales, montados en sus bestias blancas y grises, rondaban como terribles palomos, listos para brindar ayuda, pero sin intervenir en la pelea de su señor, describiendo círculos lo bastante altos como para que los arqueros no tuviesen ocasión de atravesar la coraza de piel que protegía el vientre de sus monturas. Pero de pronto los cuatro profirieron su alarido de guerra y se mezclaron en la lucha. Por unos momentos sólo hubo una confusión de alas blancas y brillos de acero suspendidos en el aire. De la confusión se desprendió una figura que parecía tratar de asirse en el aire, cambiando de posición y con las extremidades laxas en busca de apoyo; por último, chocó contra el techo del castillo y se deslizó hasta caer al lecho rocoso.

Entonces Rocannon comprendió por qué todos se habían unido a la lucha: el guardia había quebrantado las reglas, hiriendo al animal en lugar del caballero. La montura de Mogien, con una de sus negras alas bañada en roja sangre, se dirigía con esfuerzo, tierra adentro, hacia las dunas. Frente a él los normales perseguían a las dos bestias sin jinete, que seguían girando en torno al castillo, con la esperanza de alcanzar sus establos. Rocannon se encaminó hacia los animales, hacia los techos del castillo. Vio cómo Raho capturaba una bestia con su lazo y, al mismo tiempo, sintió algo punzante en su pierna. Su salto espantó a su excitada montura; ante el duro tirón de riendas, el animal arqueó el lomo, y, por primera vez desde que comenzara a cabalgar, Rocannon se estremeció con sus giros y cabriolas en el aire, siempre por. encima del castillo. Las flechas volaban a su alrededor como una lluvia invertida. Los normales y Mogien, montado en una bestia de amarillos y grandes ojos, pasaron junto a él, entre gritos de guerra y risas. Aquietada, la montura de Rocannon siguió tras los demás.

— ¡Coge esto, Señor de las Estrellas! — gritó

Yahan, y un cometa de negra cola llegó hasta él describiendo un arco. Cogió el objeto con un movimiento instintivo: era una antorcha resinosa, ardiente; luego se unió a los otros que, en vuelos rasantes, circundaban la torre para pegar fuego a sus techos pajizos y pilares de madera.

— Tienes una flecha en tu pierna izquierda — gritó Mogien al pasar junto a Rocannon, que, con una carcajada estrepitosa, lanzó su antorcha hacia una ventana por la que asomaba un arquero —. ¡Buen tiro! — vociferó Mogien, en tanto se dejaba caer a plomo sobre el

techo de la torre para retomar altura en medio de una llamarada.

Yahan y Raho estaban de regreso con otro haz de antorchas humeantes, que habían encendido en las dunas, y las arrojaban donde quiera que velan paja o madera. La torre se estaba convirtiendo en una crepitante fuente de chispas; las bestias aladas, con la excitación del continuo tirar de las bridas y con las chispas que rozaban sus pelajes al precipitarse contra la torre, rugían de modo espantoso. La lluvia de flechas había cesado; un hombre apareció, sigiloso, en el patio exterior, llevando en la cabeza lo que parecía un gran cuenco de madera y en la mano algo que Rocannon tomó en un primer momento por un espejo y, luego, advirtió que era un recipiente con agua. Tirando de las riendas de su bestia amarilla, que aún intentaba regresar a su establo, Mogien se precipitó hacia el hombre y lo interpeló:

— ¡Habla pronto! ¡Mis hombres están encendiendo otras antorchas!

— ¿De qué dominio, Señor?

— ¡Hallan!

— ¡El Señor Errante de PIenot solicita con humildad tiempo para apagar los fuegos, Señor de Hallan!

— A cambio de las vidas y los tesoros de los hombres de Tolen, se lo concederé.

— Sea — dijo el hombre, y sin soltar el cuenco de agua volvió al castillo. Los atacantes se plegaron hacia las dunas; desde allí observaron cómo la gente de Plenot organizaba una línea de cubos desde el mar. La torre ardió por entero, pero lograron mantener en pie los muros y el salón. Eran sólo un par de docenas de individuos, incluidas las mujeres. Cuando se hubieron apaciguado las llamas, un grupo se adelantó, marchando sobre las rocas hacia las dunas. Al frente caminaba un hombre alto y delgado, con la tez oscura y los cabellos claros de los Angyar; por detrás avanzaban dos soldados que aún se cubrían con sus yelmos de madera y, por último. seis hombres y mujeres andrajosos de miradas tímidas. El hombre alto elevó en sus manos el cuenco de arcilla lleno de agua.

— Soy Ogoren de Plenot, Señor Errante de este dominio.

— Yo soy Mogien, heredero de Hallan.

— Las vidas de la gente de Tolen son tuyas, Señor. — Señaló con la cabeza hacia el grupo de andrajosos —. No había tesoros en Tolen.

— Habla dos grandes naves, Errante.

— Desde el norte vuela el dragón y todo lo ve — asintió Ogoren con acritud —. Las naves de Tolen son tuyas.

— Y tú tendrás otra vez tus bestias aladas, cuando las naves estén en el muelle de Tolen — dijo Mogien, magnánimo.

— ¿Quién es el otro Señor por el que tengo el honor de haber sido

derrotado? — preguntó Ogoren mirando a Rocannon, que llevaba la ropa y la armadura de bronce de un guerrero Angyar, pero no ceñía espadas. También Mogien miró a su amigo, y Rocannon respondió con el primer nombre que le vino a la mente, el nombre con que Kyo lo había llamado: «Olhor» el Vagamundo.

Ogoren lo inspeccionó con ojos curiosos, luego se inclinó ante ambos para decir:

— El cuenco está lleno, Señores.

— Que el agua no se derrame y que el pacto no sea quebrantado.

Ogoren se giró y junto con sus hombres se encaminó hacia su fortaleza humeante, sin dirigir siquiera una mirada a los prisioneros liberados que se habían reunido sobre las dunas. A su vez, Mogien sólo les dijo:

— Llevad a Tolen mi bestia; tiene un ala herida. — Volvió a montar en su cabalgadura amarilla y se alejó de Plenot. Rocannon le seguía observando el triste grupo que iniciaba el retomo a su casa, a su ruinoso dominio.

Al llegar a Tolen su ardor guerrero ya había decaído y el etnólogo volvió a maldecirse a sí mismo. Al desmontar en las dunas había comprobado que una flecha se había clavado en su pantorrilla izquierda; y no sintió dolor hasta que, sin ver que la punta tenía barbas laterales, tiró de ella. Los Angyar no usaban veneno, pero siempre existía el riesgo de una infección. Impresionado por el genuino valor de sus compañeros, había desechado, por vergüenza, la idea de vestir su traje protector, casi invisible, durante la escaramuza. De modo que, a pesar de tener una armadura capaz de resistir los rayos láser, se había arriesgado a morir en aquella maldita contienda por la herida de una flecha de punta de bronce. Y se había empeñado en salvar un planeta, cuando ni siquiera era capaz de mantener indemne su propio pellejo.

El más anciano de los normales de Hallan, un hombrecito rechoncho llamado Iot, se le acercó y casi sin palabras, gentilmente, curó, lavó y vendó la herida de Rocannon. Luego apareció Mogien, vestido aún con sus ropas de batalla, una cabeza más alto por la cresta de su yelmo y más anchas sus espaldas debido a las hombreras tiesas que, como alas, daban forma a su capa.

Detrás de él marchaba Kyo, silencioso como un niño entre guerreros de duros rostros. Por detrás surgieron Yahan y Raho, y el joven Bien; la choza se llenó de crujidos cuando todos se acuclillaron en tomo al fuego. Y llenó siete copas de bordes de plata que Mogien, con expresión grave, hizo circular entre todos. Bebieron. Rocannon comenzaba a sentirse mejor. Mogien se interesó por su herida y Rocannon se sintió muchísimo mejor. Bebieron más vaskan, mientras los rostros asustados y admirativos de los aldeanos les observaban,

subrepticios, desde el crepúsculo exterior. Rocannon se sentía benevolente y heroico. Comieron y bebieron aún más; luego, en la cabaña sin aire, olorosa de humo y fritura de pescado y grasa de los arneses y sudor, Yahan se puso de pie con una lira de bronce y cuerdas de plata y cantó. Cantó a Durhal de Hallan, que libertara a los prisioneros de Korhalt, en los días del Señor Rojo, junto a los fangales de Bom; y cuando hubo celebrado el linaje de cada guerrero de aquella pelea y cada golpe asestado en ella, cantó la liberación de la gente de Tolen y el incendio de la Torre de Plenot, y la antorcha del Vagamundo, llameante entre una lluvia de flechas, y el golpe poderoso de Mogien, heredero de Hallan, el vuelo de la lanza en el viento hasta alcanzar su blanco, tal como la lanza infalible de Hendin, en los viejos tiempos. Rocannon permanecía sentado, ebrio y feliz, siguiendo el curso del canto mientras su mente captaba su total entrega, la alianza que su sangre vertida había sellado con aquel mundo al que llegara como extranjero, a través de los abismos de la noche. A su lado intuía la presencia del diminuto Fian, sonriente, ajeno, ecuánime.

IV

El mar se dilataba en olas hinchadas bajo una densa llovizna. No había ya colores en el mundo. Dos bestias aladas, con las alas atadas y encadenadas en la popa de la embarcación, se lamentaban bramando; por encima de las olas, a través de la lluvia y la niebla llegaba un eco doliente desde la otra embarcación.

Habían pasado muchos días en Tolen, aguardando que la herida de Rocannon sanara y que la bestia negra pudiera volar otra vez. Aun cuando éstas eran poderosas razones para aguardar, la verdad era que Mogien no se decidía a partir, a el mar que debían atravesar. Se había perdido entre la arena gris, entre las charcas de Tolen, solo, quizá luchando contra la premonición que su madre tuviera en Hallan. Todo lo que logró decir a Rocannon fue que el sonido y el aspecto del mar apesadumbraban su corazón. Cuando la bestia negra estuvo curada, de pronto, decidió enviarla de regreso a Hallan, al cuidado de Bien, como si quisiera salvar del peligro un objeto valioso. También habían acordado dejar las dos monturas de recambio y la mayor parte de su carga al anciano Señor de Tolen y a sus sobrinos, que se afanaban por restaurar su arrasado castillo. De modo que ahora, en las dos embarcaciones con cabezas de dragón en la proa, en medio del mar y la lluvia, se hallaban sólo seis viajeros y cinco bestias, todos mojados y, los más, quejumbrosos.

Dos hoscos pescadores de Tolen gobernaban las embarcaciones. Yahan trataba de reconfortar a las bestias encadenadas con un largo y monótono lamento por un señor muerto tiempo atrás; Rocannon y el Fian, envueltos en sus capas, cubiertas las cabezas con capuchas, estaban en la proa.

— Kyo, alguna vez me has hablado de montañas en el sur.

— Oh, sí — contestó el hombrecito, con una rápida mirada hacia el norte, donde se había perdido la costa de Angien.

— ¿Sabes algo acerca del pueblo que habita en la tierra del mar… en Fiern?

El Manual no aportaba muchos datos; después de todo había organizado su expedición de estudio para cubrir las grandes lagunas de información del Manual, que, si bien hablaba de cinco formas de vida inteligente, sólo describía tres: los Angyar-Olgyior, los Fiia y los Gdemiar; además señalaba la existencia de una especie no confirmada en el vasto Continente del Este, al otro lado del planeta. Las notas de los geógrafos sobre el Continente Sudoeste se basaban en mera tradición oral: Especies no confirmadas 4: se dice que grandes humanoides habitan amplias ciudades (?). Especies no confirmadas 5: marsupiales alados. En resumen, el libro era tan poco explícito como

Kyo; a menudo el Fian parecía creer que Rocannon conocía la respuesta a todas las preguntas que formulaba, como ahora, cuando repuso a la manera de un escolar:

— En Fiern viven las Antiguas Razas, ¿no es así?

Rocannon hubo de contentarse con una mirada hacia el sur, a través de la bruma que ocultaba aquella tierra enigmática. Las grandes bestias encadenadas seguían bramando y la lluvia se futraba, helada, por el cuello del etnólogo.

En cierto momento le pareció oír el zumbido de un helicóptero sobre sus cabezas y se alegró de que la niebla los ocultara; luego se encogió de hombros. ¿Por qué ocultarse? El ejército que utilizaba el planeta como base para su guerra interestelar no habría de temer demasiado a diez hombres y cinco gatos hiperdesarrollados, estremeciéndose entre la lluvia en un par de embarcaciones maltrechas…

Navegaban en un incesante alternar de olas y lluvia. Una oscura bruma se elevaba de la superficie del mar. Transcurrió una larga y fría noche. Luego comenzó a crecer una claridad grisácea, que de nuevo hizo visible la niebla, la lluvia y las olas. Al mismo tiempo en las dos embarcaciones, los adustos marineros dieron señales de revivir, timoneando con especial atención, los ojos fijos en el horizonte cerrado. Un escollo emergió junto a las bordas, fragmentario entre las volutas de la bruma. Mientras lo costeaban, su derrotero era seguido desde lo alto por oscuras piedras y árboles achaparrados, batidos por el viento.

Yahan habían hecho algunas preguntas a uno de los marineros.

— Me ha dicho que atravesaremos la boca de un caudaloso río y que al otro lado está el único lugar adecuado para desembarcar que hallaremos en estas cercanías.

En aquel instante desaparecieron las rocas altas en la niebla y una bruma más densa envolvió la embarcación, que crujió ante el embate de una nueva corriente en su quilla. El dragón de la proa se meció antes de girar. El aire estaba blanco y opaco: el agua que golpeaba a borbollones las bordas del bote era turbia y rojiza. Los marineros se gritaron algo entre sí y a los de la otra embarcación.

— El río está crecido — indicó Yahan —, están tratando de virar… ¡Teneos fuerte!

Rocannon cogió a Kyo del brazo, en tanto que el bote se desviaba, inclinado, y giraba entre corrientes encontradas, ejecutando una loca danza, mientras los marineros luchaban por mantenerlo estabilizado y una ciega niebla ocultaba el agua y las bestias pugnaban por liberar sus alas, bramando aterrorizadas.

La cabeza de dragón volvía a enderezar su rumbo cuando una ráfaga de viento, cargada de niebla, embistió a la débil embarcación y

la hizo escorar. La borda chocó contra las olas con un golpe seco; una vela, adherida a la superficie líquida, impedía que el casco del bote se enderezara. Roja y tibia, el agua llegó en silencio hasta el rostro de Rocannon, colmó su boca, cubrió sus ojos. Con desesperación el etnólogo se mantuvo asido a lo que tenía entre sus manos e intentó volver a respirar. El brazo de Kyo era lo que sus manos apresaban; ambos se perdieron en el mar salvaje y tibio como la sangre, que los arrolló arrastrándolos lejos del bote escorado. Rocannon gritó y su voz se fue muriendo en el silencio opaco y blanquecino de la bruma. ¿Habría una playa… dónde… a qué distancia? Nadó hacia la borrosa sombra del bote, sosteniendo siempre el brazo de Kyo.

— ¡Rokanan!

El dragón de proa del otro bote emergió, impertérrito, del blancuzco caos. Mogien estaba en el agua, luchando contra la corriente, y ató una cuerda al pecho de Kyo; Rocannon distinguió, vívida, la cara, las cejas arqueadas, el cabello rubio oscurecido por el agua. Los izaron a bordo, Mogien en último lugar.

Yahan y uno de los pescadores de Tolen habían subido antes. El otro marinero y dos bestias se habían ahogado, dentro de la embarcación. Se hallaban lejos, en la bahía, donde las corrientes y los vientos de la boca del río eran más débiles. Sobrecargado de hombres exhaustos y silenciosos, el bote enfiló a través del agua roja y las volutas de niebla.

— Rokanan, ¿cómo es posible? ¡No estás mojado!

Aturdido aún, Rocannon se miró las ropas empapadas y no comprendió. Kyo, con una sonrisa, tiritando, respondió por él:

— El Vagamundo lleva una segunda piel.

En ese momento recordó que la noche anterior, para protegerse del frío y la humedad, se había puesto su traje protector, impermeable, dejando descubiertas sólo cabeza y manos. Y aún lo llevaba, y aún estaba en torno a su cuello el Ojo del Mar; pero su radio, sus mapas, su pistola y todos los otros objetos que lo ligaban a su propia civilización habían desaparecido.

— Yahan, volverás a Hallan.

Amo y sirviente se enfrentaban sobre la playa de la tierra meridional, en medio de la niebla, con las olas lamiéndoles los pies. Yahan no respondió.

Eran ahora seis jinetes y tres monturas. Kyo podía cabalgar con un normal y Rocannon con otro, pero Mogien era demasiado robusto para que una bestia soportara su peso y otro más durante varias jornadas; para no abusar de los animales, el tercer normal debía volver con la embarcación a Tolen. Mogien había decidido que fuera Yahan, el más joven.

— No te envío de regreso por nada malo que hayas hecho o

dejado de hacer. Vete ya… los marineros aguardan.

El sirviente no se movió. Detrás de ellos los marineros apagaban el fuego encendido una hora antes. Pálidas chispas volaron entre la niebla.

— Señor Mogien Yahan, envía a Iot de regreso.

El rostro de Mogien se oscureció y su mano ya se crispaba en la empuñadura de la espada.

— ¡Vete, Yahan!

— No iré, Señor.

La espada silbó al salir de su vaina y Yahan, con un grito de desesperación, esquivó el golpe, giró y se perdió entre la niebla.

— Esperad por él un instante más — recomendó Mogien a los marineros, y su rostro estaba impasible —. Luego proseguid vuestro camino. Nosotros hemos de buscar el nuestro, ahora Pequeño Señor, ¿quieres ir sobre mi montura mientras camina?

Kyo estaba sentado, tiritando; no había comido ni dicho una palabra desde que llegaran a la costa de Fiern. Mogien lo sentó en la silla de la bestia gris y abrió la, encaminándose a través de la playa hacia tierra firme. Rocannon lo siguió, no sin antes lanzar una mirada hacia la dirección que había tomado Yahan, y luego fijó los ojos en Mogien: un ser extraño, amigo suyo, en un momento capaz de matar a un hombre, con fría cólera, y acto seguido capaz de hablar con simplicidad. Arrogante y leal, despiadado y suave, en sus alternativas inarmónicas Mogien era señorial.

El pescador había dicho que existía un caserío al este de la ensenada, de modo que marcharon hacia el este, entre la pálida niebla que los rodeaba como una suave cúpula de ceguera. Con las bestias aladas podrían haberse remontado por encima del manto neblinoso, pero rendidas y ariscas después de dos días de permanecer encadenadas en el bote, no querían volar. Mogien, Iot y Raho las conducían y Rocannon caminaba detrás, mirando de cuando en cuando con la esperanza de ver a Yahan, a quien apreciaba. Aún no se había quitado el traje protector, aunque no llevaba el casco, que lo aislaba por completo del mundo. Pero se sentía incómodo en la niebla enceguecedora, marchando por una playa desconocida, y comenzó a buscar alguna vara o rama que le sirviese de apoyo. Entre los surcos que dejaban las alas de las bestias y una faja de algas y espuma salada ya seca, advirtió una larga estaca de madera blanca; la limpió de arena y se sintió más seguro armado. Al detenerse, sin embargo, había quedado muy atrás; se apresuró a seguir las huellas de sus compañeros a través de la niebla. Una figura surgió a su derecha. En seguida supo que no se trataba de ninguno de sus compañeros y blandió la vara como si fuera una lanza, pero alguien lo aprisionó por la espalda y lo tendió en el suelo. Sintió que algo similar a piel mojada se apretaba

contra su boca; luchó por liberarse y su recompensa fue un golpe en la cabeza que le hizo perder el sentido.

Al volver en sí, poco a poco y lleno de dolor, estaba echado sobre la arena, de espaldas. Erguidas, dos robustas figuras discutían con encono. Comprendía sólo algunas palabras del dialecto Olgyior que hablaban. «Dejémosle aquí», decía uno, y el otro respondió algo así como «matémosle, es una cosa sin valor». Al oír esas palabras, Rocannon se volvió a un lado y cubrió su cabeza y su cara con la máscara protectora. Uno de los gigantes se inclinó para observarlo y entonces comprobó que era un fornido hombre normal, envuelto en pieles.

— Llévaselo a Zgama, tal vez Zgama lo quiera — dijo el otro. Luego de una larga discusión, Rocannon sintió que lo alzaban por los brazos y que lo arrastraban en una carrera despiadada. Intentó resistirse, pero el vértigo le llenaba de bruma el cerebro. Tuvo conciencia de que la niebla se tomaba más espesa, de voces, de un muro de palos y greda, de redes entrelazadas, de una antorcha alumbrando desde una pared. Luego un techo, más voces, la oscuridad. Por fin yacía de cara sobre la piedra, y al recobrar el sentido alzó la cabeza.

A su lado ardía una gran lumbre en un hogar del tamaño de una choza. Piernas desnudas y bordes de prendas raídas formaban una valla entre él y el fuego. Alzó la cabeza aún más y vio el rostro de un hombre: un normal, piel blanca, cabello oscuro, tupida barba, cubierto con una piel a listas verdes y negras y con un sombrero de piel.

— ¿Quién eres? — preguntó el normal, con ronca voz de bajo, mientras lo observaba.

— Yo… demando la hospitalidad de esta casa — dijo Rocannon luego de alzarse sobre sus rodillas. En ese momento no podía incorporarse por completo.

— Ya has recibido algo de ella — repuso el barbudo, en tanto que el etnólogo se tanteaba un bulto en el occipucio —. ¿Te apetece más?

Las piernas sucias y las ropas andrajosas rebulleron, los ojos oscuros mostraron su expectativa, los rostros blancos sonrieron.

Rocannon se apoyó sobre sus pies y se irguió. Aguardó silencioso e inmóvil hasta recuperar el equilibrio y hasta que se debilitara el martilleo de dolor en su nuca. Con un movimiento arrogante de la cabeza, clavó la mirada en los ojos negros y brillantes de su captor.

— Tú eres Zgama — le dijo.

El barbudo se hizo atrás, asustado. Rocannon, que se había visto en circunstancias semejantes en diversos mundos, sacó el mayor provecho que pudo de la situación.

— Yo soy Olhor el Vagamundo. He venido del norte y del mar, de la tierra que está detrás del sol. He venido en paz y he de irme en paz.

A través de la Casa de Zgama me dirijo hacia el mar, ¡que ningún hombre me detenga!

— ¡Aaaah! — clamaron aquellos hombres de blancos rostros, sin dejar de mirarle. Tampoco él apartó sus ojos del rostro de Zgama.

— Yo soy el amo aquí — dijo el fornido normal, cuya voz sonaba consternada —. ¡Nadie atraviesa mi tierra!

Rocannon no habló ni pestañeó.

Zgama iba comprendiendo que en aquella batalla de miradas llevaba las de perder; todo su pueblo tenía los ojos fijos en el extranjero.

— ¡Deja de mirarme! — gritó. Rocannon no se movió; estaba frente a una personalidad batalladora, pero ahora era tarde ya para variar su táctica —. ¡Deja de mirarme! — Zgama otra vez y luego desenvainó la espada, la blandió y con un tremendo golpe intentó seccionar la cabeza del extranjero.

Pero la cabeza del extranjero no cayó; sólo se tambaleó, mientras que la espada rebotaba como contra una roca. Todos los que estaban alrededor de la lumbre susurraron un nuevo «aaaah». El prisionero se mantenía firme e inmóvil, con los ojos fijos en Zgama.

Zgama dudó; estuvo a punto de contradecirse y permitir que aquel misterioso individuo se marchara. Pero la tozudez de su raza se impuso, más allá de su desconcierto y temor.

— ¡Cogedlo! ¡Atadle las manos! — vociferó el normal. Al ver que sus hombres no se movían, él mismo cogió a Rocannon por los hombros y lo hizo girar.

Los restantes normales se precipitaron entonces hacia Rocannon, que no opuso resistencia. Su traje lo protegía de elementos exteriores, temperaturas extremas, radiactividad, choques y golpes de moderada velocidad y fuerza, como las balas y los golpes de espada; pero no le permitía liberarse de las manos de diez o quince hombres fornidos.

— ¡Ningún hombre ha atravesado la Tierra de Zgama, Amo de la Gran Bahía! — El Olgyior dio rienda suelta a su ira, una vez que sus brazos guerreros hubieron encadenado a Rocannon —. Eres un espía de los cabezas amarillas de Angien. ¡Sé quién eres! Llegas con tu lengua Angyar y tus hechizos y triquiñuelas y tus barcas con cabeza de dragón. ¡No te quiero aquí! Soy el amo de los rebeldes. Deja que los cabezas amarillas y sus parásitos esclavos lleguen aquí… ¡les haremos ver cómo sabe el bronce! ¿Has salido del mar arrastrándote para pedir un puesto junto a mi lumbre? Yo te calentaré, espía. Yo te daré carne cocida. ¡Atadlo a ese poste!

Aquel brutal estallido de cólera dio aliento a la gente de Zgama, y muchos se precipitaron para ayudar a atar al extranjero a uno de los pilares del hogar, que sostenía un enorme espetón sobre la lumbre, y para apilar leños alrededor.

Entonces se hizo el silencio. Con un par de zancadas, Zgama, sucio e imponente con su atuendo de pieles, se acercó; cogiendo una rama encendida, la agitó frente a los ojos de Rocannon y prendió fuego a la pira. Cundieron las llamas. En pocos segundos las ropas de Rocannon, la oscura capa y la túnica de Hallan, ardieron llameando en tomo a su cabeza frente a sus ojos.

— ¡Aaah! — susurraron los presentes una vez más.

Pero uno de ellos gritó:

— ¡Mirad! — al morir la llama, vieron, entre el humo, que la figura proseguía en pie, inmóvil, mientras lenguas de fuego aún lamían sus pies y sus ojos seguían fijos en Zgama. Sobre el pecho desnudo, pendiente de una cadena de oro, brillaba una enorme piedra, como un ojo abierto.

— Pedan, pecan — murmuraron las mujeres, y se refugiaron en los rincones oscuros.

Zgama quebró el ensalmo de silencio con su voz tonante:

— ¡Arderá! ¡Hacedlo arder! ¡Deho, trae más leños, el espía tarda mucho en quedar asado! — Arrastró a un muchacho hasta el fuego mortecino y le obligó a agregar leños a la pira — ¿No hay nada para comer? ¡Traedme comida, mujeres! Ya ves nuestra hospitalidad, tú, Olhor. ¡Mírame comer! — De una fuente que una mujer le presentaba, arrebató un trozo de carne y se plantó frente a Rocannon desgarrando el trozo a mordiscos, llenándose la barba de grasa. Dos de sus hombres le imitaron; los más se mantenían a buena distancia del hogar; pero Zgama los incitaba a comer, beber y gritar, y algunos jóvenes se animaron mutuamente a acercarse y echar otro leño a la pira en la que el hombre, mudo y sereno, se erguía mientras las llamas serpenteaban en torno a su piel rojiza, de extraño brillo.

Fuego y agitación se aplacaron por fin. Hombres y mujeres dormían arrollados en sus pieles, sobre el suelo, en los rincones, sobre las cenizas tibias. Dos hombres montaban guardia, las espadas sobre sus rodillas y los cuencos en la mano.

Rocannon cerró los ojos. Con dos dedos abrió la mascarilla de su traje y volvió a respirar aire fresco. La noche se deslizó lenta y el alba surgió indolente. A la luz grisácea, entre la bruma que se colaba por los agujeros de las ventanas, la figura de Zgama apareció deslizándose por el suelo sucio, tropezando con los cuerpos dormidos; sus ojos inspeccionaron al prisionero. La mirada del cautivo era grave y firme, la del captor impotente pero empecinada.

— ¡Arde, arde! — gritó Zgama y se alejó.

Fuera del rústico salón Rocannon percibía los ronroneos de una bestia alada, uno de aquellos robustos animales domesticados por los Angyar, que tendría, tal vez, las alas recortadas y pastaría en los acantilados. Nadie quedaba en el salón, excepto algunas criaturas y

unas pocas mujeres, que se mantuvieron bien lejos del prisionero, incluso cuando llegó la hora de cocer la carne de la cena.

Para ese momento Rocannon había estado de pie y atado durante treinta horas, y se sentía dolorido y sediento. Ese era su punto débil: la sed. Podía no comer por largo tiempo y suponía que lograría tolerar las cadenas también, aunque su cabeza ya daba vueltas; pero sin agua no soportaría más que otro de aquellos largos días.

Impotente como se hallaba, nada diría a Zgama, no urdiría ningún truco ni soborno que aumentara la obstinación del bárbaro.

Esa noche, mientras el fuego danzaba frente a sus ojos y mientras a través de él veía el rostro barbado, blanco y rechoncho de Zgama, continuaba viendo en su mente una cara bien distinta, de cabellos claros y piel oscura: Mogien, a quien había llegado a amar como amigo y, en cierta medida, como hijo. Al tiempo que fuego y noche se extinguían, pensó también en su diminuto amigo, el Fian Kyo, infantil y misterioso, ligado a él por un vínculo que no intentaba comprender; vio a Yahan celebrando a los héroes y a Iot y a Raho refunfuñando y riendo mientras cepillaban a las grandes bestias aladas; vio a Haldre desprendiendo la cadena de oro de su cuello. Nada de su vida anterior volvió a su mente, aun cuando habla vivido muchos años en muchos mundos, había aprendido mucho, había hecho mucho. Todo se había calcinado en el tiempo. Creyó estar en Hallan, junto al muro cubierto con tapices cuyos dibujos presentaban hombres luchando contra gigantes, y que Yahan le ofrecía un cuenco con agua.

— Bebe, Señor de las Estrellas. Bebe. Y bebió.

V

Feni y Feli, las dos enormes lunas, mecían sus blancos reflejos sobre la superficie del agua, cuando Yahan le tendió un segundo cuenco para que bebiera. La lumbre del hogar se había reducido a unas pocas ascuas. El salón estaba en sombras; los rayos lunares proyectaban sus listas plateadas. Algunos ronquidos y la respiración pesada de los hombres de Zgama quebraban, pausados, el silencio.

Con infinita precaución Yahan lo libró de sus cadenas; Rocannon apoyó todo el peso de su cuerpo en la estaca: sus piernas estaban entumecidas y casi no le sostenían.

— Durante toda la noche hay vigilancia en la puerta exterior — murmuraba Yahan junto a su oído — y los guardias están siempre en vela. Mañana, cuando se reúnan…

— Mañana por la noche. No puedo correr. Tendré que engañarlos. Engancha la cadena, así podré descansar sobre ella, Yahan. Pon aquí el cierre, junto a mi mano.

Uno de los normales se revolvió, muy cerca, y Yahan, con un gesto de inteligencia dibujado apenas en la claridad lunar, se echó entre las sombras.

Al amanecer Rocannon lo vio cuando, junto con otros hombres, llevaba a pacer los alados rebaños de herilor, vestido como los demás, con una piel sucia, y con el cabello negro pegoteado a las sienes. Nuevamente apareció Zgama, para observar a su cautivo. Rocannon sabía que aquel hombre habría dado la mitad de sus gentes y de sus esposas por librarse de su huésped extraterreno, pero que estaba atrapado en su propia crueldad: el carcelero era prisionero del prisionero. Zgama había dormido entre las cenizas calientes y su cabello estaba sucio, de modo que él parecía ser el hombre quemado, y no Rocannon, cuya piel desnuda aparecía intacta. Todos fueron partiendo y una vez más la habitación quedó vacía por el resto de la jornada, aunque algunos guardias permanecían junto a la puerta. Rocannon dedicó su tiempo a ejecutar, en forma subrepticia, algunos ejercicios isométricos. Cuando, al pasar, tina mujer lo sorprendió estirándose, prosiguió con sus flexiones mientras canturreaba por lo bajo, con voz mal modulada. La mujer se echó al suelo y gateando entre sollozos se alejó de prisa.

La niebla oscura se dejaba entrever detrás de las ventanas. Sombrías mujeres pusieron a cocer unos trozos de carne y de pescado; los rebaños alborotaban afuera, a su regreso del pastoreo; Zgama y sus hombres llegaron con las barbas y las ropas brillantes de gotas de agua. Todos se sentaron en el suelo, para comer. El salón se llenó de ruidos, humo, vapores. La tensión de volver a enfrentarse, una vez

más, con lo desconocido era evidente.

— ¡Echad leña a la piral ¡Aún lo hemos de asar! — Los rostros estaban hoscos, las voces sonaban irritadas. Zgama se acercó para acercar un leño encendido a la pira, pero ninguno de sus hombres se movió.

— ¡Me comeré tu corazón, Olhor, cuando esté frito entre tus costillas! Usaré tu piedra azul de nariguera! — Zgama se sentía enloquecer frente a la mirada fija y silenciosa que por dos noches lo persiguiera —. ¡Yo te haré cerrar los ojos! — vociferó, y cogiendo un pesado leño del suelo lo arrojó con fuerza contra la cabeza de Rocannon; al propio tiempo dio un salto hacia atrás, como si lo poseyera el terror. El leño cayó entre las ascuas, un extremo fuera del fuego.

Lentamente, Rocannon hizo descender su mano derecha hasta asir el leño; lo removió entre las llamas hasta encenderlo; lo elevó luego hasta la altura de los ojos de Zgama y, muy lentamente, dio un paso adelante. Las cadenas cayeron. Las llamas brincando, esparcían chispas y ascuas sobre sus pies desnudos.

— ¡Fuera! — dijo marchando en línea recta hacia Zgama, que retrocedía paso a paso —. No eres tú el amo. El hombre sin ley es un esclavo, el hombre cruel es un esclavo, y el hombre estúpido es un esclavo. Tú eres mi esclavo; serás mi bestia de carga. ¡Fuera!

Zgama bloqueó la puerta con sus brazos, pero el leño ardiente se acercaba a sus ojos y él brincó hacia el patio. Los guardias, echados por tierra, estaban inmóviles. En la puerta exterior, antorchas resinosas iluminaban la niebla; no había más ruido que el del movimiento de los rebaños en sus establos y el bronco rumor del mar más allá de los acantilados. Paso a paso Zgama retrocedía hacia la puerta iluminada por la luz de las antorchas. Su rostro blanco y negro estaba pálido en una mueca mientras el leño ardiente se le aproximaba. Paralizado por el pavor, el normal se apoyó en una de las jambas de la puerta; su cuerpo macizo bloqueaba la salida. Rocannon, exhausto y vengativo, le hizo trastabillar, empujándolo con el leño ardiente, sobre su cuerpo y se internó en la negrura brumosa. Caminó cincuenta pasos en la oscuridad, tropezó y ya no logró alzarse.

Nadie le perseguía. Nadie acudió en su busca. Se tendió semiinconsciente sobre la hierba de la duna. Después de largo tiempo las antorchas se extinguieron o fueron apagadas; sólo quedó la noche. El viento silbaba entre las hierbas, el mar murmuraba allá abajo.

Cuando la niebla comenzó a disiparse, cuando las lunas brillaron entre las volutas brumosas, Yahan lo halló cerca del borde del acantilado. Con su ayuda, Rocannon se puso en pie y caminó. A ciegas casi, tropezando, arrastrándose sobre manos y rodillas cuando el camino era difícil y la oscuridad los envolvía, se encaminaron hacia el

sudeste, lejos de la costa. Por dos veces detuvieron la marcha para recuperar fuerzas y Rocannon quedó dormido en el mismo instante. Pero Yahan lo despertó y obligó a andar en ambas ocasiones, hasta que al amanecer se hallaron en un valle cubierto de árboles. Los ramajes se veían negros entre la niebla densa. Yahan y Rocannon continuaron por el lecho que habían estado siguiendo, pero no avanzaron mucho. Rocannon se detuvo y dijo en su propia lengua:

— No puedo seguir.

Yahan halló un espacio arenoso cubierto por arriba, y allí se echaron; como un animal en su guarida, Rocannon durmió.

Al despertar, quince horas más tarde, al atardecer, Yahan estaba a su lado y le tendió algunas hojas y raíces verdes para que comiera.

— Aún no estamos en la estación cálida; no hay frutas — dijo con pesar — y aquellos estúpidos cogieron mi arco; he armado unas trampas, pero habrá que esperar hasta la noche.

Rocannon comió las raíces con avidez, y cuando hubo bebido y desentumecido sus músculos, pudo volver a pensar. Preguntó:

— Yahan, ¿cómo es que estabas con la gente de Zgama?

El joven normal bajó los ojos y enterró algunos restos de las raíces en la arena.

— Bien, Señor, tú sabes que yo… he desafiado a mi Señor Mogien. Así que después he pensado que debía unirme a los rebeldes.

— ¿Sabías de ellos?

— En mi tierra se habla de lugares en los que nosotros, los Olgyior, somos a la vez señores y sirvientes. También se ha dicho que en los viejos tiempos sólo nosotros, los normales, vivíamos en Angien, cazando en los montes, y no teníamos amos; y los Angyar llegaron desde el sur en botes con cabezas de dragón… Bien, hallé el fuerte y la gente de Zgama me tomó por un fugitivo de alguna otra plaza costera. Cogieron mi arco, me pusieron a trabajar, no hicieron preguntas. Así ha sido; luego te he hallado a ti. Aunque no hubieras llegado, me habría escapado. ¡No quiero ser señor entre tales idiotas!

— ¿Sabes dónde estarán nuestros compañeros?

— No. ¿Los buscarás, Señor?

— Llámame por mi nombre, Yahan. Si; si existe la posibilidad de hallarlos, los buscaré. No podremos cruzar un continente solos, a pie, sin ropas ni armas.

Yahan nada dijo; continuó revolviendo la arena, con la vista fija en el arroyuelo que corría entre las luces y sombras que dejaban pasar las ramas de las coníferas.

— Si mi amo Mogien me halla, me matará. Es su derecho.

De acuerdo con el código Angyar, así era; y si alguien respetaba ese código, era Mogien.

— Si hallaras un nuevo amo, el antiguo no podría tocarte, ¿no es

verdad, Yahan?

El muchacho asintió.

— Pero el hombre rebelde jamás hallará un nuevo amo.

— No lo creas. Prométeme tu servicio y yo responderé por ti ante Mogien… si damos con él. No sé qué palabras usáis vosotros.

— Decimos — Yahan habló con voz débil — a mi Señor entrego las horas de mi vida y el uso de mi muerte.

— Los acepto. Y con ellos mi propia vida que tú me has devuelto.

El arroyo corría ruidoso desde las piedras altas y el cielo se oscureció con solemnidad. Avanzado el crepúsculo, Rocannon se quitó su traje protector y, tendiéndose en la corriente, permitió que el agua corriera por su cuerpo y lavara el sudor, la fatiga, el miedo y el recuerdo del fuego lamiendo sus ojos. El traje era un manojo transparente y semiinvisible de tubos delgadísimos, cordeles y un par de cubos translúcidos del tamaño de una uña. Yahan le echó una mirada inquieta cuando Rocannon volvió a ponerse el protector, ya que no tenía otra ropa y Yahan había debido cambiar sus prendas Angyar por dos sucias pieles.

— Señor Olhor — preguntó el joven, por fin —, ¿ha sido… ha sido esa piel la que te ha protegido? ¿O el… el collar?

El collar estaba oculto ahora en la bolsa de amuletos de Yahan, en torno del cuello de Rocannon, que respondió con suavidad:

— La piel. Nada de hechizos. Se trata de una armadura muy fuerte.

— ¿Y el leño blanco?

Reparó en el palo con uno de sus extremos carbonizado. Yahan lo había cogido de entre la hierba, junto al acantilado, y ya antes los hombres de Zgama lo habían llevado al fuerte junto con él. Todos parecían empeñados en que conservara el leño: ¿qué podía hacer un brujo sin su vara?

— Vaya — dijo —, será un buen bastón, si debemos caminar. — Volvió a estirarse y, por toda cena, bebió de la corriente del arroyo, sombría, fresca, ruidosa.

Por la mañana siguiente, tarde, al despertarse, se sintió recuperado y hambriento. Yahan había partido al alba, para revisar sus trampas y porque tenía demasiado frío para quedarse quieto en el húmedo refugio. Regresó sólo con un puñado de hierbas y buena cantidad de pésimas noticias. Había trepado por el cerro boscoso a cuyo pie, de frente al mar, se hallaban; desde la cima había visto otra amplía extensión de mar, al otro lado.

— Esos malnacidos comedores de pescado de Tolen, ¿nos habrán dejado en una isla? — perdido el habitual optimismo a causa del frío, el hambre y la duda.

Rocannon intentó recordar el trazado de la costa, tal como lo

había visto en sus perdidos mapas. Un frío procedente del oeste desembocaba al norte de. una amplia lengua de tierra, ocupada por un cordón montañoso costero, orientado de este a oeste; entre esa lengua y la porción continental de tierra, había un estrecho, tan amplio como para haber quedado bien registrado en los mapas y en su memoria. ¿Cien, doscientos kilómetros?

— ¿Muy ancho? — preguntó a Yahan.

— Muy ancho — fue la desalentada respuesta —. No sé nadar, Señor.

— Podemos caminar. Estos cerros llegan hasta tierra firme, al oeste de aquí. Mogien nos buscará en esta dirección, probablemente.

Ahora le correspondía asumir el liderazgo; Yahan ya había hecho más de la cuenta. Pero su corazón estaba abatido ante la idea del amplio rodeo a través de un país desconocido y hostil. Yahan no se había cruzado con nadie, pero había marchado por senderos perdidos y, sin duda, debía de haber hombres en esos bosques, que traerían dificultades.

Con todo, en la esperanza de que Mogien Podría hallarlos — si vivía aún y estaba libre y todavía conservaba las monturas —, tenían que marchar hacia el sur, hacia el interior, porque allí estaba el objetivo del viaje.

— En marcha — dijo Rocannon, y comenzaron a caminar.

Poco después del mediodía alcanzaron la cima del cerro: una amplia ensenada, gris plomo bajo un cielo amenazante, se extendía de esté a oeste, hasta donde llegaba la vista. De la costa sur sólo se vislumbraba una línea oscura de colinas bajas. El viento que surgía de la ensenada era frío al golpear sus espaldas mientras descendían hacía la playa y reemprendían la marcha hacia el oeste. Yahan observó las nubes, hundió la cabeza entre los hombros y dijo con pesadumbre:

— Está a punto de nevar.

Poco después cayó la nieve, una nevisca ventosa de primavera, que se desvanecía en la tierra y en el agua oscura de la ensenada. El traje protector guardaba a Rocannon del frío, pero la fatiga y el hambre lo llenaban de preocupación. Yahan, además de preocupación, sentía el frío. Marchaban afligidos: nada más podían hacer. Vadearon un riacho, luchando por alcanzar la otra orilla entre las malezas y la nieve. De pronto se encontraron cara a cara con un hombre.

¡Uj! — exclamó el individuo, sorprendido y luego admirado, porque veía a dos hombres avanzando en una tormenta de nieve, uno con los labios violáceos y estremecido de frío, envuelto en unas sucias pieles, el otro tieso y desnudo —. ¡Hey! — volvió a exclamar. Era alto, huesudo, encorvado; llevaba largas barbas y sus ojos oscuros tenían un destello salvaje —. ¡Eh, vosotros! — los interpeló en lengua Olgyior —. ¡Os congelaréis a muertes!

— Hemos tenido que nadar… nuestra barca zozobró — logró improvisar Yahan con rapidez —. ¿Tienes una casa con fuego, cazador de pejijunur?

— ¿Estabais cruzando la ensenada desde el sur?

El hombre parecía confuso, y Yahan respondió con un gesto vago:

— Somos del este… hemos venido a comprar pieles de pejijunur, pero todo lo que hemos traído para mercar se ha perdido en el agua.

— Ajá — asintió el salvaje, aún confuso; a pesar de todo, una pizca de astucia parecía sobreponerse a sus temores —. Seguidme, tengo fuego y comida — aseguró y se adentró en la nieve que se abatía sobre ellos en ráfagas. Poco después arribaron a la choza, encaramada sobre una altura entre el cerro boscoso y la ensenada. Por dentro y por fuera se parecía a cualquier choza de invierno de los normales de los bosques y colinas de Angien, y Yahan se acuclilló junto a la lumbre con una expresión de real alivio, como si se hallase nuevamente en casa. El gesto serenó al huésped, más que cualquier ingeniosa explicación.

— Atiza el fuego, tú — Ordenó mientras le alcanzaba a Rocannon una capa de tosco tejido para que se envolviera en ella.

Luego de desembarazarse de su propia capa, el hombre acomodó un cuenco rebosante de algún cocido entre las ascuas; acto seguido se acuclilló junto a ellos, de buen talante; sus ojos iban de uno a otro.

— Siempre nieva en esta época del año; muy pronto nevará más aún. Hay lugar para vosotros. Somos tres aquí, durante el invierno. Los otros llegarán esta noche, o mañana, o en seguida; deben de estar pasando la nevisca en el cerro; salieron de caza. Somos cazadores de pejijunur, como tú has dicho. Lo has sabido por mis flautas, ¿eh, muchacho? — Palpó la pesada flauta que pendía de su cintura y sonrió. Tenía un aspecto fiero, salvaje y como enloquecido, pero su hospitalidad era franca. Les sirvió cocido en abundancia y al oscurecer les hizo lugar para que descansaran. Rocannon no perdió tiempo. Se echó entre las pieles hediondas que hacían las veces de cama, para dormirse en el acto, como un niño.

Al día siguiente aún caía la nieve; la tierra estaba blanca, oculta bajo una capa espesa. Los compañeros del dueño de la choza no hablan regresado.

— Seguramente habrán dormido al otro lado de la Espina, en la aldea de Timash. Ya vendrán cuando deje de nevar.

— ¿La Espina es el brazo de mar?

— No, eso se llama estrecho; no hay aldeas al otro lado. La Espina es el cerro, las colinas de allá arriba. ¿De dónde venís vosotros? Tú hablas casi como yo, pero tu tío no.

Yahan echó una mirada de disculpa a Rocannon, que seguía durmiendo mientras le endosaban un sobrino.

— Oh… él es de las Tierras del Interior; hablan de otro modo. Nosotros también llamamos estrecho a estas aguas. Me gustaría saber de alguien que pudiera cruzamos en barca.

— ¿Iréis ir hacia el sur?

— Bien… ahora que todos nuestros bienes se han perdido, no somos más que pordioseros. Será mejor que regresemos.

— Hay un bote en la playa, cerca. Cuando deje de nevar lo buscaremos; te lo aseguro, chico, cuando hablas tan fresco de ir hacia el sur se me hiela la sangre. Nadie vive entre la ensenada y las grandes montañas, que yo sepa, como no sean los Innombrables. Todas esas son historias viejas, ¿y quién puede decir siquiera que allá haya montañas? Yo he estado al otro lado de la ensenada y no habrá muchos hombres que te puedan decir otro tanto. Allí he estado, cazando, en las colinas. Hay mucho pejijunur allá, cerca del agua. Pero ni una sola aldea. Ni hombres. Nada. Y no me gustaría pasar la noche allá.

— Sólo seguiremos la costa sur hacia el este — dijo Yahan con indiferencia; pero se sentía perplejo, porque, a cada pregunta, sus invenciones debían hacerse más complejas.

Pero al mentir lo había guiado un instinto correcto:

— Por fortuna no vienes del norte — el huésped, Piai, gruñó en tanto que afilaba la hoja de su cuchillo sobre una piedra —. No hay hombre que cruce la ensenada, y al otro lado del mar sólo están esos tipos sarnosos que sirven de esclavos a los cabezas amarillas. ¿No los conoce tu pueblo? En el país del norte, más allá del mar, existe una raza de hombres de cabeza amarilla. Es la verdad. Dicen que las casas en que viven son altas como árboles y que llevan espadas de plata y que cabalgan entre las alas de las bestias aladas. Yo lo creeré cuando lo vea. La piel de esos animales tiene buen precio en la costa; pero son muy peligrosos de cazar, imagínate lo que será domarlos y montarlos, no se puede creer todo lo que la gente cuenta. Con las pieles de los pejijunur me va muy bien. Puedo atraer a todas las bestias que estén a un día de vuelo a la redonda. ¡Escucha! — Aplicó sus labios a la siringa y fue creciendo un lamento apenas audible al principio, cambiante, palpitando quebradamente hasta convertirse en una melodía similar al grito salvaje de una bestia. Un escalofrío atravesó la espalda de Rocannon; ya antes, en los bosques de Hallan, había oído esa melodía. Yahan, entrenado como cazador, reía excitado, gritaba como en las partidas de caza, a la vista de la presa:

— ¡Sigue, sigue!

Piai y Yahan pasaron el resto de la tarde intercambiando historias de sus cacerías, en tanto que afuera la nieve caía aún, ahora sin viento, serena.

El día siguiente amaneció despejado. Como en una mañana de la

estación fría, el violento brillo del sol cegaba al reflejarse en las colinas nevadas. Antes de mediodía Regaron los dos compañeros de Piai con unas pocas pieles vellosas de pejijunur. De cabello oscuro y robusto, semejantes a todos los Olgyior del sur, parecían más salvajes que Piai; temerosos como animales frente a los forasteros, los evitaban aunque los examinaron de soslayo.

— Llaman a mi gente esclavos — dijo Yahan a Rocannon, en una ocasión en que los otros estaban fuera de la cabaña —. Pero yo prefiero ser un hombre al servicio de hombres que una bestia cazando bestias, como éstos. — Rocannon hizo un rápido gesto y Yahan guardó silencio cuando uno de los sureños volvió a entrar, mirándolos de lado, sin una palabra.

— Será mejor que nos marchemos — musitó Rocannon en lengua Olgyior, que dominaba un poco mejor al cabo de aquellos dos días. Hubiera querido no estar allí al regreso de los compañeros de Piai, y también Yahan se sentía incómodo, de modo que habló con Piai, quien en ese momento llegaba:

— Nos marcharemos, este buen tiempo durará hasta que alcancemos la ensenada. Si no nos hubieras alojado, no habríamos sobrevivido a estos dos días de borrasca. Y nunca he oído la canción del pejijunur tocada como la tocas tú. ¡Que vuestras cacerías sean afortunadas!

Pero Piai estaba quieto y nada decía. Por fin, echó un escupitajo a la lumbre y girando los ojos farfulló:

— ¿La ensenada? ¿No quieres cruzar en bote? Hay un bote. Es mío. En fin, puedo usarlo, os llevaremos al otro lado del agua.

— Os ahorraréis seis días de marcha — explicó el más bajo de todos, Karmik.

— Así os ahorraréis seis días de viaje — repetía Piai —. Os cruzaremos con el bote. Ahora podemos ir.

— De acuerdo — contestó Yahan tras intercambiar una mirada con Rocannon; nada podían hacer.

— Adelante, pues — gruño Piai, y así, de forma abrupta, sin ofrecerles ninguna provisión, abandonaron la cabaña, Piai a la cabeza, sus compañeros a la zaga. El viento era suave, el sol brillante. Aunque la nieve persistía en los lugares protegidos, el camino estaba lleno de fango pegajoso y avanzaron chapoteando por trechos. Siguieron la línea de la costa, hacia el oeste, y ya se había puesto el sol cuando en una pequeña cueva hallaron un bote con sus remos, afianzado con rocas y alguna cuerda. El rojo del poniente teñía el agua y el cielo del oeste; por encima del resplandor rojizo, la diminuta luna Heliki resplandecía en su creciente, y en el profundo firmamento oriental surgió la Gran Estrella. La lejana compañera de Fomalhaut semejaba un ópalo. Por debajo del cielo brillante, por encima del agua brillante,

las amplias playas montuosas y oscuras.

— Aquí está el bote — dijo Piai, que se detuvo y los enfrentó; su rostro estaba rojo con la luz del poniente. Los otros dos se acercaron en silencio a Rocannon y Yahan.

— Tendréis que remar en la oscuridad al regreso — dijo Yahan.

— La Gran Estrella ilumina; será una noche clara. Ahora, muchacho, veamos cuál será la paga para que os crucemos al otro lado.

— Ah — dijo Yahan.

— Piai lo sabe: no tenemos nada. Esta capa es presente suyo — intervino Rocannon que, al ver cómo soplaba el viento, no se preocupaba ya de que su acento los delatara.

— Somos unos pobres cazadores. No podemos hacer regalos — dijo Karmik, cuya voz era más suave y cuyo aspecto parecía más común e insignificante que el de Piai y el otro cazador.

— Nada tenemos — insistió Rocannon —. No podremos pagaros. Dejadnos aquí mismo.

Yahan comenzó a repetir las palabras de Rocannon con mayor claridad, pero Karmik le interrumpió:

— Llevas una bolsa en tomo al cuello, extranjero, ¿qué tienes ahí?

— Mi alma — repuso Rocannon sin vacilar.

Todos clavaron los ojos en él, incluso Yahan. Pero no estaba en condiciones de baladronear, así que la pausa fue breve. Karmik echó mano de su cuchillo de caza y se acercó; Piai y el otro lo imitaron.

— Vosotros estábais en el fuerte de Zgama — dijo el cazador —. Por allí cuentan un larga historia, en la aldea Timash. Que un hombre desnudo soportó el fuego y que quemó a Zgama con un palo blanco y que salió andando del fuerte, llevando una gran piedra en una cadena de oro alrededor del pescuezo. Hablan de magia y hechizos. Se me hace que están todos locos. Tal vez no se te pueda herir. Pero éste… — sujetó a Yahan, rápido como la luz, cogiéndole por el pelo; le giró la cabeza hacia atrás y hacia un lado y apoyó el cuchillo en su garganta —. Chico, dile al extranjero que lleváis con qué pagar vuestro alojamiento, ¿quieres?

Todos estaban en silencio. El resplandor rojo se deslucía en el agua, la Gran Estrella refulgía en el este, el viento frío los traspasaba, de camino hacia el mar.

— No queremos lastimar al muchacho — farfulló Piai, con una mueca de su tosco rostro —. Haremos lo que os he dicho: os llevaremos al otro lado, pero pagad. No me dijisteis que teníais oro para pagar. Decís que perdisteis todo vuestro oro. Habéis dormido bajo mi techo. Dadnos esa cosa y os llevaremos al otro lado.

— Os la daré… al otro lado — dijo Rocannon señalando la otra orilla del estrecho.

— No — replicó Karmik.

Indefenso en sus manos, Yahan no movía ni un solo músculo. Rocannon percibía el latido de la arteria en su garganta, sobre la que reposaba el filo del cuchillo.

— Al otro lado — repitió, inflexible, y llevó hacia atrás su palo de apoyo, con la esperanza de impresionar un tanto a los cazadores —. Llevadnos. Os daré la cosa. Esto os digo. Pero lastímalo, y morirás aquí, ahora. ¡Esto os digo!

— Karmik, es un pecan — murmuró Piai —, haz lo que te ha dicho. Han estado conmigo, bajo mi techo, dos noches. Deja al chico. Te ha prometido esa cosa.

Karmik fruncido el ceño, miró a Piai, luego a Rocannon y por último se avino:

— Arroja tu vara. Luego os cruzaremos.

— Antes suelta al chico — ordenó Rocannon, y cuando Karmik quitó sus manos, el etnólogo arrojó la vara lejos, al agua.

Los cuchillos volvieron a sus vainas, los tres cazadores los empujaron hacia el bote; luego de arrastrarlo hasta el agua, lo abordaron saltando desde las rocas resbaladizas junto a las que morían ondas opacas. Piai y el tercer hombre remaban; Karmik, cuchillo en mano, se sentó detrás de los pasajeros.

— ¿Les darás la joya? — susurró Yahan en lengua común, que aquellos cazadores de la península no comprendían.

Rocannon asintió.

El susurro de Yahan era ronco y trémulo.

— Salta y nada, llévasela, Señor. Cerca de la costa sur. Me dejarán ir cuando vean…

— Te cortarán el pescuezo. ¡Shh!

— Están diciendo hechizos, Karmik — advertía el tercer hombre —. Hundirán el bote…

— Rema, tú, pescado podrido. Y tú, calla o le cortaré el pescuezo al chico.

Rocannon, sentado en uno de los bancos, observaba, paciente, cómo se elevaba del agua una niebla gris a medida que en ambas costas se imponía la noche. Los cuchillos no podían herirlo, pero podrían matar a Yahan antes de que él lograra hacer algo. Podía nadar, sin mucho esfuerzo, pero Yahan no. No había alternativa. Al menos harían el viaje por el que debían pagar.

Lentamente las oscuras colinas de la costa sur se elevaban, se hacían visibles. En el oeste, unas pocas y débiles sombras grises; en el cielo gris unas pocas estrellas. El remoto brillo solar de la Gran Estrella dominaba incluso a la luna Heliki, ahora en su fase menguante. Ya podían oír el arrullo de las ondas en la playa.

— Basta de remar — ordenó Karmik, y se encaró con Rocannon

—. Dame la cosa ahora.

— Más cerca de la playa — fue la respuesta impasible.

— Desde aquí llegaré, Señor — murmuró Yahan, trémulo —. Hay cañas que van hasta la playa…

El bote se movió unos metros más y luego se detuvo.

— Saltarás conmigo — ordenó Rocannon a Yahan; se irguió con lentitud sobre el banco. Abrió el cuello de su protector, que por tantos días llevara, rompió el cordón que le rodeaba el cuello y con un movimiento brusco arrojó la bolsa que contenía el zafiro y la cadena al fondo del bote; volvió a cerrar el traje y al mismo tiempo se zambulló.

Un par de minutos después, junto con Yahan, desde las rocas de la costa, observaba el bote, una mancha oscura sobre el agua, entre la luminosidad grisácea, alejándose.

— ¡Oh, que se pudran, que los gusanos les carcoman las tripas, que los huesos se les vuelvan fango! — exclamó Yahan y se echó a llorar. Habla sentido mucho temor, pero su autocontrol se había quebrado no por miedo: ver a un «señor» arrojando una joya que representaba el tributo de un reino para salvar la vida de un hombre normal, su propia vida, era ver subvertido todo ordenamiento, implicaba, para Yahan, una responsabilidad intolerable —. ¡Ha sido un error, Señor de las Estrellas! ¡Ha sido un error! — sollozó.

— ¿Comprar tu vida con una piedra? Vamos, Yahan, tranquilízate. Te helarás si no encendemos un fuego. ¿Dónde está tu encendedor? Aquí hay buena cantidad de ramas secas. ¡Manos a la obra!

Se ingeniaron para encender un fuego allí, en la playa, y lo alimentaron hasta que fue más fuerte que la noche y el silencioso y agudo frío. Rocannon envolvió a Yahan con la capa del cazador; el joven se tendió y pronto quedó dormido. Rocannon mantenía viva la lumbre, inquieto y sin deseos de dormir. El también estaba perturbado por el episodio del collar; no se trataba del valor de la joya, sino que recordaba habérsela entregado a Semley, la memoria de cuya belleza, a lo largo de muchos años, lo había traído a aquel mundo; recordaba que Haldre se lo había puesto en las manos con la esperanza — y él lo sabía bien — de alejar las sombras, de evitar la temprana muerte de su hijo, tan temida. Tal vez había ocurrido lo mejor; ahora el valor y la belleza de la joya no habrían de interferir. Tal vez, si todos los males se sumaban, Mogien jamás sabría de la pérdida, porque quizá no lo hallaría o quizá estaba muerto. Rechazó la idea. Mogien estaba buscándolos, a él y a Yahan; ésta debía ser su certeza básica. Les estaría buscando en dirección sur. Porque ¿qué otro plan había elaborado, sino el de ir hacia el sur para encontrar al enemigo, o, si sus suposiciones habían sido erradas, no hallarlo? Con la compañía de

Mogien, o sin él, marcharía hacia el sur.

Iniciaron la jornada al amanecer, escalando las colinas de la costa a la dudosa luz del alba, para alcanzar las cimas en el momento en que el sol naciente les descubría una elevada y vacía planicie que se extendía hasta el horizonte, oscurecida con la sombra de densas matas. En apariencia, Piai no se había equivocado al asegurar que nadie vivía al sur del estrecho. Cuando menos, Mogien estaría en condiciones de verlos a muchos kilómetros de distancia. Se encaminaron hacia el sur.

Hacía frío, pero el tiempo era bueno. Yahan llevaba todas las ropas de que disponían, Rocannon su traje protector. Vadearon una y otra vez riachuelos que iban a desembocar al estrecho, y con esas aguas apaciguaron la sed. Ese día y otro más transcurrieron; una planta llamada peya les proporcionó algo de comida con sus raíces, y Yahan, con una estaca, cazó un par de animalillos alados, semivoladores, semisaltarines, parecidos a gazapos, a los que coció sobre una lumbre de ramas secas. Ninguna otra cosa viviente se cruzó en su camino. Nítida hasta confundirse con el cielo, la elevada pradera se extendía, sin árboles, sin senderos, silenciosa.

Oprimidos por la inmensidad, los dos hombres estaban sentados junto a la débil lumbre en el vasto desierto, sin decir una palabra. Con largos intervalos, sobre sus cabezas, como una pulsación en la noche, llegaba el grito débil, muy alto en el aire, de los barilor, grandes bestias aladas salvajes de la misma especie que los domesticados horilor, emigraban hacia el norte, pues ya era tiempo de primavera. Las estrellas más grandes podían ser oídas por una manada de aquellos animales, pero nunca se oía más que un único grito breve, una pulsación en el viento.

— ¿En qué estrella has nacido, Olhor? — preguntó Yahan con tono suave, mientras observaba el cielo.

— Nací en un planeta al que el pueblo de mi madre llama Hain y el de mi padre Davenant. A su sol vosotros lo llamáis Corona de Invierno. Pero lo dejé hace mucho tiempo…

— Entonces vosotros, la gente de las estrellas, ¿no sois un solo pueblo?

— Varios cientos. Por mi sangre pertenezco por entero a la raza de mi madre; mi padre, que era un terrestre, me adoptó. Es costumbre hacerlo así cuando individuos de distintas especies que no pueden tener hijos entre sí se casan. Como si uno de tu pueblo se casara con una mujer Fian.

— Eso jamás ocurrirá — dijo Yahan, tajante.

— Lo sé. Pero los terrestres y los davenanteses son como tú y yo. Pocos son los mundos que tienen tantas razas distintas como éste. Por lo común hay una sola, parecida a nosotros, y el resto son animales

que no poseen habla.

— Has visto muchos mundos — dijo el joven con tono soñador, intentando concebir la idea con claridad.

— Demasiados — dijo el etnólogo —. según vuestros años, tengo cuarenta — Pero he nacido hace ciento cuarenta años. He perdido cien años sin vivirlos, yendo de un mundo a otro. Si volviese a Davenant o a la Tierra, las personas que conocí estarían muertas hace mucho. Sólo puedo seguir adelante; o detenerme, en algún lugar… ¿Qué es eso? — El aura de una presencia pareció silenciar hasta el silbido del viento entre la hierba. Algo rebulló en la linde de la luz del fuego; una sombra enorme, un trozo de oscuridad. Tenso, Rocannon se incorporó; Yahan brincó lejos de la lumbre.

Nada se movía. El viento silbó otra vez entre la hierba, a la luz grisácea de las estrellas. En el horizonte brillaban, claros, los astros, sin sombra que los enturbiara.

Ambos hombres se reunieron junto al fuego.

— ¿Qué ha sido eso? — preguntó Rocannon.

Yahan sacudió la cabeza:

— Piai me habló de… algo…

Durmieron por turnos, para mantener una guardia. Cuando llegó el lento amanecer, se sentían rendidos. Buscaron huellas o marcas donde les pareciera ver la sombra, pero la hierba tierna no delataba rastro alguno. Taparon las ascuas y marcharon hacia el sur, bajo la luz del sol.

Habían creído que cruzarían muy pronto alguna corriente de agua, pero no fue así. O bien los cursos tomaban dirección sur a norte ahora, o bien ya no los había, simplemente. La llanura inalterable antes, iba haciéndose cada vez más seca, cada vez mas gris a medida que avanzaban. Durante aquella mañana no vieron ni una sola mata de peya, sólo la tosca hierba verde grisácea, extendida hasta donde alcanzaba la vista.

Al mediodía Rocannon se detuvo.

— Es inútil, Yahan.

Yahan luego volvió su flaco y extenuado rostro hacía Rocannon:

— Si quieres seguir adelante, Señor, lo haré.

— No podemos; no sin agua ni comida. Robaremos un bote en la costa y regresaremos a Hallan. Esto es inútil. Vamos.

Rocannon dio media vuelta y comenzó la marcha hacia el norte. Yahan iba a su lado. El alto cielo de primavera se quemaba en su azul; el viento silbaba sin cesar en la superficie interminable de la hierba. Rocannon marchaba pesadamente, con los hombros caídos; cada paso le hundía más y más en el exilio y la derrota. No se volvió cuando Yahan se detuvo.

— ¡Monturas aladas!

Entonces elevó los ojos y los vio, tres grandes felinos, casi míticos grifos, describiendo círculos sobre sus cabezas, con las garras abiertas, las alas negras contra el cálido cielo azul.

SEGUNDA PARTE — EL VAGAMUNDO

VI

Mogien saltó de la silla antes de que la bestia tocara suelo, corrió hacia el etnólogo y lo abrazó como a un hermano. Su voz vibró con deleite y alivio:

— ¡Por la lanza de Hendin, Señor de las Estrellas! ¿Por qué andas totalmente desnudo en este desierto? ¿Cómo has hecho para llegar tan al sur, si te diriges hacia el norte? ¿Estás…? — Mogien encontró los ojos de Yahan y su voz murió.

— Yahan es mi siervo — explicó Rocannon.

Mogien no repuso. Tras una evidente lucha interior comenzó a sonreír, y por fin estalló en carcajadas.

— ¿Has aprendido nuestras costumbres para robarme los sirvientes, Rokanan? Pero ¿quién te robó tus ropas?

— Olhor lleva más de una piel — dijo Kyo, acercándose con su paso diminuto a través de la hierba —. ¡Salud, Señor del Fuego! te oí en mi mente.

— Kyo nos ha conducido hasta ti — dijo Mogien —. Desde que desembarcáramos en la costa de Fiern, diez días atrás, no volvió a decir palabra. Pero anoche, sobre la orilla del estrecho, cuando surgió Lioka, escuchó con atención, bajo la luz de la luna, y dijo «hacia allá». Amanecido el día, volamos hacia donde él nos indicara y así te hemos hallado.

— ¿Dónde está Iot? — preguntó Rocannon, al ver que sólo Raho sostenía las riendas de las bestias.

— Muerto — repuso Mogien, sin cambiar de expresión —. Los Olgyior nos atacaron entre la niebla, en la playa. Tenían sólo piedras, no armas; pero eran muchos. Mataron a Iot y tú te perdiste. Nos ocultamos en una cueva, en los acantilados, hasta que las bestias pudieran volar nuevamente. Raho fue a merodear y oyó la historia de un extranjero que soportaba el fuego sin arder y que llevaba una piedra azul. De modo que cuando las bestias volaron, nos dirigimos hacia el fuerte de Zgama; al no hallarte, pusimos fuego a sus techos hediondos, espantamos los rebaños hacia el bosque y comenzamos a buscarte por la costa del estrecho.

— La joya, Mogien — interrumpió Rocannon —, el Ojo del Mar… he tenido que comprar nuestras vidas con él. Lo he entregado.

— ¿La joya? — exclamó Mogien, con los ojos fijos —. ¿El collar de Semley? ¿Te has desprendido de él? ¡No para comprar tu vida! A ti, ¿quién puede hacerte daño? ¿Para comprar una vida inútil, la de este medio hombre desobediente? ¡Has vendido bien barata mi herencias…! ¡Toma! ¡Aquí está! ¡No es tan fácil perderla! — arrojó algo al aire con una carcajada, lo cogió y se lo tendió a Rocannon, que

inmóvil vio de pronto en su mano la piedra azul, brillante, la maciza cadena de oro.

— Ayer nos encontramos con dos Olgyior, y uno muerto, sobre la otra ribera del estrecho; nos detuvimos para preguntarles acerca de un viajero desnudo que tendrían que haber visto, por fuerza, de camino con su inútil sirviente. Uno de ellos bajó la cabeza y nos contó la historia, así es que cogí la joya de manos del otro. También su vida, porque hubo pelea. Entonces supimos que habías atravesado el estrecho. Y Kyo nos condujo directamente a ti. Pero ¿por qué ibas hacia el norte, Rokanan?

— Iba… iba en busca de agua.

— Hay un arroyo hacia el oeste — intervino Raho —. Lo divisé antes de veros a vosotros.

— Hacia allí, pues. Yahan y yo no hemos bebido ni una gota desde anoche.

Montaron. Y con Raho, Kyo en su antiguo puesto, junto a Rocannon. La hierba batida por el viento se alejó de ellos, que, suspendidos entre la vasta planicie y el sol, volaron hacia el sudoeste.

Acamparon junto al arroyo, que corría cristalino y lento entre matas sin flor. Por fin Rocannon pudo quitarse el traje protector y vestirse con al prendas de Mogien. Comieron duro pan, traído de Tolen, raíces de peya y cuatro gazapos alados que cazaran Raho y Yahan, feliz otra vez al volver a coger un arco. Los seres vivientes de la llanura, en su mayoría, volaban por encima de las flechas, pero se dejaban atrapar por las monturas en el vuelo, pues no huían. Incluso las bestezuelas verdes, moradas y amarillas — kilar era su nombre — parecidas a insectos, aunque en rigor perteneciesen a la especie marsupial, no mostraban miedo allí sino que desplegaban su curiosidad rondando las cabezas de los viajeros, observándolos con sus redondos ojos dorados, posándose sobre una mano o una rodilla, rozándolos en el vuelo. Toda la enorme llanura herbosa se mostraba falta de vida inteligente. Mogien aseguró que no hablan visto trazas de hombres ni de otros seres, durante su vuelo.

— Hemos creído ver algo, anoche, cerca del fuego — dijo Rocannon, dubitativo, porque, ¿qué habían visto en realidad? Kyo miró al etnólogo, desde su lugar junto a la lumbre; Mogien se desprendió el cinturón que portaba las dos espadas y nada dijo.

Levantaron el campamento al alba y durante todo el día marcharon con el viento entre llanura y sol. Volar sobre la planicie era tan grato como duro había sido andar por ella. Así transcurrió el día siguiente, y poco antes de la noche, mientras miraban por alguno de los arroyuelos que muy de trecho en trecho quebraban la superficie herbosa, Yahan giró sobre la silla y gritó en el viento:

— ¡Olhor! ¡Mira al frente!

Lejos, en el horizonte sur, una línea grisácea y entrecortado rompía la suavidad de la planicie.

— ¡Las montañas! — exclamó Rocannon, y al mismo tiempo oyó que, a su espalda, Kyo respiraba entrecortadamente, como con temor.

En el siguiente día de vuelo vieron que las praderas se elevaban en ondulaciones graduales y suaves collados; amplias olas en un mar inmóvil. Por encima de sus cabezas, las nubes se apiñaban hacia el norte y a lo lejos el terreno se mostraba cambiante, quebrado, creciente en la oscuridad. Al anochecer las montañas estaban claras aún; mientras la planicie ya se había hundido en las sombras, los apenas visibles picos de las lejanas cimas del sur brillaban, dorados. Por detrás surgió la luna Lioka, el gran astro amarillo, e inició su carrera presurosa. También brillaban Feni y Feli, marchando imponentes de este a oeste; la cuarta, Heliki, se mostró luego para darse a la persecución de las otras, radiante en sus fases continuadas y breves, creciendo y decreciendo. Rocannon yacía de espaldas sobre la hierba alta y oscura, contemplando la ininterrumpida y luminosa complejidad de aquella danza lunar.

Por la mañana, cuando, junto con Kyo, estaba a punto de montar, Yahan le advirtió, de pie junto a la cabeza de la bestia alada:

— Cabalga con cuidado hoy, Olhor. — La bestia emitió un rugido hondo, que parecía corroborar las palabras del joven, y al que hizo eco la montura de Mogien.

— ¿Qué las inquieta?

— ¡El hambre! — repuso Kyo que mantenía tensas las riendas de su blanca bestia —. Se hartaron de la carne de los ganados de Zgama, pero desde que iniciamos el viaje por esta llanura no han olido gran cosa y esas bestezuelas aladas no son más que un bocado. Cíñete la capa, Señor Olhor, porque si llega al alcance de sus mandíbulas, serás la cena de tu propia montura.

Yaho, cuyo cabello castaño y oscura piel daban testimonio de la atracción que una de sus abuelas había ejercido en algún noble Angyar, era más brusco y burlón que la mayoría de los hombres normales. Mogien jamás lo había regañado por ello y la rudeza de Raho no ocultaba su apasionada lealtad hacia su señor. Hombre ya maduro, pensaba que aquel viaje era una empresa descabellada, pero a la vez sólo se cuidaba de acompañar a su joven amo en cualquier peligro que se presentara.

Yahan tendió las riendas a Rocannon y se apartó de la bestia gris, que brincó en el aire como una flecha. Todo ese día los tres animales volaron infatigables hacia los cotos que presentían o husmeaban en el sur; el viento del norte los favorecía. Por debajo de la barrera flotante de montañas, romos cerros montuosos y oscuros se divisaban ahora con claridad. Surgían aquí y allá bosquecitos y sotos, como islas en el

mar, inmenso de hierba. Los sotos se fueron convirtiendo en montes separados por superficies verdes, y antes del anochecer el pequeño grupo arribó a un lago rodeado de juncias, entre colinas boscosas. Con rapidez y cautela los dos normales liberaron a las bestias de arreos y monturas y las dejaron marchar. Una vez en el aire, bramando y con las alas vertiginosas en su batir, cogieron tres direcciones distintas y desaparecieron sobre las colinas.

— Volverán cuando estén satisfechas — dijo Yahan a Rocannon —, O cuando el Señor Mogien haga oír su silbido sordo.

— En ocasiones traen consigo alguna hembra… de las salvajes — agregó Raho para ilustrar al etnólogo, lego en estos temas.

Mogien y sus siervos se dispersaron para cazar cualquier presa que pudiesen hallar; Rocannon arrancó algunas raíces de peya y, envueltas en sus propias hojas, las metió entre las cenizas de la lumbre para que se asaran. Se había convertido en un experto del aprovechamiento de los dones de la tierra y esto le hacía feliz; los días de vuelos prolongados desde el alba hasta el crepúsculo, de hambre nunca saciada, de dormir sobre el suelo desnudo, en el viento primaveral, lo habían purificado y se sentía abierto a cualquier sensación, a todas las impresiones. Se puso de pie; vio que Kyo se había aproximado a la orilla del lago y allí estaba su figura diminuta, tan grácil como las juncias que crecían en el agua. El Fian tenía fijos los ojos en las montañas grisáceas del sur, que en sus picos reunían todas las nubes y el silencio del firmamento. Al llegar junto a él, Rocannon advirtió en su rostro una sombra desolada y ansiosa a la vez; sin volverse, con voz débil y temblorosa, Kyo dijo:

— Olhor, tienes la joya contigo, nuevamente.

— Aún trato de librarme de ella — repuso Rocannon, con una mueca.

— Tendrás que dar más que oro y piedras preciosas… ¿Qué podrás dar, Olhor, allá entre el frío, en los lugares altos, en los lugares grises? Del fuego al hielo…

Rocannon le oyó y, aunque tenía los ojos fijos en él, no vio que sus labios se movieran. Un estremecimiento le recorrió, y cerró su mente para evitar el contacto con un extraño poder que penetraba en su ser íntimo, en el núcleo mismo de su identidad. Tras un minuto de silencio, Kyo giró la cabeza, sereno y sonriente, y habló con su voz calmosa de siempre:

— Al otro lado de estas colinas hay Fiia, al otro lado de los bosques, en los valles verdes. Mi pueblo busca los valles, también aquí, la luz del sol y los sitios llanos. Encontraremos las aldeas en pocos días más de vuelo.

Estas fueron buenas nuevas para los otro cuando Rocannon las transmitió.

— He pensado que no hallaríamos seres con habla aquí. ¡Una tierra tan bella y rica y vacía! — comentó Raho.

En tanto que observaba una pareja de kilar revoloteando como amatistas sobre el lago, Mogien recordó:

— No siempre ha estado vacía. Mi pueblo la cruzó mucho tiempo ha, en la época anterior a los héroes, antes de que Hallan o el elevado Oynhall fueran construidos, antes de que Hendin asestara su golpe y de que Kirfiel muriese en la colina de Orren. Vinimos desde el sur, en botes con cabezas de dragón en la proa; en Angien hallamos un pueblo salvaje que se ocultaba en bosques y cuevas, un pueblo de caras blancas. Tú conoces la canción, Yahan, la Balada de Orho-gien:

> Cabalgan en el viento,
> marchan sobre la hierba,
> rozan el mar oscuro,
> siempre en pos de Brehen,
> estrella luminosa,
> siguiendo el sendero de la radiante Lioka…

— El camino de Lioka va de sur a norte. Y la canción dice cómo, en batallas duras, nosotros, los Angyar, luchamos y vencimos a los cazadores salvajes, los Olgyior, los únicos de nuestra raza en Angien; porque ambos pueblos hemos sido una raza, los Liuar. Pero la balada no habla de estas montañas. Es un poema antiguo; quizá se haya perdido el comienzo. O quizá mi pueblo partió desde estas colinas. Esta tierra es bella; bosques para cazar, colinas para el ganado y alturas para asentar una fortaleza. Aunque aquí no se ven trazas de seres humanos…

Esa noche Yahan no pulsó su lira de plata; todos durmieron intranquilos, tal vez porque las monturas se habían ido y porque el silencio de las colinas era de muerte, como si ninguna criatura osase moverse durante la noche.

Al día siguiente, acordes todos en que el suelo era demasiado pantanoso junto al lago, decidieron trasladarse, sin prisas, deteniéndose para cazar y coger hierbas secas. Al atardecer llegaron a un collado; en la zona más elevada, bajo la hierba, se advertían restos de alguna construcción; nada quedaba en pie ya, pero pudieron adivinar que había sido el emplazamiento de las cuadras de una pequeña fortaleza, tan antigua que ninguna leyenda hablaba de ella. Acamparon, allí; las monturas los habrían de hallar con facilidad a su regreso.

Muy avanzada la larga noche, Rocannon se despertó incorporándose. No brillaba más luna que la menuda Lioka; la lumbre se había extinguido, pues no habían establecido vigilancia. Mogien

estaba de pie a unos cinco metros de distancia, inmóvil, una forma alta, de contornos vagos a la luz de las estrellas. Soñoliento, Rocannon le echó una mirada mientras se preguntaba por qué razón la capa le hacía aparecer tan alto y delgado. La capa de los Angyar flotaba siempre en tomo a los hombros, abierta como el techo de una pagoda, e incluso cuando no llevaba su capa, Mogien era identificable por la anchura de su tórax. ¿Por qué estaba allí de pie, tan aislado, abatido y sombrío?

El rostro giró con lentitud y no era el rostro de Mogien.

— ¿Quién está ahí? — preguntó Rocannon, de pie ahora, y su voz sonó recia en el silencio de muerte. Junto a él, Raho despertó; mirando alrededor, cogió el arco y saltó en pie. Por detrás de la alta figura algo se movió apenas: otra sombra igual. En torno de ellos, sobre las ruinas cubiertas de hierba, a la luz de las estrellas, se erguían altas, magras y silenciosas formas, enfundadas en sus capas, las cabezas gachas. Junto a las cenizas frías de la lumbre, sólo se hallaban Raho y el etnólogo.

— ¡Señor Mogien! — gritó Raho.

No hubo respuesta.

— ¿Dónde está Mogien? ¿Quiénes sois vosotros? ¡Hablad!

Las sombras no respondieron, pero comenzaron a adelantarse. Raho arrojó una flecha. Tampoco ahora hubo palabras, pero el círculo fantasmal se dilató, las capas llamearon y el ataque se precipitó desde todas las direcciones; las sombras avanzaban a brincos altos y lentos. Rocannon luchaba como si lo hiciera para despertar de un mal sueño, pues eso debía ser la lentitud, el silencio, todo era irreal y ni siquiera percibía el contacto de aquellas extremidades, porque llevaba su traje protector. Oyó la voz desesperada de Raho, llamando a su amo. Los atacantes habían abatido a Rocannon, superiores como eran en peso y número; antes de que pudiera rechazarlos desde el suelo, se sintió izado y se columpiaba cabeza abajo y una sensación de náusea lo poseía. Mientras, entre contorsiones, intentaba liberarse de aquellas manos, colinas y bosques fluctuaban oscilantes lejos muy lejos de él. Una violenta sensación de vértigo le inundaba y se aferró con ambas manos a las delgadas extremidades de aquellos seres. Todos lo rodeaban, lo sostenían con sus manos y el aire estaba lleno de negras alas batientes.

La situación se prolongaba más y más; siguió luchando por emerger de aquella monotonía de terror, en tanto continuaban a su alrededor las voces suaves y sibilantes, el aleteo reiterado que lo sacudía sin cesar. Luego el movimiento se convirtió en un deslizarse sesgadamente y el oriente radiante se precipitó hacia él y la tierra también y las manos suaves y firmes que lo sostenían se abrieron y cayó. No estaba herido; sólo atontado e incapaz de mantenerse en pie.

Se quedó tendido con brazos y piernas abiertos, mirando a su alrededor.

Bajo su cuerpo, un piso de pulidos y frágiles mosaicos. A la izquierda, a la derecha y por encima de él se elevaba un muro, plateado en la luz de la mañana, alto, recto y limpio, como si estuviera hecho de acero. Por detrás, se levantaba la vasta mole de un edificio, y por delante, a través de una puerta abierta, vio una calle de casas plateadas y sin ventanas, en perfecta alineación todas semejantes; una pura perspectiva geométrica en la claridad sin sombras del amanecer. Era una ciudad, y no una aldea de la época de piedra ni una fortaleza de la edad de bronce; era una gran ciudad, y era grandiosa, sólida y exacta, producto de una tecnología desarrollada. Rocannon se sentó; su sensación de vértigo seguía aún.

Con la claridad creciente logró captar ciertos contornos en la penumbra del patio, ciertos bultos amorfos en principio; una línea de reluciente amarillo. Un sacudimiento quebró su estado: estaba viendo el oscuro rostro bajo la mata de cabello dorado. Los ojos de Mogien estaban abiertos, fijos en el cielo, no parpadeaban. Sus cuatro compañeros yacían rígidos con los ojos abiertos. El rostro de Raho se convulsionaba en una mueca horrible. Incluso Kyo, a quien se habría creído invulnerable en su fragilidad, estaba tendido de espaldas y sus grandes ojos reflejaban la palidez del cielo.

Pero todos respiraban en profundas, silenciosas y espaciadas inspiraciones; Rocannon buscó con su oído en el pecho de Mogien y oyó los latidos, muy débiles y lentos, como si llegaran desde muy lejos.

De pronto silbó el aire a sus espaldas, e instintivamente se echó de bruces, tan inmóvil como los cuerpos parados de sus compañeros. Unas manos, cogiéndolo de hombros y piernas, lo volvieron de espaldas al suelo y se halló ante un rostro de amplias facciones, sombrío y dulce. La cabeza oscura no tenía cabellos y tampoco cejas; los ojos, de un color amarillo oro, asomaban entre anchos párpados carentes de pestañas; pequeña y delicada en sus trazos, la boca estaba cerrada con firmeza. Las suaves y fuertes manos tiraban de sus mandíbulas para abrirle la boca.

Otra figura alta se inclinó sobre él; sofocado, tosió mientras algo se deslizaba por su garganta: agua tibia, sucia y nauseabunda. Las dos altas criaturas lo soltaron y se puso en pie, escupiendo y gritando:

— ¡Estoy bien, dejadme!

Pero ya le habían dado la espalda. Se detuvieron junto a Yahan: uno forzaba las mandíbulas del joven, el otro le vertía en la boca un chorro de agua de una gran redoma plateada.

Eran altos, muy delgados, semihumanoides; fuertes y delicados, se movían con cierta torpeza Y lentitud sobre la tierra, que no era su

elemento. Su estrecho tórax se proyectaba entre los músculos, en los hombros, de largas y suaves alas que caían, curvas, a sus espaldas, como capas grises. Las piernas eran delgadas y cortas y las nobles cabezas oscuras se inclinaban hacia adelante, como empujadas por las alas.

El Manual de Rocannon se hallaría bajo las aguas cubiertas de niebla del canal, pero su memoria lo evocó: Formas de vida de alto nivel de inteligencia: Especie no confirmada (?): se dice que grandes humanoides habitan amplias ciudades (?). y ahora era él quien tenía la suerte de confirmarlo, de poner por primera vez los ojos sobre una especie nueva, una nueva cultura avanzada, un nuevo miembro para la Liga. La limpia e impecable belleza de los edificios, la impersonal caridad de las dos grandes figuras angélicas que trajeran al agua, su silencio majestuoso, todo aquello le sobrecogía. En ningún mundo había visto una raza similar a ésta. Se acercó a ambas criaturas, que estaban vertiendo agua en la boca de Kyo, y les preguntó con tímida cortesía:

— ¿Habláis la lengua común, señores alados?

Ni siquiera repararon en él, sino que prosiguieron su ronda, con el paso torpe, hacia Raho, en cuya boca contraída echaron agua; el líquido se derramó por las mejillas del sirviente. Los alados se volvieron hacia Mogien y Rocannon los siguió:

— ¡Escuchadme! — clamó enfrentándolos, pero se detuvo; había comprendido con estupor que los grandes ojos dorados estaban ciegos, que aquellos seres eran ciegos y sordos: no le contestaban ni le miraban y se alejaron erguidos, aéreos, envueltos del cuello hasta los tobillos en sus tersas alas. Y la puerta se cerró con suavidad tras ellos.

Como saliendo de una pesadilla, Rocannon se acercó a cada uno de sus compañeros con la esperanza de que aquel estado de parálisis desapareciese. No advirtió cambios. En cada uno comprobó la persistencia de la respiración lenta y el débil latido; en todos, excepto uno. El pecho de Raho estaba silencioso, su cara, contraída en una mueca penosa, estaba fría. El agua que le dieran los alados mojaba sus mejillas.

La ira se alzó por entre el asombro reverencial de Rocannon. ¿Por qué aquellos hombres angélicos les trataban, a él y a sus amigos, como si fuesen animales salvajes prisioneros? Se apartó de sus compañeros y atravesó el patio hacia la puerta que daba a la calle de la increíble ciudad.

Nada se movía. Todas las puertas permanecían cerradas. Altos, sin ventanas, uno junto a otro, los frentes plateados dejaban ver su silencio en la luz temprana del sol.

Rocannon contó seis travesías antes de llegar hasta el cabo de la calle: una pared, cinco metros de altura que se extendían hacia los

lados, sin discontinuidades. No exploró la calle periférica para buscar una salida, pues adivinaba que no la habría. ¿Para qué necesitaban los seres alados una ciudad con puertas? Por la calle radial regresó hacia el edificio del centro, del que había salido, el único edificio distinto y más alto que las elevadas casas de plata, dispuestas en hileras geométricas. Penetró en el patio. Todas las casas estaban cerradas las calles limpias y vacías, el cielo desierto; no había más ruido que el de sus propios pasos.

Golpeó la puerta del extremo más lejano en el patio. Ninguna respuesta. Pero a la primera presión de su mano, la puerta se abrió.

En el interior reinaba una oscuridad tibia, una dulce agitación sibilante, sensaciones de altura y vastedad. Una forma larga se balanceó a su lado, luego se detuvo silenciosa. En el rayo de luz del primer sol de la que la puerta dejaba entrar, Rocannon vio los ojos amarillos de aquella criatura, parpadeando. La luz solar los cegaba. Sin duda volaban y recorrían sus calles de plata sólo en la oscuridad.

Ante aquella mirada insondable, Rocannon adoptó la actitud que los exoetnólogos denominaban «ICA» — iniciador de comunicación abierta —: en una pose teatral, receptiva, preguntó en galáctico:

— ¿Quién es vuestro jefe?

Dicha con énfasis, por lo común la pregunta obtenía alguna respuesta. Sin embargo nada hubo esta vez. El ser alado tenía sus ojos fijos en el intruso; parpadeó por una vez con una impasibilidad que iba más allá del desdén, cerró los ojos y permaneció quieto, aparentemente dormido.

La visión del etnólogo se iba adecuando a la casi oscuridad; descubrió en el ámbito tibio y abovedado grupos y filas de cuerpos longilíneos, todos inmóviles y con los párpados cerrados.

Caminó entre ellos y ninguno hizo un movimiento.

Muchos años atrás, en Davenant, su planeta natal, recordaba haber caminado a través de un museo lleno de estatuas; era entonces un niño que atisbaba los rostros estáticos de los antiguos dioses haineses.

Armándose de su valor, se acercó a uno de ellos ¿o ellas?, bien podían ser hembras y le tocó el brazo. Los ojos dorados se abrieron y el hermoso rostro se volvió hacia él, oscuro y alto en la penumbra.

— ¡Hassa! — reclamó el ser alado, que, con una rápida inclinación, le besó un hombro y retrocedió luego tres pasos; otra vez se envolvió en sus alas y cerró los ojos, inmóvil Rocannon desistió de la idea de comunicarse con ellos en aquel momento y a tientas buscó una salida a través de la pacífica, dulce, oscuridad de la vasta sala. La halló, al cabo de unos instantes, y era una puerta que desde el suelo llegaba hasta el techo elevadísimo; al otro lado se abría un ámbito más claro, donde la luz accedía a través de orificios estrechos que

desde el cielo raso filtraban un halo dorado y polvoriento. Las paredes laterales, curvas, se empinaban hasta una cúpula ceñida. Parecía un pasaje circular que rodeaba la médula, el corazón de la ciudad radial misma. La pared interna mostraba una magnífica decoración compuesta por un abigarrado diseño de triángulos y hexágonos, repetido hasta la cúpula. Revivía en Rocannon el entusiasmo etnológico por desentrañar las pautas de una raza. Aquel pueblo era maestro en el arte de la arquitectura. Todas las superficies del enorme edificio eran perfectas, cada unión impecable; la concepción hacia gala de esplendidez y sutil factura. Sólo una cultura muy avanzada podía haber logrado todo eso. Pero el etnólogo jamás se había topado con una raza de elevado nivel cultural tan poco comunicativa. Después de todo, ¿por qué los habían llevado hasta allí a él y a sus compañeros? ¿Quizá en su silenciosa y angelical arrogancia habrían salvado a los vagabundos de algún peligro de la noche? ¿O usarían a otras especies a modo de esclavos? Si así era, resultaba extraño que hubiesen ignorado la aparente inmunidad de Rocannon al agente paralizante que obraba en Mogien y los demás.

Quizá se comunicaran por completo sin palabras, pero se inclinó a pensar, en aquel increíble palacio, que las explicaciones provendrían de la existencia de un tipo de desarrollo intelectual que estaba más allá de cualquier perspectiva humana, simplemente. Avanzó por el pasaje hasta hallar en la pared interior una tercera puerta, de escasísima altura, tanto, que debió inclinarse para franquearla; un ser alado debería arrastrarse al atravesarla.

Otra vez la misma tibia, amarillenta y dulzona atmósfera. Pero allí predominaban la agitación, los roces y susurros, junto con un constante y suave murmullo de voces y leves movimientos de innumerables cuerpos y alas. Arriba, muy arriba, el ojo de la cúpula dominaba la escena, amarillo. Una amplia rampa describía una suave espiral adosada a la pared, hasta la parte superior de la bóveda. Aquí y allá, sobre dicha rampa, se advertía cierta agitación, y, por dos veces, la figura desplegó en lo alto sus alas, volando sin ruido a través del gran cilindro colmado de aire dorado y polvoriento. Cuando se disponía a cruzar la estancia, hacia la rampa, algo se precipitó desde la mitad de la espiral y cayó a tierra con un golpe seco. El etnólogo observó que se trataba de un cuerpo alado; aunque el impacto había deshecho el cráneo no se veía sangre. Era un cuerpo pequeño y, en apariencia, las alas no estaban totalmente desarrolladas.

Prosiguió su camino, tercamente, e inició la ascensión por la rampa.

A unos diez metros del suelo, advirtió un nicho triangular en el muro, en el que estaban acuclilladas varias de las extrañas criaturas, pequeñas y con las alas plegadas. Había nueve, agrupadas en forma

regular en tres grupos de tres, equidistantes, en torno de un pálido bulto; a Rocannon le llevó cierto tiempo advertir que era una de las bestias aladas de Hallan, con los ojos abiertos, ausentes; estaba viva y paralizada. Las boquitas de delicado trazo de los nueve pequeños alados se inclinaban hacia el animal una y otra vez, besándolo, besándolo.

Otro golpe resonó en el piso de la sala. Esta vez Rocannon vio con claridad el cuerpo que se deslizaba en un vuelo inmóvil; era el cuerpo seco y mustio de un kilar.

Desanduvo el camino a través del adornado pasaje circular y cruzó tan pronta y suavemente como pudo entre las figuras durmientes de la sala de entrada. Salió al patio. Estaba vacío. La luz blanca del sol caía de lado y brillaba sobre el piso. Sus compañeros ya no estaban. Las crías los habían arrastrado al salón abovedado, para succionarlos hasta la desecación.

VII

A Rocannon se le doblaban las piernas. Se sentó en el piso pulido y rojo, intentando reprimir su terror y sus náuseas y pensar qué podía hacer. Qué hacer. Debía regresar a la bóveda y hallar el modo de sacar de allí a Mogien, Yahan y Kyo. Ante el pensamiento de volver junto a las esbeltas y angélicas figuras cuyas nobles cabezas contenían cerebros degenerados o especializados, pero al nivel de los insectos, se le erizaron los cabellos en la nuca; con todo, debía hacerlo. Sus amigos estaban allí y él debía liberarlos. ¿Estarían las larvas y sus custodios tan dormidos como para no atacarle? Desechó las preguntas inútiles. Antes que nada tendría que inspeccionar todo el contorno de la pared exterior, porque si no hallaba una puerta todo esfuerzo sería en vano. No podría llevarse a sus amigos por encima de un muro de casi cinco metros de altura.

Probablemente existían tres castas, pensó mientras bajaba por la calle silenciosa y perfecta: nodrizas para las casas en la bóveda, constructores y cazadores en las salas más externas, y en aquellas casas quizá viviesen los individuos fértiles, que desovaban e incubaban los huevos. Las dos que habían llevado agua a los prisioneros debían de ser nodrizas, que conservaban vivas a las presas paralizadas hasta el momento en que las larvas las succionaran. Le habían dado agua a Raho, aun cuando estaba muerto. ¿Cómo no había comprendido que eran mentalmente subnormales? Había querido creerlos inteligentes porque los había visto angelicales, humanos. «¿Especie destructiva?», dijo con tono salvaje y como para su perdido Manual. En ese momento algo cruzó la calle, en la esquina siguiente; era una criatura baja, marrón, que en la irreal perspectiva de fachadas idénticas no se podía definir como grande o pequeña. Sin duda no era habitante de la ciudad. Por lo visto los ángeles-insecto tenían parásitos que infectaban su bella colmena. Prosiguió su marcha con paso rápido y decidido en el silencio profundo, llegó hasta el muro exterior y torció hacia la izquierda.

A pocos pasos de él uno de los animales marrones estaba agazapado. Incluso erguido, le llegaría apenas a la altura de las rodillas. Como la mayoría de los animales de bajo nivel de inteligencia del planeta, carecía de alas. Estaba agazapado, lleno de terror, y el etnólogo lo evitó, tratando de no despertar su desconfianza, y continuó la marcha. En todo lo que su vista alcanzaba, no había accesos en la pared curva.

— ¡Señor! — gritó una voz débil, desde algún lugar —. ¡Señor!

— ¡Kyo! — exclamó Rocannon girándose mientras su voz reverberaba entre las paredes. Nada se movía. Muros blancos, sombras

negras, líneas rectas, silencio.

El animalito oscuro se acercó brincando.

— ¡Señor! — gritaba con voz débil —. ¡Señor, oh, ven, ven! ¡Oh, ven, Señor!

Rocannon se detuvo, con los ojos desorbitados. La diminuta criatura se había sentado sobre sus poderosas corvas, frente a él; jadeaba y los latidos de su corazón agitaban su pecho peludo, contra el que oprimía sus manecillas negras. Unos ojos negros, llenos de pavor, miraban con fijeza el rostro de Rocannon. El extraño ser repitió, en Lengua Común, trémulo:

— Señor…

Rocannon se hincó; sus ideas bullían ante la visión; por fin logró articular, con suavidad:

— No sé cómo llamarte.

— ¡Oh, ven! — repitió la voz trémula —. ¡Señores…, señores, ven!

— Los otros señores… ¿mis amigos?

— Amigos — repitió la criatura —, amigos, castillo. Señores, castillo, fuego, bestia alada, día, noche, fuego. ¡Oh, ven!

— Voy — contestó Rocannon.

El animalito comenzó a brincar y él lo siguió. Bajaron por la calle radial, torcieron por una de las laterales hacia el norte y dieron con una de las doce puertas de la bóveda. Allí, en el patio de mosaicos rojos, yacían sus compañeros, tal como los dejara poco antes. Más tarde, cuando tuvo tiempo de pensar, comprendió que había salido de la bóveda por otra puerta y así había perdido a sus amigos.

Otras cinco criaturas marrones aguardaban allí, reunidas en un grupo casi ceremonioso junto a Yahan. Rocannon volvió a hincarse, para disimular la diferencia de altura, e hizo una reverencia tan profunda como su posición se lo permitía.

— Salud, pequeños señores — dijo.

— Salud, salud — respondieron los peludos seres.

Uno de ellos, con listas negras en torno al hocico se presentó:

— Kiemhrir.

— ¿Tú eres Kiemhrir? — todos se inclinaron, imitando la reverencia de Rocannon — Yo soy Rokanan Olhor. Hemos venido desde el norte, de Angien, del castillo de Hallan.

— Castillo — dijo Caranegra; su voz aguda temblaba; como reflexionando, se rascó la cabeza —. Días, noche, años, años — dijo —. Los Señores marcharon. Años, años, años… Kiemhrir no marcharon. — Miró al etnólogo con ojos esperanzados.

— ¿Los Kiemhrir… permanecieron aquí? — Preguntó Rocannon.

— ¡Permanecieron! — gritó Caranegra con una voz de sorprendente volumen —. ¡Permanecieron! ¡Permanecieron! — Y los

demás repitieron la palabra con evidente placer.

— Día — dijo Caranegra con decisión, señalando el sol —, señores llegan… ¿Van?

— Sí, querríamos irnos. ¿Podéis ayudarnos?

— ¡Ayudar! — dijo el Kiemhrir, aferrando la palabra con aquel tono de deleite y avidez —. Ayudarlos. ¡Quédate, Señor!

Rocannon, pues, se quedó: sentado observó cómo los Kiemhrir se entregaban a su tarea. Caranegra silbó e inmediatamente una docena más de sus semejantes aparecía brincando, con precaución. El etnólogo se preguntaba dónde habrían hallado lugares para ocultarse y vivir dentro de la matemática perfección de la ciudad colmena; pero era evidente que lo habían logrado. Y también tenían sus lugares de aprovisionamiento: uno de ellos traía entre sus manecitas negras una forma redondeada y blanca que parecía un huevo; era una cáscara vacía, ahora haciendo las veces de redoma; Caranegra la cogió con cuidado y la destapó. Dentro había un fluido denso y transparente, con el que mojó las punzadas de los hombros de los durmientes; los otros, con dulzura y temor, levantaron las cabezas de los tres hombres y él vertió unas gotas del líquido en sus bocas. Pero no tocó a Raho. Los Kiemhrir no hablaban entre sí, sino que se comunicaban con silbidos o gestos muy silenciosos y con un enternecedor aire de cortesía.

Caranegra volvió junto a Rocannon y le dijo como para confortarlo:

— Quédate, Señor.

— ¿Esperar? Si, sin duda.

— Señor — dijo el Kiemhrir con un gesto hacia el cuerpo de Raho.

— Muerto — explicó Rocannon.

— Muerto, muerto — repitió la criatura. Se tocó la base del cuello y el etnólogo asintió.

El patio rodeado de muros plateados se colmaba de una luz cálida. Yahan, que yacía junto a Rocannon, exhaló un hondo suspiro.

Los Kiemhrir se sentaron sobre sus corvas, en semicírculo detrás de su jefe, a quien Rocannon preguntó:

— Pequeño señor, ¿puedo saber tu nombre?

— Nombre — susurró el animalito; todos los demás estaban inmóviles —. Liuar — dijo, utilizando la misma antigua palabra que Mogien empleara al referirse a nobles y normales como un todo, es decir, a los que el Manual denominaba Especie II —. Liuár, Fiia, Gdemiar: nombres. Kiemhrir: no nombre.

Rocannon asintió preguntándose cuál seria el significado de la expresión. El vocablo «kieniherl kiemhrir» era en rigor, infería él, un adjetivo, con el significado de flexible o veloz.

A sus espaldas, Kyo, ya recuperado el ritmo respiratorio, se incorporó; el etnólogo se dirigió hacia él. Los animalitos sin nombre observaban con sus negros ojos atentos y caímos. Yahan se puso de pie y por último lo hizo Mogien, a quien debían de haber administrado una dosis mayor del agente paralizante, pues, en un primer momento, fue incapaz hasta de levantar una mano. Uno de los Kiemhrir, con gran timidez, explicó mediante gestos que serían buenos para Mogien masajes en brazos y piernas, cosa que Rocannon puso en práctica en tanto explicaba lo ocurrido y dónde estaban.

— El tapiz — murmuró Mogien.

— ¿Qué dices? — preguntó Rocannon con suavidad, pensando que el joven estaba aún aturdido y por ello desvariaba.

— El tapiz de Hallan… los gigantes alados.

Entonces Rocannon recordó que había estado con Haldre, en el Gran Salón de Hallan, bajo un tapiz que representaba guerreros de cabellos rubios luchando contra figuras aladas.

Kyo, que había observado a los Kiemhrir, tendió su mano. Caranegra brincó hasta él y apoyó su manecita negra y sin pulgar sobre la palma larga y delicada de Kyo.

— Señores de las palabras — dijo el Fian suavemente —. Amantes de palabras, los devoradores de palabras, los sin nombre, los brincadores de larga memoria. ¿Aún recordáis las palabras de las gentes altas, oh, Kiemhrir?

— Aún — repuso Caranegra.

Con ayuda de Rocannon, Mogien se puso en pie; se le veía demacrado, pero firme. Estuvo quieto por un instante, junto a Raho, cuyo rostro aparecía devastado bajo la poderosa y blanca luz solar. Luego el joven Angyar dio las gracias a los Kiemhrir, y, en respuesta a una pregunta del etnólogo, dijo que ya se sentía con fuerzas.

— Si no hay salidas, podremos cavar algún hueco de sostén en los muros y saltar — propuso Rocannon.

— Silba a las monturas, Señor — pidió Yahan.

Parecía muy complejo preguntar a los Kiemhrir si el silbato llegaría a despertar a las criaturas de la bóveda. Pero en vista de que los seres alados parecían ser enteramente nocturnos, optaron por afrontar el posible riesgo. Mogien extrajo un diminuto silbato, atado debajo de su capa con cadenilla, y emitió una señal que Rocannon no alcanzó a oír, pero que hizo retorcerse a los Kiemhrir.

En el término de veinte minutos una gran sombra se proyectó sobre la cúpula, en su torno y se lanzó hacia el norte para regresar al cabo de unos pocos minutos más, pero esta vez con un compañero. Ambos animales se dejaron caer en el patio, entre un despliegue de alas: la montura rayada y la gris de Mogien; la blanca, en cambio, no llegaría jamás. Debía de ser la que Rocannon hallara en la rampa entre

la rancia y polvorienta atmósfera dorada de la cúpula, alimento para las larvas de los ángeles.

Los Kiemhrir estaban aterrorizados con la presencia de las bestias aladas. La gentileza, la mesurada cortesía de Caranegra se habían diluido en un pánico apenas controlado cuando Rocannon quiso agradecerle y darle su adiós.

— ¡Oh, vuela, Señor! — decía con una mueca lastimera, manteniéndose a buena distancia de las garras de las monturas; de modo que no demoraron la partida.

A una hora de camino de la ciudad-colmena, todas sus ropas y pieles utilizadas como camas y el resto de su equipo estaba aún esparcido por tierra, junto a las cenizas frías del fuego. Al otro lado de la colina yacían tres seres alados muertos y junto a ellos las dos espadas de Mogien, una, quebrado el acero cerca de la empuñadura. Mogien se había despertado en el momento en que los alados se inclinaban sobre Yahan y Kyo. Uno lo había mordido.

— Ya no pude hablar — relató. Pero se había resistido y dado muerte a tres antes de que la parálisis lo abatiese —. Oí la voz de Raho, llamándome. Por tres veces me llamó y no pude brindarle ayuda.

Y se quedó allí, sentado entre las ruinas cubiertas de hierba, aquellas que habían sobrevivido a nombres y leyendas; la espada rota descansaba sobre sus rodillas y ya no habló más.

Alzaron una pira de ramas y pajas, sobre la que pusieron el cadáver de Raho, traído desde la ciudad, y a su costado su arco de caza y las flechas. Yahan preparó la lumbre y Mogien pegó fuego al túmulo funerario. Montaron en las bestias aladas y se elevaron, Mogien con Kyo a la grupa, Rocannon con Yahan, confundidos en el humo y el calor del fuego que ardía a la luz del mediodía en la cima de una colina de una tierra extraña.

Por largo rato siguieron divisando la débil columna de humo, delgada a sus espaldas, mientras volaban.

Los Kiemhrir les habían explicado con claridad que debían alejarse y que debían ocultarse durante la noche, porque de lo contrario los alados les darían caza en la oscuridad. Hacia el atardecer descendieron junto a un arroyo en un profundo desfiladero boscoso y acamparon cerca de una caída de agua. Había humedad, pero el aire era fragante y musical y aligeraba sus espíritus. Para la cena hallaron un bocado delicioso, un animal con caparazón, acuático, que se movía con lentitud, de exquisito sabor. Pero Rocannon no pudo comer: en las articulaciones y en la cola había trazas de pelo. Eran ovovivíparos, como muchos de los animales de aquella tierra, como los Kiemhrir quizá.

— Cómetelos tú, Yahan. No puedo devorar algo que tal vez

llegaría a hablarme — dijo, colérico y hambriento, y fue a sentarse cerca de Kyo.

El Fian sonrió, en tanto que se frotaba la punzada del hombro.

— Si pudieras llegar a oír a todas las cosas…

— Yo, por lo menos, moriría de hambre.

— Bien, las criaturas verdes son mudas — dijo el Fian, acariciando el tronco rugoso de un árbol que se inclinaba sobre el arroyo. En esa zona los árboles, coníferas en su totalidad, estaban a punto de florecer y el bosque se cubría con el suave polen disperso en el viento. Todas las flores se valían del viento para la polinización, tanto las de los prados como las de los árboles: no había insectos ni corolas de pétalos variopintos. La primavera de aquel mundo innominado era verde, toda verdes profundos y verdes pálidos con grandes nubes de polen dorado.

Mogien y Yahan se echaron a dormir cuando llegó la oscuridad, tendidos junto a las cenizas tibias. No dejaron lumbre encendida por temor a que atrajese a los alados. Como Rocannon había supuesto, Kyo era más resistente que los hombres y ya estaba por completo repuesto de los efectos del paralizante; ambos se sentaron en la orilla del arroyo, entre la oscuridad, y hablaron.

— Te he oído saludar a los Kiemhrir como si los conocieras — observó Rocannon.

Y el Fian repuso:

— Lo que uno de nosotros recordaba en mi aldea, Olhor, todos lo recordaban. Así es como tantas historias y murmuraciones y mentiras y verdades nos son conocidas; y nadie sabe cuán grande es la antigüedad de muchas de esas cosas…

— ¿Pero nada sabías de los alados?

En un primer instante pareció que Kyo Ignoraría la pregunta, pero finalmente dijo:

— Los Fiia no tienen memoria para el temor, Olhor. ¿Para qué? Hemos elegido. La noche, las cuevas y las espadas de metal se las hemos dejado a los gredosos cuando nuestro camino se apartó del de ellos y escogimos los verdes valles, la luz del sol, el cuenco de madera. Y por eso somos una media-raza. Y hemos olvidado, ¡hemos olvidado mucho! — Más que en ocasiones anteriores, aquella noche la voz del Fian era firme, urgente, y resonaba clara entre el rumor del arroyo que corría debajo de ellos y entre el ruido de los saltos de agua al fondo del desfiladero —. En cada día de viaje hacia el sur he cabalgado por los relatos que mi gente aprende en la niñez, en los valles de Angien. Y he hallado que todos esos relatos eran verdaderos. Los pequeños devoradores de palabras, los Kiemhrir, poblaban las canciones que nos hemos transmitido de mente en mente; pero no los alados. Los amigos, pero no los enemigos. La luz del sol, no la

oscuridad. Y yo soy compañero de Olhor, quien marcha hacia el sur, hacia la leyenda, sin llevar espada. He cabalgado con Olhor, que busca oír la voz de su enemigo, que ha viajado a través de la gran oscuridad, que ha visto el mundo suspendido como una piedra azul en la oscuridad. Sólo soy una media-persona. No puedo ir más allá de las colinas. ¡No iré a los lugares elevados contigo, Olhor!

El etnólogo apoyó su mano con delicadeza sobre el hombro de Kyo. El Fian quedó en silencio. Permanecieron allí, sentados, escuchando el sonido del arroyuelo, la caída de agua en la noche, viendo el brillo gris de las estrellas sobre la corriente, bajo ráfagas arremolinadas de polen, en el helado frío de las montañas del sur.

Al día siguiente, durante el vuelo, vieron por dos veces, hacia el este, las cúpulas y las calles radiales de ciudades-colmena. Esa noche montaron doble guardia; a la noche siguiente ya se hallaban muy arriba, en las colinas; una lluvia fría los azotó durante toda la noche y durante el vuelo del día siguiente. Cuando las nubes de lluvia se abrieron, había montañas dominando las colinas, a ambos lados. Otra noche de inquieta guardia y fría los sorprendió en una elevación, entre las ruinas de una torre antigua. A la mañana siguiente, temprano, atravesaron un desfiladero que los condujo hacia la luz del sol y a un valle amplio que se extendía hacia el sur, en medio de cordones montañosos, alejados en la bruma.

A su derecha ahora, mientras volaban sobre el valle, como si fuese una verde carretera, se erguían los picos elevados en hileras remotas y sombrías. El viento era penetrante y dorado y las monturas se deslizaban en él como hojas a la luz del sol. Sobre la verde concavidad aterciopelado, por debajo de ellos, en la que parecían esmaltados pequeños grupos de arbustos y algunos bosquecillos, flotaba un velo estrecho y gris. La montura de Mogien giró en el instante en que Kyo señaló hacia abajo y, en el viento dorado, descendieron hacia la aldea extendida entre una colina y un arroyo, bañada por el sol, con sus pequeñas chimeneas arrojando humo. Un rebaño pastaba en los alcores cercanos. En el centro del irregular círculo de casas, todas abiertas, con grandes ventanas y patios soleados, se alzaban cinco árboles altos; junto a ellos tocaron tierra los viajeros, y los Fiia les salieron al encuentro, tímidos y sonrientes. Aquellos aldeanos casi no hablaban Lengua Común y, lo que es más, casi no tenían costumbre de hablar en voz alta. Pero, con todo, fue como un regreso al hogar penetrar en sus casas aireadas, comer en cuencos de madera pulida, refugiarse por una noche de la intemperie en aquella gozosa hospitalidad. Un Pueblo extraño, tangencial, gracioso, evasivo: media-raza había llamado Kyo a su propia gente. Pero era evidente que Kyo no era ya uno más entre ellos; aunque con las ropas que le habían dado se movía y gesticulaba como los

aldeanos, en todo momento sobresalía por completo de entre ellos. ¿Sería porque como extranjero no podía dialogar en la mente con libertad, o quizá porque, tras su relación con Rocannon, había cambiado, se había convertido en un ser distinto, más solitario, doliente y completo?

Los Fiia les hicieron una descripción de aquella tierra. Más allá de la franja que bordeaba el valle por el oeste se extendía el desierto, dijeron; hacia el sur continuaba el valle que se abría al este de las montañas y las acompañaba hasta que el propio cordón montañoso torcía hacía el este.

— ¿Podremos atravesarlo? — preguntó Mogien.

Los pequeños huéspedes respondieron entre sonrisas:

— Sin duda, sin duda.

— ¿Y sabéis qué hay más allá de los pasos?

— Los pasos están a mucha altura, mucho frío — dijo, cortés, un Fian.

Los viajeros permanecieron en la aldea durante dos noches, para descansar, y partieron con sus alforjas llenas de comida que los Fiia les regalaron. Luego de dos días más de viaje llegaron a otra aldea de aquellas diminutas gentes, donde una vez más fueron recibidos con tanta cordialidad que el suyo podría haber sido no el arribo de unos extranjeros, sino un regreso aguardado con largueza. Tan pronto como las monturas descendieron, un grupo de hombres y mujeres se acercó a recibirles, saludando a Rocannon, primero en desmontar, con un «salud, Olhor» que lo dejó maravillado; y la admiración seguía aun después de repetirse a sí mismo que esa palabra significaba «Vagamundo», cosa que él era evidentemente. Pero, claro, había sido Kyo quien le adjudicara ese nombre.

Luego de otro día de viaje tranquilo, más avanzados en el recorrido del valle, preguntó a Kyo:

— ¿No tenías entre tu gente un nombre propio, Kyo?

— Me llamaban «pastor» o «hermano menor» o «corredor». Yo era muy veloz en la carrera.

— Pero ésos son apodos, descripciones, como Olhor O Kiemhrir. Vosotros los Fiia sois muy afectos a poner nombres. A cada uno lo saludáis con un apodo: señor de las estrellas, portador de espadas, el de los cabellos de sol, señor de las palabras… Creo que los Angyar aprendieron de vosotros ese gran amor por el apodo. Y a pesar de todo, vosotros no tenéis nombres.

— Señor de las Estrellas, viajero de lejanías, cabellos de ceniza, portador de la joya — dijo Kyo sonriente —; ¿qué es un nombre, pues?

— ¿Cabellos de ceniza? ¿Es que he encanecido?… No sé muy bien qué es un nombre. El nombre que me dieron al nacer era Gaverel

Rocannon. En el momento en que lo digo, no describo nada; sólo he dado mi nombre. Y cuando veo un nuevo tipo de árbol en esta tierra te pregunto, o se lo pregunto a Yahan o a Mogien, ya que tú pocas veces respondes, cuál es su nombre. Siento algo como una molestia, si no sé el nombre.

— Bien, ése es un árbol; como yo soy un Fian, como tú eres un… ¿qué?

— ¡Pero ésas son clasificaciones, Kyo! En las aldeas que hemos visto, he preguntado cómo se llaman las montañas occidentales, el cordón que se yergue sobre sus vidas desde que han nacido hasta que mueren, y me han respondido «ésas son montañas, Olhor».

— Y lo son — dijo Kyo.

— ¡Pero hay otras montañas: el cordón más bajo, al este, a lo largo de este mismo valle! ¿Cómo distingues un cordón de otro, un ser de otro, sin nombres?

El Fian, palmeando rítmicamente sus rodillas, fijó los ojos en las cimas altas que ardían en la profunda luz del poniente. Tras unos instantes, Rocannon comprendió que no habría respuesta.

Los vientos se tornaron más cálidos y los días se prolongaban, pues avanzaba la estación calurosa; entretanto continuó el vuelo hacia el sur. La doble carga que soportaban las monturas les impedía volar con mucha velocidad y a menudo se detuvieron por un día o dos para cazar y permitir que las bestias aladas cazasen. Pero por fin vieron que las montañas torcían en un círculo convergente con el cordón costero por el este, cerrándoles el paso. El valle se detuvo frente a una vastedad de colinas. Más arriba emergían manchas verdes y parduscas, los valles de la montaña; luego el gris de rocas y taludes y, por último, a medio camino entre tierra y cielo, la luminosa blancura de las altas cimas batidas por la borrasca.

Entre las colinas hallaron una aldea Fian. El viento se cernía frío desde las alturas que dominaban el frágil poblado, esparciendo humo azul entre las luces y sombras del lento atardecer. Como otras veces, fueron recibidos con gozosa animación y agasajados con agua y carne fresca y verduras en cuencos de madera, en la tibieza de una casa, en tanto que chiquillos vivaces limpiaban sus capas de polvo y alimentaban y reconfortaban a las bestias aladas. Después de la cena, cuatro muchachas de la aldea bailaron para ellos, sin música. Y sus movimientos eran leves y rápidos, tanto que parecían seres etéreos en aquel juego cambiante y huidizo de brillos y oscuridades frente a las ascuas de la lumbre. Rocannon dirigió una sonrisa complacida hacia Kyo que, como siempre, estaba sentado junto a él. El Fian devolvió la mirada, con seriedad, y dijo:

— Aquí me quedaré, Olhor.

Rocannon contuvo sus palabras de réplica, continuaba la danza

con sus pasos ingrávidos, sus formas móviles ante la luz del fuego. Una música de silencios se entretejía entre ellos y un apartamiento entre sus mentes. La luz tembló sobre las paredes de madera y se hizo más débil.

— Se ha dicho que el Vagamundo podrá escoger sus compañeros. Por un tiempo.

No supo si había hablado él, Kyo o su memoria. Las palabras estaban en su mente y en la de Kyo. Esfumadas sus sombras de las paredes, las bailarinas se separaron y el cabello suelto de una de ellas brilló un instante. La danza que no tenía música había finalizado, las bailarinas que no tenían más nombre que luz y sombra estaban inmóviles. Del mismo modo, entre Kyo y él había finalizado una alianza, en la quietud y el silencio.

VIII

Por debajo de las alas de su cabalgadura, que batían pesadamente, Rocannon vio una masa de rocas desprendidas, un declive caótico de piedras que caían; se inclinó hacia adelante y la punta del ala izquierda de su bestia rozó las rocas en el esfuerzo por ascender hacia el frío. Llevaba ceñidas a sus muslos las correas de ataque, porque las corrientes y ráfagas desequilibraban a la montura; del frío se protegía con su traje. Montado detrás de él, envuelto en todas las capas y pieles de que ambos disponían, Yahan había atado sus tobillos a la montura, porque no confiaba en sus fuerzas para mantenerse bien asido. Mogien, cabalgando delante en su bestia menos cargada, soportaba el frío y la altura mucho mejor que Yahan y batallaba contra los picos con un rudo regocijo.

Quince días habían transcurrido desde que abandonaran la última aldea Fian, donde se despidieron de Kyo, e iniciaron la travesía de las colinas y los cordones montañosos menores en busca de algún paso bajo. Los Fiia no les habían indicado ninguna dirección. Ante las alusiones al cruce de las montañas, habían callado con actitud cohibida.

En los primeros días todo se presentó favorable, pero en cuanto comenzaron a ascender las monturas dieron rápidas muestras de cansancio, pues el aire enrarecido no les aportaba la gran cantidad de oxígeno que quemaban durante el vuelo. Al subir más aún, hallaron el frío y las traicioneras tormentas de las alturas. En los últimos tres días no habían avanzado más que quince kilómetros y la mayor parte de la distancia la cubrieron a ciegas. Los hombres estaban hambrientos, porque habían dejado a las monturas las mayores raciones de carne; aquella mañana Rocannon les había dejado terminar con los últimos trozos que quedaban en la alforja, porque si no lograban completar la travesía de las montañas tendrían que retornar hacia los bosques, donde hallarían caza y reposo y, luego, todo volvería a comenzar. Creían ahora estar en el camino adecuado para el paso, pero desde las cimas, hacia el este, soplaba un viento helado y el cielo se tornaba blanco y amenazante. Mogien volaba delante y Rocannon obligaba a su montura a seguirlo. Porque en aquella cruel etapa final de la travesía de las grandes montañas, Mogien era el jefe y él su seguidor. Había olvidado la razón por la que quisiera cruzar aquellas montañas; sólo recordaba que debía hacerlo, que debía ir hacia el sur. Pero en cuanto a la energía y el valor para hacerlo, dependía de Mogien.

— Creo que éste es tu dominio — había dicho al joven la noche anterior, durante la discusión de su itinerario.

Mogien, con una amplia mirada hacia las cumbres y los abismos,

rocas y piedras y cielo, repuso, con su habitual tono de rápida seguridad señorial:

— Este es mi dominio.

Ahora los llamaba y Rocannon se inclinó para confortar a su montura, mientras atisbaba por entre las ráfagas heladas, en busca de un corte en el interminable caos de laderas abruptas. Allí había un ángulo, un saliente en el techo del planeta; desaparecía de pronto el amontonamiento de rocas y por debajo se iba abriendo un espacio blanco: el paso. A ambos lados los picos barridos por el viento se alzaban hasta la capa de densas nubes. Rocannon podía ver el rostro de Mogien, impertérrito, y oír su grito con voz de falsete, el alarido de batalla del guerrero victorioso. Siguió detrás de Mogien sobre el blanco valle que dormía bajo blancas nubes. La nieve comenzó a arremolinarse en torno a ellos, sin caer, danzando en su propio medio natural, su propia cuna, una danza de secos aleteos. Hambrienta y sobrecargada, la montura jadeaba a cada movimiento de sus grandes alas. Mogien había retrocedido para no perderse entre los torbellinos de nieve, pero aún continuaba al frente y ellos le seguían.

Entre los temblorosos copos se advertía un leve brillo y, gradualmente, despuntó una límpida radiación dorada. Como oro pálido, los puros campos de nieve dejaron ver sus declives. De pronto todo se perdió de los ojos de los viajeros y las bestias forcejearon en un enorme abismo. Muy abajo, muy lejos, definidos y pequeños, se tendían valles, lagos, la reluciente lengua de un glaciar, verdes manchas de vegetación. La bestia alada, tras un esfuerzo excepcional, comenzó a caer con las alas alzadas; caía como una piedra y Yahan no contuvo un grito de terror en tanto que Rocannon cerraba los ojos, expectante.

Las alas batieron de nuevo, con un ruido seco; batieron otra vez. La caída se convirtió en un penoso avance y por último se detuvo. El animal, tembloroso, se echó a tierra en un valle cubierto de rocas. Muy cerca, la montura gris de Mogien intentaba tumbarse mientras su jinete, riendo, desmontaba:

— ¡Lo hemos atravesado! ¡Lo hemos conseguido! — Se les acercó con el rostro oscuro y animado resplandeciente de triunfo —. ¡Ahora ambos flancos de la montaña son mis dominios, Rokanan!… Aquí acamparemos esta noche. Mañana las bestias podrán cazar, allá, entre los árboles, y nosotros bajaremos andando. Ven, Yahan.

Yahan estaba encogido en la montura, incapaz de moverse. Mogien lo alzó de la silla y lo ayudó a tenderse al amparo de una piedra saliente, aunque brillara el sol hasta tarde en aquel lugar, no entibiaba mucho más que la Gran Estrella, una partícula de cristal en el firmamento, al sudoeste, y el viento frío aún soplaba. Mientras Rocannon desensillaba las bestias, el noble Angyar se aplicaba a hacer

todo lo que podía para que su sirviente entrara en calor. Nada había en aquel lugar que les permitiese alimentar un fuego, pues estaban muy por encima de la línea de vegetación. Rocannon se quitó su protector e hizo que Yahan se lo pusiera, sin oír las débiles y temerosas protestas del normal; luego se envolvió en capas y pieles. Jinetes y bestias se agruparon para mantenerse mutuamente abrigados y compartieron un poco de agua y alguna hogaza de los Fiia. La noche se elevaba de las tierras lejanas y desvanecidas en la oscuridad. Las estrellas brincaron en el cielo bruno y las dos lunas resplandecían al alcance de la mano.

Tarde en la noche Rocannon despertó sobresaltado. Sólo la luz de las estrellas. Silencio. Frío mortal. Yahan estaba cogido de su brazo y susurraba algo, febrilmente; sacudía su brazo y susurraba. Rocannon miró hacia donde el joven le señalaba: encima de ellos, sobre la piedra, había una sombra, una superficie sin estrellas.

Como la sombra que ambos vieran en las praderas, mucho más al norte, ésta era enorme y de contornos indefinidos. Mientras Rocannon la observaba, las estrellas comenzaron a brillar débiles a través de la forma oscura, y luego la sombra se había desvanecido, sólo quedaba aire negro y transparente. A la izquierda del lugar en que se mostrara, relucía Heliki, pequeña en su fase menguante.

— Ha sido la luz de la luna, Yahan — lo tranquilizó —. Duérmete, tienes fiebre.

— No — dijo la voz calmosa de Mogien, a su lado —. No era la luna, Rokanan. Era mi muerte.

Yahan se incorporó, sacudido por la fiebre:

— ¡No, Señor! ¡No la tuya; no puede ser! La he visto antes, en las llanuras, cuando tú no estabas con nosotros… ¡También Olhor la ha visto!

Reunidos sus últimos restos de sentido común y mesura científica, las últimas migajas de las normas de la antigua vida, Rocannon habló con tono autoritario:

— No digáis tonterías.

Mogien no hizo caso de él.

— La he visto en las llanuras, buscándome. Y por dos veces en las colinas, mientras marchaba en mi demanda, a nuestro paso. ¿De quién será sino mía? ¿Tu muerte, Yahan? ¿Eres un Señor, un Ana? ¿Usas acaso la segunda espada?

Desesperado, Yahan trataba de replicar, pero Mogien prosiguió:

— No puede ser la muerte de Rokanan, porque él marcha por su camino. Un hombre puede morir en cualquier parte, pero un señor morirá su propia muerte, su verdadera muerte sólo en sus dominios. Ella le aguarda en el lugar que corresponde, el campo de batalla, un salón o el final de un camino. Y éste es mi lugar. De estas montañas ha

venido mi gente y yo he regresado. Mi segunda espada se ha quebrado en la pelea. Pero oye, muerte mía: ¡yo soy Mogien, el heredero de Hallan! ¿Sabes ahora quién soy?

El viento agudo y helado recorría las rocas. Las piedras se erguían sobre ellos y las estrellas centelleaban muy en lo alto. Una de las bestias aladas se agitó con un resuello.

— Calla — dijo Rocannon —. Todo eso son tonterías. Calla y duerme…

Pero él mismo no pudo ya dormir. Y cuando se levantó, al alba, vio a Mogien sentado, apoyada la espalda en el flanco de su montura, silencioso y presto a partir, la mirada fija en las tierras aún cubiertas de noche.

Al llegar la luz dejaron libres a las bestias para que fueran a cazar en los bosques que crecían más abajo y ellos iniciaron el descenso a pie. Todavía estaban muy arriba, lejos de la vegetación, y no correrían peligro si el tiempo se mantenía claro. Pero antes de una hora comprendieron que Yahan no podría seguir adelante; el descenso no era en exceso duro, pero los días de intemperie, poco descanso y malas comidas lo habían extenuado y no podía proseguir la marcha, que a menudo exigía esfuerzos para trepar o dejarse deslizar. Un día más de descanso con la protección del traje de Rocannon tal vez le habría dado las fuerzas necesarias para seguir adelante, pero ello significaba otra noche en la altura, sin fuego, ni reparo, ni alimentos. Mogien enfrentaba los riesgos sin detenerse a sopesarlos y sugirió a Rocannon que se quedaran allí, él y Yahan, en un hueco soleado, mientras buscaba una vía menos ardua para el descenso o, de no hallarla, un lugar abrigado y sin nieve.

Al quedar solos, Yahan pidió agua en medio de su sopor. Las redomas estaban vacías. Rocannon le pidió que le aguardara allí y descendió por una pared rocosa hasta una saliente donde, quince metros más abajo, había un poco de nieve. La pendiente era más ardua de lo que le pareciera y se detuvo jadeante sobre un peñasco, aspirando con avidez el aire leve; el corazón le batía esforzado.

En un primer momento el ruido le pareció el flujo de su propia sangre; luego, cerca de su mano vio un hilo de agua. Una corriente delgada, exhalando vapor en su curso, rodeaba la base de un manchón de nieve dura y sombreada. Buscó la fuente del hilo de agua y divisó una negra abertura bajo un peñón, una cueva. Una cueva era la mejor posibilidad de abrigo que tendrían, dijo su mente racional, pero hablaba desde las lindes de un tropel de sentimientos oscuros, no racionales: pánico. Y allí quedó inmóvil, atrapado por el más violento de los temores que conociera.

A su alrededor la luz inane del sol bañaba las rocas grises. Las cimas de las montañas estaban ocultas por los peñascos cercanos, y la

tierras, hacía el sur, embozadas en un manto de nubes. En aquella grisácea cúpula del planeta, nada alentaba, excepto él mismo y una oscura boca entre las peñas.

Transcurrió largo rato antes de que se pusiera en pie y marchara remontando el curso del arroyo envuelto en vapores. Allí, en la naciente, habló a la presencia que lo aguardaba — y bien lo sabía él — dentro del agujero sombrío.

— He venido — dijo.

Algo se agitó en la oscuridad y el morador de la caverna se presentó en la entrada.

Parecía un gredoso, diminuto y pálido; como los Fiia tenía ojos claros y era frágil; se asemejaba a ambos pueblos, a ninguno. El cabello era blanco. Su voz no era voz, porque resonaba en la mente de Rocannon, mientras sus oídos no percibían más que el débil silbido del viento: y no había palabras. Pero aun así le preguntó qué buscaba.

— No lo sé — dijo el hombre, en voz alta, lleno de terror.

Pero su deseo firme respondió en silencio por él:

— Iré hacia el sur en busca de mi enemigo para destruirlo.

El viento elevó sus silbidos; a sus pies el agua tibia gorgoteaba. Rápida, ágilmente, el morador de la caverna se hizo a un lado y Rocannon, inclinándose, penetró en las sombras.

¿Qué entregaras a cambio de lo que te he concedido?

¿Qué debo entregar, Anciano?

Lo que te sea más querido y con mayor esfuerzo entregues.

Nada mío tengo en este mundo. ¿Qué puedo dar?

Una cosa, una vida, una oportunidad; un ojo, una esperanza, un retorno: no es preciso saber el nombre. Pero gritarás su nombre en voz alta cuando haya desaparecido. ¿Lo entregas libremente?

Libremente, Anciano.

Silencio y el soplo del viento. Rocannon inclinó la cabeza y emergió de la oscuridad. Mientras ascendía, una luz roja hirió de lleno sus ojos: un rojo amanecer sobre el mar de nubes, gris y escarlata.

Yahan y Mogien dormían en el hueco, arrebujados en sus capas y sus pieles, inmóviles, cuando Rocannon se inclinó sobre ellos.

— Despertad — les dijo suavemente.

Yahan se incorporó; su cara estaba demacrada, con una expresión infantil, más visible en la patética luz roja del amanecer.

— ¡Olhor! Creímos… te hablas ido… creímos que habrías caído…

Mogien sacudió su cabeza rubia para disipar el sueño y observó a Rocannon durante un largo minuto. Luego le dijo con voz ronca y suave:

— Bienvenido, Señor de las Estrellas, compañero. Hemos esperado por ti aquí mismo. — He descubierto… He hablado con…

Mogien alzó una mano.

— Has regresado, me regocijo con tu llegada. ¿Iremos hacia el sur?

— Sí.

— Bien — dijo Mogien. En ese momento no le resultó extraño a Rocannon que Mogien, quien por tanto tiempo había sido su guía, ahora se dirigiese a él como a un gran señor.

Mogien hizo resonar su silbato, pero a pesar de que aguardaron largos minutos, las cabalgaduras no acudieron al llamado. Comieron el último y duro trozo de pan de los Fiia y se pusieron de pie. El abrigo del traje protector había beneficiado a Yahan, y Rocannon insistió en que el joven lo llevara; aun cuando necesitaba comida y un descanso profundo para recuperar sus fuerzas. Yahan podía ahora moverse y debían hacerlo, pues tras aquel rojo amanecer vendría una borrasca. La marcha no extrañaba peligro, pero sí cansancio. A media mañana vieron llegar a una de las bestias aladas: la gris de Mogien, que volaba desde el bosque lejano, allá abajo. La cargaron con las sillas, arneses y pieles que hasta ese momento habían transportado ellos; el animal voló por debajo, por arriba, siempre cercano, haciendo oír de cuando en cuando un maullido, quizá una llamada a su compañero que aún cazaba o seguía merodeando entre los árboles.

Hacia el mediodía arribaron a un tramo difícil: la cara de una escarpadura que sobresalía como un escudo y sobre la cual tendrían que arrastrarse, ligados con una cuerda.

— Desde el aire podrías descubrir un camino mejor, Mogien — sugirió Rocannon —. Cuánto daría porque la otra bestia hubiese acudido. — Experimentaba un sentimiento de urgencia; ansiaba estar fuera de aquellas laderas grises e imponentes, verse entre los árboles, oculto.

— La bestia estaba muy fatigada cuando la dejamos ir; quizá no haya cazado nada aún. Esta llevaba menos peso al cruzar la montaña. Veré qué extensión tiene la escarpa. Tal vez mi montura pueda llevarnos a los tres si es un trayecto breve.

Al sonido del silbato, la bestia alada, con la ciega obediencia que siempre llenaba de admiración a Rocannon en aquel carnívoro tan enorme y feroz, revoloteó en círculo sobre sus cabezas y aterrizó con gracia elástica sobre las rocas donde su amo la aguardaba. Mogien montó de un salto y dio el grito de partida; en su cabello rubio brillaba el último rayo de sol que se filtraba por entre bancos de nubes espesas.

El viento frío los azotaba sin descanso. Yahan se acuclilló en un ángulo de la roca, con los ojos cerrados. Sentado, Rocannon perdió la vista en la distancia, en el remoto horizonte donde se adivinaba la brillantez menguante del mar. No escudriñaba el inmenso e indefinido paisaje que surgía y se ocultaba entre las nubes veloces, sino que

observaba un punto, hacia el sur y apenas al este, un lugar fijo. Cerró los ojos. Escuchó y oyó.

Era un extraño don el que había recibido del morador de la caverna, el guardián del manantial cálido en la montaña sin nombre; un don que no había solicitado. Allá, en la oscuridad junto a la profunda naciente tibia, se le había concedido una habilidad de los sentidos que los hombres de su raza y de la Tierra comprobaron y llegaron a estudiar en otras especies, aunque ellos mismos fueran ciegos y sordos para ella, con excepción de pocos casos y fugaces circunstancias. Al volver a su ámbito normal, pudo medir la totalidad del poder que el morador del manantial poseía y le había otorgado. Había aprendido a escuchar las mentes de una raza, una especie de criaturas; entre todas las voces de todos los mundos, una voz: la de su enemigo.

Con Kyo había habido un inicio de habla mental; pero no quiso conocer las mentes de sus compañeros cuando ellos desconocían la suya. La comprensión debía ser mutua, cuando existían la lealtad y el amor.

Pero podía localizar y en la distancia a aquellos que habían asesinado a sus amigos y quebrantado el pacto de paz. Sentado sobre la estribación granítico de una montaña desconocida, oía los pensamientos de hombres que se movían en edificios situados en colinas lejanas, miles de metros abajo y cientos de kilómetros adelante. No sabía cómo distinguir entre las voces y estaba aturdido por cien distintos lugares y posiciones; escuchaba como un niño, sin discriminación. Todo el que nacía con ojos y oídos debía aprender a ver y a escuchar, a elegir un aspecto o un elemento de entre la complejidad del mundo, a seleccionar significados de entre un tumulto de ruidos. Rocannon, en otros planetas, había tenido noticias de la existencia de ese don que el morador del manantial poseía, el don de abrir el poder telepático; y el Anciano había enseñado a Rocannon cómo dirigir y limitar ese poder, pero no había habido tiempo para practicar, para perfeccionar su utilización. La cabeza del etnólogo giraba con el entrechocarse de pensamientos y sensaciones de miles de extranjeros apiñados en su cráneo. No había palabras. Escuchar con la mente era la expresión que los Angyar marginales al don, empleaban para referirse ese sentido. Lo que Rocannon «oía» no eran frases sino intenciones, deseos, emociones, localizaciones físicas y direccionalidades de los sentidos y el pensamiento de muchísimos hombres mezclados y superpuestos a través de su propio sistema nervioso, terribles ráfagas de miedo y envidia, ramalazos de contento, abismos de sueño, un vértigo torturante y salvaje de semicomprensión, de semipercepción. Y, de pronto, de entre el caos, algo se destacó con nitidez total, como un contacto más definido que el de una mano que

se apoyara en su piel desnuda. Alguien se encaminaba hacia él: un hombre que había captado su mente. Junto con esta certeza surgieron impresiones menores de velocidad, de encierro, de curiosidad y de temor.

Rocannon abrió los ojos, fijos delante de él, como si quisiera ver allí mismo el rostro de aquel hombre cuya existencia había percibido.

Se hallaba cerca; Rocannon estaba cierto de que estaba cerca y de que se acercaba más y más. Pero nada se veía; sólo aire y nubes amenazantes. Unos secos y diminutos copos de nieve rondaron con el viento. A su izquierda se hinchaba el enorme bloque de piedra que les cerraba el paso. Yahan se le había acercado y lo observaba con una mirada temerosa. Pero no podía tranquilizar a Yahan, porque esa presencia lo absorbía y el contacto continuo era imprescindible.

— Hay… allí hay una nave aérea — murmuró con esfuerzo, como un sonámbulo —. ¡Allí! En el punto señalado nada había: aire, nubes.

— Allí — susurró Rocannon.

Yahan miró otra vez hacia el lugar indicado y gritó. Mogien, en su gris montura, volaba en el viento muy lejos del risco; detrás de él, entre celajes, había aparecido una gran forma negra que se cernía o avanzaba con lentitud. Mogien cruzó una corriente sin ver, con el rostro vuelto hacia la pared de piedra, buscando a sus compañeros, dos figuras insignificantes sobre un borde diminuto en la extensión de rocas y nubes.

La forma negra se agigantó, mientras avanzaba entre el tableteo de sus hélices martillando el silencio de las alturas. Rocannon no veía con claridad, pero sentía al hombre, intensamente, al hombre que se le revelaba en el incomprensible contacto de las mentes; y también estaba el miedo, hondo y desafiante. Le ordenó a Yahan que se ocultara, pero él mismo no pudo moverse. El helicóptero descendió, vacilante, arremolinando con sus hélices jirones de nubes. Aunque lo viera acercarse, Rocannon veía también desde dentro del aparato, sin saber que veía, percibiendo dos pequeñas figuras sobre la montaña, temerosas, temerosas… Un relámpago de luz, un ardiente golpe, dolor, dolor en su propia carne, intolerable. El contacto mental quedó quebrantado, se disipó. Volvía a ser él mismo, de pie sobre la piedra, oprimiéndose el pecho con la mano derecha, jadeante frente a la visión cada vez más cercana del helicóptero con sus hélices chirriando, su morro armado de rayos láser apuntándole.

Desde la derecha, desde el abismo de aire y nubes, surgió una enorme bestia gris en cuya grupa un hombre lanzó su grito como una carcajada triunfante. Un movimiento de las grandes alas grises puso bestia y jinete frente a la máquina que se precipitaba a toda velocidad, en picado. Hubo un estrépito, como el final de un alarido; luego, el aire quedó vacío.

Los dos hombres en la roca miraban inmóviles. No llegaba ningún sonido desde abajo. Espirales de nubes se desvanecían en el abismo.

— ¡Mogien!

Rocannon gritó el nombre. En voz alta. No hubo respuesta. Había sólo dolor, y miedo, y silencio.

IX

La lluvia golpeaba con fuerza por encima del techo de vigas. El aire de la habitación era oscuro y límpido.

Junto a su lecho se inclinaba una mujer, cuyo rostro le era conocido, un rostro orgulloso, gentil, coronado de oro.

Quiso decirle que Mogien había muerto, pero no pudo articular las palabras. Y luego experimentó una penosa confusión; ahora recordaba que Haldre de Hallan era una anciana de cabellos blancos y que la mujer de cabellos de oro que conociera tiempo atrás estaba muerta; y además, él la había visto una sola vez, en un planeta a ocho años-luz de distancia, muchos años antes, cuando él era un hombre llamado Rocannon.

Intentó hablar. Pero ella no se lo permitió, y le hablaba en Lengua Común, aunque con alguna diferencia fonética:

— Calla, mi Señor. — Estaba sentada a su la. do; con voz suave le dijo lo que él aguardaba —. Este es el Castillo de Breygna. Has llegado aquí con otro hombre, entre la nieve, de las alturas de las montañas. Estabas casi a las puertas de la muerte y aún estás herido. Habrá tiempo…

Había mucho tiempo, y se deslizaba vago y en paz entre el sonido de la lluvia.

Al día siguiente, o tal vez al otro, Yahan se llegó hasta él cojeando, con la cara marcada por las quemaduras de la nieve. Pero había en él otro cambio menos comprensible; era su actitud, sumisa y rendida. Después de un corto diálogo, incómodo, Rocannon preguntó:

— ¿Tienes miedo de mí, Yahan?

— Trataré de no tenerlo, Señor — tartamudeó el joven.

Cuando estuvo en condiciones de bajar hasta el salón del castillo, el mismo respeto, el mismo temor reverencial se reflejaba en todos los restos que se volvían hacia él, rostros animosos y cordiales. Cabellos de oro, piel oscura, gentes de elevada estatura, la vieja cepa de la que los Angyar eran sólo una tribu, partida mucho tiempo atrás hacia el norte, por mar: éstos eran los Liuar, los Señores de la Tierra, que desde entonces vivían en la memoria de todas las razas, tanto al pie de las colinas como en las anchas llanuras del sur.

En su primer momento pensó que los desconcertaba su aspecto distinto, su cabello oscuro y piel blanca; pero Yahan también era de tez clara y oscuros cabellos, y nadie experimentaba temor ante Yahan. A él le brindaban el trato de señor entre los señores, lo que constituía motivo de regocijo y de aturdimiento para el antiguo siervo de Hallan. Pero a Rocannon lo consideraban señor por encima de todos los señores, perteneciente a una casta distinta.

Había una persona que le hablaba como a un hombre. La Señora Ganye, hija política y heredera del anciano señor del castillo, había enviudado pocos meses antes; su rubio hijito pasaba con ella la mayor parte del día. Aunque tímido, el niño no temía a Rocannon, y más bien se sentía atraído por él y le preguntaba sobre las montañas y las tierras del norte y el mar. Rocannon respondía a todas sus preguntas. La madre escuchaba, serena y bella como la luz del sol, en ocasiones volviendo hacia el hombre su rostro sonriente, el mismo que él reconociera al verlo por primera vez.

Por fin le preguntó qué pensaban de él en el Castillo de Breygna y ella respondió con candidez:

— Piensan que eres un dios.

Era el vocablo que recordaba haber oído ya en la aldea de Tolen: pedan.

— No lo soy — dijo, hosco.

Ganye sonrió.

— ¿Por qué lo piensan? — inquirió —. ¿Los dioses de los Liuar tienen cabellos grises y manos tullidas? — El rayo láser del helicóptero lo había alcanzado en la muñeca derecha y había perdido el uso de la mano casi por completo.

— ¿Por qué no? — dijo Ganye con su sonrisa cándida y majestuosa —. Pero la razón es que tú has bajado de la montaña.

Rocannon consideró esa explicación.

— Dime, Señora Ganye, ¿sabes algo acerca de… el guardián del manantial?

Sus facciones cobraron un aire grave.

— Sólo conocemos leyendas sobre esas gentes. Mucho tiempo ha transcurrido, nueve generaciones de Señores de Breygna, desde que Iollt el Largo se dirigió hacia las alturas y descendió cambiado. Sabemos que te has encontrado con ellos, con los Ancianos.

— ¿Cómo lo habéis sabido?

— En el sueño de tu fiebre has hablado del precio, del don otorgado y de su precio. También Iollt lo pagó… ¿Ese precio ha sido tu mano derecha, Señor Olhor? — preguntó Ganye, con repentina timidez, en tanto que levantaba su mirada hacia él.

— No. Habría dado mis dos manos para conservar lo que he perdido.

Se levantó y caminó hasta la ventana de la habitación de la torre. Desde allí podía contemplar el espacioso territorio entre las montañas y el mar distante. Abajo, al pie de las altas colinas sobre las que se asentaba el Castillo de Breygna, describía sus meandros un río, ancho y brillante entre las lomas, desvanecido luego en brumosas lejanías, en las que se adivinaba una aldea, campos, torres, un castillo, reapareciendo una vez más, luminoso entre azules aguaceros y jirones

de sol.

— Esta es la más hermosa tierra que he visto en mi vida — dijo. Aún pensaba en Mogien, quien no vería ya aquel paisaje.

— Para mí no es tan hermosa hoy como lo fuera en otro tiempo.

— ¿Por qué, Señora Ganye?

— ¡Por los Extranjeros!

— Háblame de ellos, Señora.

— Llegaron cuando ya moría el último invierno, muchos, cabalgando por el viento en grandes naves, blandiendo armas que queman. Nadie puede decir de qué tierra vienen; no hay leyendas sobre ellos. Ahora toda la tierra entre el río Viam y el mar les pertenece. Han echado de sus campos y asesinado a las gentes de ocho dominios. En estas colinas nosotros somos prisioneros; no nos atrevemos ni siquiera a llegar a nuestros antiguos pastos con el ganado. En un comienzo hemos luchado contra los Extranjeros. Ganhing, mi marido, ha muerto bajo sus armas que queman. — Por un segundo su mirada se desvió hasta la mano quemada e inútil del etnólogo; por un segundo calló —. En… en el tiempo del primer deshielo fue muerto y aún no ha tenido su venganza. Nosotros hemos inclinado la cabeza y hemos evitado esos campos. ¡Nosotros, los Señores de la Tierra! Y no hay un hombre que haga pagar a esos Extranjeros por la muerte de Ganhing.

Magnífica ira, pensó Rocannon, que volvía a oír las trompetas perdidas de Hallan en aquella voz.

— Pagarán, Señora Ganye; pagarán un alto precio. Aun cuando sabías que no soy un dios, ¿me has considerado un hombre por entero común?

— No, Señor — respondió —. No por entero.

Transcurrieron los días, los largos días del prolongado verano. Las laderas de los picos que dominaban el Castillo de Breygna azulearon; las cosechas, en los campos, llegaron a su sazón, fueron recogidas, hubo otra siembra y volvía a madurar el grano cuando una tarde Rocannon se sentó junto a Yahan, en el patio de la cuadra, donde dos bestias aladas jóvenes recibían entrenamiento.

— Partiré hacia el sur, Yahan. Tú permanecerás aquí.

— ¡No, Olhor! ¡Déjame ir…!

Yahan se interrumpió; quizá recordaba aquella playa neblinosa, donde en su anhelo de aventura había desobedecido a Mogien. Rocannon sonrió:

— Solo lo haré mejor. No llevará mucho tiempo, ocurra lo que ocurra.

— Pero yo soy tu fiel sirviente, Olhor, te he jurado fidelidad. Déjame ir, te lo suplico.

— Los juramentos se quiebran cuando se han perdido los nombres. Has prometido fidelidad a Rokanan, al otro lado de las montañas. En esta tierra no hay siervos y no hay ningún hombre llamado Rokanan. Como amigo te pido, Yahan, que nada más digas, ni a mí ni a ninguna otra persona; sólo ensíllame la bestia de Hallan mañana, al alba.

Lealmente, antes de que despuntara el día, Yahan le aguardaba en la cuadra, sosteniendo las bridas de la única montura de Hallan que había sobrevivido: la gris rayada de negro. El animal había llegado a Breygna unos días después que ellos, semihelado y hambriento. Ahora estaba rozagante, lleno de fuerzas, ronroneando y batiendo su cola listada.

— ¿Llevas tu segunda piel, Olhor? — preguntó Yahan en un murmullo, mientras ligaba los correajes de batalla de la montura —, dicen que los Extranjeros lanzan fuego a quienquiera que cabalgue cerca de sus tierras.

— Sí, la llevo.

— ¿Y ninguna espada?

— No, ninguna espada. Oye, Yahan, si no regreso, busca en la alforja que he dejado en mi cuarto. Hay alguna tela, con… con marcas y pinturas de la tierra. Si alguien de mi gente llegara aquí, se la darás, ¿verdad? También el collar está allí. — Su rostro se ensombreció distante la mirada —. Dáselo a la Señora Ganye. Si no regreso para hacerlo yo mismo. Adiós, Yahan; deséame buena suerte.

— Que tu enemigo muera sin hijos — dijo Yahan, ferozmente, llenos los ojos de lágrimas, Y entregó las riendas. La bestia saltó hacia el cielo tibio y descolorido del alba veraniega, giró con un poderoso batir de sus alas y, penetrando en el viento del norte, se perdió sobre las colinas. Yahan la miró, inmóvil… Desde una alta ventana de la Torre de Breygna, otro rostro, suave y oscuro, también la miró desvanecerse, y seguía allí largo tiempo después, cuando ya el sol se había alzado.

Era un viaje extraño. Rocannon marchaba hacia un lugar que nunca había visto, pero que conocía por dentro y por fuera a través de las distintas impresiones de cientos de mentes distintas. Aun cuando la telepatía no implicaba visión, transmitía sensaciones táctiles, percepción de espacio y de relaciones espaciales, de tiempo, de movimiento y posición. Durante horas y horas había analizado esas sensaciones, en cien días de práctica, mientras permanecía inmóvil en su habitación del Castillo de Breygna. Así había adquirido, aunque no visual ni verbalizado, un conocimiento exacto de cada edificio y de toda la superficie de la base enemiga. Y de la percepción directa y de las extrapolaciones que ésta le permitía efectuar, había deducido qué era la base, por qué estaba allí, cómo entrar en ella y dónde hallar lo

que necesitaba.

Pero fue muy difícil, tras la prolongada e intensa práctica, no utilizar su telepatía al acercarse a sus enemigos: cortarla, amordazaría, confiarse sólo a sus ojos, oídos e intelecto. El incidente en la ladera de la montaña le había hecho comprender que, a poca distancia, individuos sensitivos podían llegar a captar su presencia, siquiera en forma vaga, como una premonición indefinible. El había arrastrado al piloto del helicóptero hacia la montaña, aunque probablemente éste jamás había llegado a saber qué lo obligaba a volar en aquella dirección o por qué se sentía forzado a abrir fuego contra los hombres que allí veía. Ahora, al entrar solo en la enorme base, Rocannon no quería atraer la atención de nadie sobre su presencia. No, porque venía como un ladrón en la noche.

A la puesta del sol había atado su montura en un claro, junto a una colina, y luego de varias horas de caminar se acercaba a un grupo de edificios al otro lado de una amplia pista de lanzamiento, el campo de aterrizaje de los cohetes espaciales. Sólo había uno y poco lo utilizaban ahora que todos los hombres y el material requerido estaban allí. No se sostenía una guerra con cohetes de velocidad lumínica cuando el planeta civilizado más cercano estaba a una distancia de ocho años-luz.

La base era enorme, terroríficamente enorme cuando se veía con los ojos, pero el mayor espacio de terreno y edificios estaba destinado al alojamiento de los hombres. Los rebeldes tenían el grueso de su ejército allí. Mientras la Liga perdía el tiempo escudriñando y sometiendo su planeta de origen, ellos apostaban a la muy probable eventualidad de no ser hallados en éste, un mundo sin nombre entre todos los mundos de la galaxia. Rocannon sabía que algunas de las gigantescas barracas estaban vacías otra vez; un contingente de soldados y técnicos habían partido días atrás para tomar posesión — y él lo había adivinado — de un planeta que estaba conquistado o al que habían persuadido para que se les uniese como aliado. Los soldados no arribarían a aquel mundo sino en diez años. Los faradianos se sentían muy seguros de sí mismos; todo debía estar funcionando a la perfección en su guerra. Todo lo que habían necesitado para echar a pique la seguridad de la Liga de todos los Mundos era una base bien oculta y sus seis potentes armas.

Rocannon eligió una noche en la que, de las cuatro lunas, sólo el pequeño asteroide capturado, Heliki, estuviese en el cielo antes de la medianoche. El diminuto satélite brillaba sobre las colinas mientras él se acercaba a una hilera de hangares, como un punto negro en el mar gris de cemento, pero nadie lo vio y no telecaptó a nadie en las cercanías. No había vallas y muy escasos guardias. La vigilancia era cumplida por máquinas que, en extensiones de años-luz, rastreaban el

espacio en torno al sistema Fomalhaut. Después de todo, ¿qué podían temer de los aborígenes de la Edad de Bronce de aquel pequeño planeta sin nombre?

Heliki brillaba en su apogeo cuando Rocannon abandonó la sombra de los hangares. Y estaba en la mitad de su ciclo menguante cuando el etnólogo llegó a su meta: las seis naves hiperlumínicas. Como seis inmensos huevos de ébano descansaban una junto a otra bajo una alta cubierta, una red de camuflaje. A los lados de las naves, como juguetes, se erguían algunos árboles del linde del bosque de Viam.

Ahora tenía que utilizar su telepatía, estuviese o no a seguro. Inmóvil, con extremas precauciones, se detuvo en la sombra de un grupo de árboles, tratando de mantener ojos y oídos alerta; desde allí investigó las naves ovoidales, por fuera y por dentro. En cada una —lo había sabido en Breygna — un piloto estaba presto día y noche para partir, quizá hacia Faraday, en caso de emergencia.

Para los seis pilotos, emergencia significaba una sola cosa: el Centro de Control, a unos siete kilómetros del lugar, en el límite este de la base, había sido saboteado o bombardeado. En tal caso, cada uno de ellos debía poner a salvo su nave, utilizando sus propios controles, ya que aquellas HL tenían controles, como cualquier otro vehículo espacial, independientes de computadoras y fuentes de energía externas y vulnerables. Pero volar en esas naves era un suicidio; ningún ser viviente sobrevivía a un «viaje» a velocidad hiperlumínica. De modo que aquellos pilotos, además de matemáticos de alta especialización, eran fanáticos de la inmolación. Constituían un grupo selecto. Pero aun así, los dominaba el hastío de estar sentados y esperar su improbable halo de gloria. Esa noche Rocannon sintió, en una de las naves, la presencia de dos hombres. Ambos estaban absortos. Entre ellos había una superficie marcada de cuadros. Rocannon había percibido esa misma sensación durante muchas noches anteriores, y su mente racional había inferido tablero de ajedrez; ahora registró la nave contigua. Estaba vacía.

Avanzó rápidamente por el campo gris, entre los árboles talados, hacia la quinta nave de la línea; trepó por su rampa y franqueó el acceso abierto. Por dentro no se parecía a ningún otro vehículo espacial. Era un conjunto abigarrado de hangares para cohetes, rampas de lanzamiento, computadores, reactores, un laberinto apretado y mortal de conductos para misiles. En razón de que la nave no avanzaba en el espaciotiempo común, no tenía proa ni popa, ni lógica ninguna. Tampoco pudo interpretar el lenguaje de los signos. Y no había ninguna mente viva, cercana, para utilizarla como guía. Empleó veinte minutos en la búsqueda del centro de control; lo hizo en forma metódica, reprimiendo su pánico, obligándose a no emplear

su telepatía, para que el piloto ausente no se sintiera inquieto.

Sólo por un instante, una vez que hubo hallado el centro de control y el transmisor instantáneo y se sentó frente a él, permitió que su telepatía se deslizara hacia la nave que descansaba al este. Allí captó la vívida sensación de una mano vacilante sobre un alfil blanco. Abandonó inmediatamente esa escena. Tras anotar las coordenadas en que estaba centrado el emisor del aparato, las cambió a las coordenadas de la Base de Estudios Exoetnológicos para el Área Galáctica 8, de la Liga, en Kerguelen, en el planeta Nueva Georgia del Sur: las únicas coordenadas que sabía de memoria. Activó el canal de transmisión y empezó a teclear.

Tan pronto como sus dedos (sólo la mano izquierda, torpemente) tocaban cada tecla, la letra aparecía, en forma simultánea, en una pequeña pantalla negra en un cuarto de una ciudad de un planeta situado a ocho años-luz de distancia:

> URGENTE AL PRESIDIUM DE LA LIGA. La base de guerra de naves HL de los rebeldes faradianos está en Fomalhaut II, Continente Sudoeste, 28° 28' norte, 121° 40' oeste, a unos 3 Km. de un río importante. Base oscurecida, pero visibles sus cuatro edificios cuadrangulares, veinticinco grupos de barracas y hangar sobre pista de aterrizaje, Sentido E-O. Las seis HL no están en la base, sino en un claro al SO de la pista, en el límite de un bosque; camufladas con red absorción luz. No atacar indiscriminadamente; aborígenes inocentes. Aquí, Gaverel Rocannon, del Estudio Etnográfico de Fomalhaut, único sobreviviente de la expedición, transmitiendo desde una HL enemiga, en tierra. Quedan cinco horas de oscuridad.

Pensó en añadir: «dadme un par de horas para alejarme», pero no lo hizo. Si lo apresaran al salir, los faradianos podrían tomar precauciones y trasladar las HL. Desconectó el emisor y cambió las coordenadas a su anterior posición. Mientras avanzaba por las pasarelas de los corredores sombríos, estableció contacto telepático con la nave contigua. Los jugadores de ajedrez estaban de pie, se movían. Echó a correr, solo en los penumbrosos cuartos y pasillos desconocidos. Creyó haber errado el camino, pero desembocó en el acceso; se precipitó por la rampa, al aire libre, en loca carrera a lo largo de la interminable longitud de la nave, luego a través de la siguiente nave y, por fin, la oscuridad del bosque.

Ya bajo los árboles, no pudo correr, porque le faltaba el aliento y las negras ramas no permitían el paso de la luz de la luna. Tan

velozmente como le era posible, desanduvo su camino en torno a la base, hasta la pista de aterrizaje, luego hacia el sendero que lo había traído, a campo traviesa, ahora con el auxilio del plenilunio de Heliki, y, luego de una hora, con la luz naciente de Feni. Le pareció que no lograba avanzar a través de la campiña oscura y el tiempo corría, vertiginoso. Si bombardeaban la base mientras él estuviese en las cercanías, la onda expansiva o el fuego lo alcanzarían y, entre las sombras, trataba de dominar el temor irreprimible hacia esa luz que podría estallar a sus espaldas y destruirlo. Pero ¿por qué no venían, por qué se demoraban?

No despuntaba aún el día cuando llegó a la colina en que había dejado su montura. La bestia, inquieta por la larga noche de inmovilidad en un lugar de buena caza, lo recibió con un gruñido. Rocannon se apoyó en su lomo tibio, le acarició las orejas, pensando en Kyo.

Tras recuperar el aliento montó y ordenó al animal que caminara. Pero la bestia, echada como una esfinge, se negaba a ponerse en pie. Por último se incorporó, con monótonos maullidos de protesta, y marchó hacia el norte a pasos de exasperante lentitud. Colinas y campos, aldeas abandonadas, árboles quemados se hacían visibles a su alrededor, pero hasta que la luz del sol no se esparció por las colinas del este la bestia alada no se decidió a volar. Por fin se elevó, halló una corriente de aire favorable y sus alas se desplegaron en la clara y brillante luz del amanecer. Una y otra vez Rocannon volvía la mirada. Detrás de él, nada que no fuera la tierra apacible, la niebla en la ribera oeste del río. Su sentido telepático le dio cuenta de los pensamientos y sensaciones, de los sueños y el despertar de sus enemigos; todo se desarrollaba con normalidad.

Había hecho todo lo que estuvo a su alcance. Fue una tontería pensar que podría hacer algo. ¿Qué era un hombre solo contra un pueblo, empeñado en una guerra? Rendido, rumiando su cruda derrota, cabalgaba hacia Breygna, único lugar al que podía ir. Ya no se preguntó por qué la Liga demoraba su ataque. No vendrían. Habrían pensado que su mensaje era un engaño, una trampa. O, quizá, no había utilizado las coordenadas correctas; un solo signo errado y su mensaje se habría perdido en el vacío donde no existía tiempo ni espacio. Y para eso había muerto Raho, había muerto Iot, había muerto Mogien: para que se enviara un mensaje a ninguna parte. Y él estaba exiliado allí por el resto de su vida, inútil, un extranjero en un mundo ajeno.

No era importante, después de todo. El no era más que un hombre. El destino de un hombre no tiene importancia.

«Si es así, ¿qué es lo importante?»

No podía tolerar el recuerdo de aquellas palabras imborrables.

Miró hacia atrás, otra vez, para apartar de su mente la imagen del rostro de Mogien… Con un grito se cubrió con su brazo lisiado para evitar la luz intolerable; el elevado árbol blanco de fuego creció, sin sonido, en la campiña que quedaba a su espalda.

Entre el estrépito y las ráfagas, la cabalgadura rugió desbocada y bajó a tierra, ciega de terror. Rocannon desciñó sus correas y se echó al suelo, la cabeza oculta entre los brazos. Pero no logró aislarse: no de la luz, sino de la oscuridad, de la oscuridad que encegueció su mente, del conocimiento en su propia carne de la muerte instantánea de mil hombres. Muerte, muerte, muerte una y otra vez en una fracción de segundo, en su propio cuerpo, en su cerebro. Y luego, silencio.

Levantó la cabeza; escuchó y sólo se oía silencio.

EPILOGO

Cabalgo en el viento hacia las cuadras de Breygna; al atardecer desmontaba un hombre robusto, baja la cabeza gris. Se quedó de pie junto a su montura. Inmediatamente se agolpó a su alrededor toda la gente del castillo, cabezas doradas que le preguntaron qué había sido ese fuego en el sur, si era verdad lo que decían los vagabundos de las praderas acerca de la destrucción de los Extranjeros. Era singular verlos reunirse a su alrededor, sabiendo que él sabía. Buscó a Ganye entre todos. Cuando vio su rostro, las palabras acudieron, vacilantes:

— La base del enemigo está destruida. No volverán aquí. Tu Señor Ganhing ha sido vengado. Y también mi amigo Mogien. Y tus hermanos, Yahan; y el pueblo de Kyo; y mis compañeros. Todos están muertos.

Le abrieron paso y se dirigió al castillo, solo.

Algunos días después, al atardecer, en la clara luz azul que seguía a una tormenta, caminaba junto a Ganye por la azotea de la torre. Ella le había preguntado si ahora abandonaría Breygna. Se demoró para responderle.

— No lo sé. Yahan regresará al norte, a Hallan, creo. Hay mozos aquí que querrían hacer el viaje por mar. Y la Señora de Hallan aguarda nuevas sobre su hijo… Pero Hallan no es mi casa. Tampoco tengo nada aquí. No pertenezco a vuestro pueblo.

Ahora Ganye sabía algo más sobre él y preguntó:

— ¿No vendrá tu gente a buscarte?

Rocannon contempló el campo hermoso, el río resplandeciente en el atardecer veraniego, alejándose hacia el sur.

— Tal vez lo hagan — contestó —. Serán ocho años a partir de ahora. Pueden enviar la muerte sin tardanza, pero la vida es más lenta… ¿Quién es mi gente? Ya no soy lo que era. He cambiado; he bebido del manantial en las montañas. Y no quiero volver nunca más donde pueda oír las voces de mis enemigos.

Caminaron en silencio, uno junto a otro, siete pasos hasta el parapeto. Entonces Ganye, mirando hacia la valla azul y sombría de las montañas, dijo:

— Quédate aquí con nosotros.

Rocannon mantuvo su silencio por un instante, luego repuso:

— Lo haré. Por un tiempo.

Pero fue por el resto de su vida. Cuando las naves de la Liga volvieron al planeta y Yahan guió a un grupo hasta Breygna, en su busca, ya había muerto. El pueblo de Breygna lloraba a su Señor, y también su viuda, alta y de cabellos rubios, que, con una gran piedra azul engarzada en oro en tomo a su garganta, saludó a quienes venían

a buscarlo. Y así, él nunca supo que la Liga había dado su nombre a aquel planeta.

FIN

Título original: Rocannon's World
Traducción de Ana Goldar
© 1966 Ace Books
© 1976 Editorial Bruguera S.A.
Av. infanta carlota, 129 — Barcelona.
Edición electrónica de Sadrac
Buenos Aires — Octubre de 2000